

ALFREDO
DE BRAGANZA
ESPÍA
POR
CONTRATO
UN THRILLER DE DAVID RIBAS

ESPÍA POR CONTRATO



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Espía por contrato*

Maquetación: Autopublicamos.com

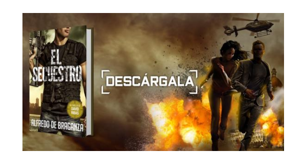
Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:








EL
SECUESTRO
ALFREDO DE BRAGANZA
DESCÁRGALA

A Dino y Ariam

A *Nova*, porque la música es sinónimo de libertad y alimento del amor.

«El infierno está vacío; los demonios están aquí».
La tempestad, William Shakespeare.

«Mi trabajo es como otro cualquiera: duermo poco, ando mucho y lo que veo no me gusta».
Alfredo Landa, como Germán Areta, en *El crack*.

«Cuando Satanás trata de caminar sobre hielo, se cae de cara, porque el hielo no es su medio».
Proverbio.

PREFACIO

Eran las nueve y media de un viernes por la mañana en Beirut. Julián Fernández abandonó el apartamento y se dirigió al oeste de la ciudad, donde su informante le había citado.

Varun Grover, experto informático de origen indio, se quedó en el piso franco supervisando el encuentro desde la distancia a través de las pantallas de sus ordenadores portátiles. Le había mostrado preocupación a su jefe. «¿Y si es una trampa?», le preguntó. Julián lo desestimó aludiendo que no había señales de alarma. Además, adujo que el día anterior habían tenido un primer contacto y en esa reunión no notó nada que insinuara peligro.

Los dos habían viajado al Líbano con el propósito de averiguar el paradero de Alacrán, un peligroso terrorista que pertenecía a una célula islamista en Oriente Próximo que recientemente había enviado un lobo solitario a atentar en España. Casi lo consiguió con la ayuda de contactos locales que Hizbulá tenía infiltrados en la sociedad española.

Julián caminó durante un tiempo para asegurarse de que nadie le estaba siguiendo. Entonces decidió coger un taxi.

—*Y´allah* (en marcha) —dijo al conductor cuando le indicó la dirección; una conocida cafetería cerca del hotel Intercontinental, próxima al puerto deportivo de Zaitunay Bai.

Mientras tanto, Varun sorbía un té verde, sin perder de vista las pantallas de sus portátiles. Tras sus gruesas gafas de montura de pasta negra había unos ojos vivos y nerviosos. Haciendo uso de tecnología satelital, monitoreaba la operación. Era obeso, tenía la piel cetrina y el cabello negro tizón, los hombros encorvados, tras haberse pasado años sentado e inclinado sobre ordenadores. Se ajustó los auriculares.

—Hay bastante tráfico delante de ti —dijo a través del micrófono, contemplando en una pantalla la aglomeración que se cernía en dirección Beirut Oeste.

Sentado en el asiento de pasajeros, al escucharle por su pinganillo, Julián levantó el cuello para ver más allá de los coches que les precedían. Moviéndose lentamente, el conductor, al igual que otros, hacía sonar el claxon con mayor insistencia hasta que quedaron paralizados en un enorme atasco.

Julián decidió que la mejor opción era continuar a pie. Pagó al conductor y abandonó el taxi.

Al cabo de unos minutos, a través de las cámaras de seguridad de

la calle, Varun vio a Julián entrar en la cafetería y sentarse en una mesa del exterior. Era el lugar acordado para el encuentro. Pero enseguida algo despertó su atención. El conductor de un autobús turístico aparcó el vehículo al otro lado de la calzada. Salió a la acera acompañado de otra persona que miró alrededor, para asegurarse de que estaban situados en su lugar previsto, y enseguida se marchó con prisa con el conductor. Atrás, dejaban a varias personas dentro del autobús, turistas extranjeros.

El extraño comportamiento alarmó a Varun, que congeló la imagen de perfil de uno de ellos y la maximizó. Mandó la foto a una fuente de datos y enseguida obtuvo la biografía del sujeto, era un terrorista de Hizbulá. Averiguó los datos del autobús: según la policía libanesa había sido robado de un centro turístico del gobierno.

—Julián, conviene que te marches y esperes en otro lugar hasta que haya llegado tu contacto —dijo en tono inquieto—. Creo… ¡Julián! ¿Me oyes?

Él seguía sentado en la cafetería con naturalidad, mirando alrededor.

Varun se dio cuenta de que habían utilizado un inhibidor de señales, con lo cual estaba confirmado que en ese autobús habría un explosivo. Tiró la silla hacia atrás, cogió las llaves y cerró la puerta del apartamento de un portazo. Bajó las escaleras como una exhalación.

Se subió en una escúter, arrancó y salió a toda velocidad. Zigzagueó entre el tráfico. Varios conductores le increparon. Él los miraba con furia. Avanzaba lo más rápido que podía por las calles hasta que un policía le dio el alto dejando la puerta de su coche abierta para obstaculizarle el paso.

El agente le pidió la documentación.

La desesperación de Varun iba en aumento.

El tiempo preciado avanzaba.

Varun echó mano al bolsillo de atrás de su pantalón vaquero y sacó de un billetero varias libras libanesas.

El policía agarró el dinero y lo hizo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Cerró la puerta de su coche y comenzó a decir algo que sonaba a una advertencia por su conducción temeraria, pero Varun no esperó; aceleró tan rápido que el policía tuvo que hacerse a un lado.

Circulaba con la escúter a tal velocidad entre los vehículos que estos parecían imágenes borrosas.

Mientras tanto, sentado en el exterior de la cafetería, Julián sorbía con parsimonia su café al tiempo que observaba a la gente caminar por la acera. «Varun ¿estás ahí?», murmuró entre dientes. Al no recibir contestación pensó que habría ido a hacer uso del lavabo.

Varun llegó a una calle llena de tráfico, dejó caer la escúter al suelo y echó a correr.

«*Om Hari Om*», musitó el mantra hindú con la esperanza de que nada terrible ocurriera. Los viandantes le miraban con asombro y temor: si alguien corría de aquel modo a la desesperada era porque algo malo habría ocurrido, pero aún más viendo a un tipo con un físico como el de aquella persona.

Julián levantó la taza de nuevo para taparse la boca y musitó evitando mover demasiado los labios: «Te dije que el té verde es muy bueno para adelgazar, pero es diurético y por eso te advertí que dejaras de tomar tantas tazas... Pero tú, ni caso». Algo le llamó la atención: un grupo de turistas extranjeros permanecían dentro de un autobús aparcado en un lugar donde no estaba permitido el estacionamiento. Un policía se había acercado e intentaba averiguar dónde se había metido el conductor.

Varun estaba gordo, una de las causas de su estrepitosa respiración. Sentía que corría a cámara lenta y tenía la sensación de ser una masa humana sudorosa. Tuvo que parar. Se secó el sudor de la frente dando bocanadas de aire.

Estaba cerca. Reanudó la carrera por la acera bamboleando su tripa, moviendo sus gruesos brazos hacia delante y hacia atrás con la intención de que le ayudaran a tomar mayor impulso.

Dobló la calle a la derecha y entonces reconoció la enorme marquesina de un negocio que había visto en la pantalla de su ordenador. Un grupo de viandantes obstruían la acera y saltó a la calzada ante los bocinazos de los vehículos. A él no le importaba. Avanzaba, avanzaba. Ignorando los ruidos de la calle atestada, gritó con todas sus fuerzas: «¡Julián! ¡Julián!».

Entonces se produjo la explosión a varios metros de distancia. Sintió la onda expansiva. Intentó sostenerse en una farola, pero se dejó caer al suelo.

Se obligó a tomar una bocanada de aire y espirar con fuerza. Notaba una opresión en los pulmones. Durante un momento no fue capaz de hablar. No solo eso, sino que sintió como si se hubiera quedado sordo.

A continuación, como si el tapón de un tarro que había permanecido hermético se abriera, oyó gritos de personas, sonidos de alarmas que habían saltado de comercios y de coches aparcados en las proximidades.

Curiosos en busca de emociones fuertes, policías, agentes de seguridad y periodistas, entre otros, corrieron al lugar del suceso. Comenzó a oírse el gemido de las sirenas de las ambulancias.

Varun se sentó en la acera, se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

PARTE UNO

LA AMENAZA TERRORISTA

1

Tras hacer escala en Alemania, los tres amigos empresarios españoles llegaron a la capital india en el vuelo de Lufthansa Frankfurt-Delhi de las dos de la madrugada. Los tres eran directivos de una empresa tecnológica con base en Bilbao, que desarrollaba productos y servicios relacionados con Internet, software, dispositivos electrónicos y otras tecnologías.

En recepción, tras hacer el registro y darles las tarjetas de sus habitaciones, les comunicaron que el bufé del desayuno se cerraría a las diez de la mañana.

Manolo, el que había programado el viaje, de camino al ascensor propuso a sus amigos quedar en el vestíbulo a las ocho.

Juan se quejó. En contraste con sus compañeros, él era pequeño y obeso.

—Oh, venga —dijo alzando las manos—. Podemos dormir un poco más. Luego pedimos unos sándwiches y nos vamos a recorrer la ciudad.

Manolo pasó un brazo sobre los hombros de Juan y sonrió.

—Hay que aprovechar el día. —Le enseñó el itinerario que previamente en Madrid les había mandado por correo—. Mañana…

—Es decir, hoy —le interrumpió Juan, con cara, en apariencia, compungida.

—Vale, pues esta mañana tenemos la visita por Delhi, mañana el Taj Mahal en Agra, pasado Jaipur y después nos marchamos a Bombay.

Juan inspiró y espiró.

—De acuerdo.

Caminaron los tres hacia los ascensores que los llevarían a la planta donde estaban sus habitaciones.

Las puertas mecánicas del ascensor se abrieron.

Carlos intervino.

—Ya podrás dormir en la carretera. Siempre te duermes.

Por la mañana se juntaron frente a la recepción, Juan fue el último en bajar. Cuando estuvieron reunidos, cruzaron el vestíbulo revestido de mármol y entraron en el restaurante de la planta principal donde se servía el bufé.

Después de que uno y otro quisieran hacer uso del baño, se

reunieron de nuevo frente a la recepción con sus mochilas, teléfonos móviles cargados y botellas de agua.

Como ya tenían contratado previamente desde España, un Toyota Innova Crysta les estaba esperando en la entrada. El conductor les haría al mismo tiempo de guía turístico.

Cada año viajaban juntos a nuevos destinos en el extranjero. Manolo, que seguía a *influencers* y gurús del emprendimiento en redes sociales y leía sus libros, no dejaba de insistir a sus amigos sobre los beneficios de hacer las maletas e ir a recorrer nuevos países. Argumentaba que estimulaba considerablemente la confianza en ellos mismos y abría la mente a nuevas experiencias, provocando cambios profundamente enriquecedores en la vida personal y profesional.

La excursión por Nueva Delhi incluía la visita al Qutab Minar, Templo del Loto, la Puerta de la India, los alrededores del Parlamento de la India, la mezquita de Jama Masjid, el Raj Ghat (memorial en recuerdo del líder hindú Mahatma Gandhi) y un recorrido por el mercado de Chandni Chowk.

A media tarde el conductor les dijo que habría mucho tráfico para visitar el Fuerte Rojo, llamado también Lal Qila, antiguo palacio del emperador Shah Jahan, declarado Patrimonio de la Humanidad. Aun así, Manolo le dijo de continuar, pero, ante las protestas de sus amigos, tomaron el camino de regreso al hotel, que les llevó más de una hora por el pico del tráfico vespertino.

Exhaustos y con ganas de darse una ducha, fueron directos a la zona de los ascensores.

—Tengo unas ganas tremendas de tumbarme en la cama —dijo Juan.

—Menudo país —comentó Carlos—. Despide todo un mal olor… Y hay abundancia en todo. Mucha gente en todas partes, mucho tráfico y mucho ruido.

—La India crece demasiado deprisa —comentó Manolo—. La India es el país más poblado de la Tierra, un gigante demográfico, y su economía, la que más rápidamente está creciendo.

Unas empleadas del hotel, sonrientes, con su ajustado uniforme, le saludaron a su paso.

—Dirás que crece demasiado… lujuriosamente —replicó Carlos, con una sonrisa socarrona.

—Oye, anoche tuve miedo de que alguna cobra india estuviera en mi habitación —comentó Juan.

—Qué tonto, aquí no hay ni ratas —añadió Manolo, extendiendo sus brazos al aire como si quisiera abarcar todo el vestíbulo—. Esto es puro lujo. En España no hay ni un hotel con toda esta parafernalia. Mira, hasta ponen palmeras en el interior.

—Para ver hoteles como este tienes que irte a un *spa* de esos

exclusivos y supercaros en la Costa del Sol —dijo Carlos.

Un recepcionista llamó la atención a Manolo desde detrás del mostrador.

—Disculpe, disculpe, señor —dijo repetidamente alzando la voz pero evitando llamar la atención de los demás huéspedes extranjeros que caminaban por el vestíbulo.

Los tres se giraron. La puerta metálica del ascensor se abrió y ellos se aproximaron a la recepción.

—¿Y este qué quiere? —se quejó Manolo.

Se acercó. Juan y Carlos, cuyo nivel de inglés era muy malo, se quedaron detrás de él.

—Dígame.

—Tengo un recado urgente de vuestra embajada.

Manolo puso cara de sorpresa.

—¿Me han llamado?

—Han preguntado por todos ustedes. Me han dicho que vayan de inmediato y pregunten por el señor Alonso.

Manolo, contrariado, se giró hacia sus compañeros, y les hizo un ademán para que se acercaran.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan, contrariado.

—Han llamado de la embajada preguntando por nosotros.

—¿Para qué? —inquirió a su vez Carlos.

—Que vayamos a la embajada de inmediato —contestó Manolo. Se giró y preguntó al recepcionista—. ¿Mencionó la palabra *urgente*?

El recepcionista movió la cabeza afirmativamente.

—Así es.

—Hemos despedido a nuestro coche. ¿Podría pedirnos un taxi y darle la dirección al conductor?

—Ahora mismo.

—Pero, por favor, dígale que tome el camino más corto y nos lleve con celeridad.

—Por supuesto, no lo dude. Así se lo voy a comunicar.

Manolo se volvió.

—Tenéis todos los pasaportes con vosotros, ¿verdad? —Los dos abrieron sus riñoneras y los sacaron. Manolo revisó el de Carlos, luego el de Juan y finalmente el suyo—. Tenemos los pasaportes en regla, con el sello en el aeropuerto…

—¿Entonces? —preguntó Juan con el ceño fruncido.

Carlos tecleó en la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Y si ha ocurrido algún incidente internacional y no nos hemos enterado?

—Será que quieren que nos registremos —contestó Manolo—. Lo he leído en blogs de viajeros. Se recomienda registrarse en la embajada el primer día de la llegada porque si se pierde el pasaporte

se agiliza el proceso de obtener uno nuevo. De lo contrario hay que esperar varios días.

—¿A estas horas? —intervino Juan, bostezando.

Carlos hizo un ademán al aire con una mano mientras que con la otra sostenía el móvil.

—No hay ningún suceso dramático de última hora en la India o en España. La Fiesta Nacional es la semana que viene. Me imagino que estarán preparando todo para el Día de la Hispanidad.

Juan se rio.

—¿Qué pensabas que podía ocurrir? ¿Que los extraterrestres han aterrizado y la embajada nos quiere evacuar de la India?

—No seas tonto —añadió Carlos—. Algo habrá sucedido como para justificar que nos hayan llamado a estas horas.

—Igual nuestra cámara de comercio les ha informado de nuestro viaje —dijo Juan—. ¿Y si querrán que nos quedemos y que demos un discurso ante los invitados?

—Sobre todo tú —añadió Carlos.

—Pues no me parecería improbable —sugirió Manolo—. Las relaciones entre España y la India se están fortaleciendo en el sector tecnológico y de comunicaciones.

—Si nos pagan la estancia del hotel hasta el día de la Fiesta Nacional, les decimos que sí —dijo Juan.

El recepcionista se inclinó sobre el mostrador.

—Disculpen —informó, señalando hacia la entrada—. El conductor del taxi está esperando.

2

El conductor sij con turbante morado y barba larga y descuidada de color negro teñido no dijo nada más que «*Good evening*» cuando la puerta se cerró. Cruzaron el pórtico, bajaron la rampa y se adentraron en el tráfico de la carretera sin hacer pausa de precaución.

—Vaya diferencia —comentó Carlos—. Prefiero al otro conductor que nos hacía de guía.

—Sí, es verdad —añadió Juan—. Este parece más temerario.

—Le habrá dicho el recepcionista que debe llevarnos sin demora —dijo Manolo, encogiéndose de hombros.

—Pues creo que lo interpretó literalmente —comentó Carlos—. A ver si en vez de la embajada acabamos en un hospital.

Juan mostraba signos de nerviosismo.

—Por favor, más despacio —le dijo en español, inclinándose en el asiento hacia el conductor.

Él observó por el espejo a sus pasajeros con sus ojos pequeños pero penetrantes.

Manolo le repitió lo mismo, pero en inglés.

El sij asintió y sonrió hacia ellos para expresarles que estaba todo controlado y no había por qué alarmarse. Sin embargo, debido a su enmarañada y poblada barba, ocultaba la boca y no se apreciaba tal gesto.

Tras quince minutos de conducción, Manolo hizo una señal con el codo a Juan.

—Creía que estaba más cerca la embajada.

—Es verdad. Y por aquí no hemos pasado esta mañana.

Carlos miró la ubicación en la pantalla de su teléfono móvil.

—Oye, que parece que vamos en dirección opuesta —dijo él, mostrándole el móvil al conductor.

Él miró de nuevo por el espejo, pero no dijo nada.

Entonces, Manolo le preguntó en inglés si sabía dónde estaba la embajada de España.

El sij levantó una mano, haciendo el gesto de paciencia y pronunciando algo que no entendieron

—Quizá ha cogido un atajo —comentó Manolo.

Carlos meneó la cabeza viendo la pantalla.

—¡Qué atajo! Si en Google pone que el hotel está a veinticinco

minutos de la embajada.

Manolo se inclinó de nuevo para hablar con el conductor cuando este giró el volante. Se adentraron en una estrecha calle, luego en otra, fue zigzagueando sin aminorar la marcha hasta que al final se detuvo.

Manolo alzó la mirada hacia los edificios.

—¿Aquí? —preguntó mostrando su sorpresa.

El sij hizo un ademán con la cabeza.

Carlos iba a protestar cuando su puerta se abrió.

—Les estamos esperando —anunció en inglés un hombre de aspecto nepalí, con los característicos ojos oblicuos, aunque más grande y fornido de lo normal. En contraste con el ambiente vestía traje y corbata. Tendría alrededor de unos treinta años, su cara era muy ancha y tenía un fino bigote que parecía hecho con un pincel muy fino, pelo engominado y peinado con raya.

—Qué susto, ya creíamos que nos habían secuestrado —dijo Juan saliendo por el lado opuesto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Carlos.

—Que nos están esperando —respondió Manolo.

Los tres se quedaron de pie en la acera observando la calle. Aunque estaba oscureciendo, se podía observar un estercolero al fondo y unos cerdos enormes y peludos alrededor.

Manolo iba a comentar algo al respecto, pero el hombre le interrumpió.

—Todo tiene su explicación —dijo señalando con la mano la entrada—. Pasen adentro, por favor.

Los tres le hicieron caso.

—Esta será la residencia de algún diplomático —comentó Manolo.

—Igual el embajador nos quiere invitar a cenar —murmuró Juan.

—Oye, y este ¿por qué nos habla en inglés? —preguntó Carlos— ¿No deberían saber español los empleados de la embajada?

—No le pidas peras al olmo —contestó Manolo.

—Y tú tampoco uvas al espino.

—¿Sabéis a quien me recuerda? —preguntó de nuevo Carlos—. Al chino de *Goldfinger*. Ese que mataba lanzando el sombrero.

Ya dentro del edificio los condujeron por un pasillo. El suelo era de parqué, hacía fresco y olía muy bien. Si antes se sentían dubitativos ahora estaban más seguros de que se encontraban en las dependencias de la residencia de un empleado de la embajada.

Manolo iba detrás de aquel hombre, se frotó el mentón con un ávido deseo de averiguar qué significa todo eso.

—Creo que ya sé por qué estamos aquí —comentó Carlos.

Manolo y Juan se pararon a su lado.

—¿Por qué? —preguntó Manolo.

—Puede que estén restaurando el edificio oficial de la embajada y hayan habilitado momentáneamente este otro.

—¿En una barriada tan cutre de Nueva Delhi? —inquirió a su vez Juan—. ¿Tú has visto esa basura que había en la calle y esos cerdos enormes?

Carlos iba a volver a hablar, pero el hombre que les precedía, se giró:

—No tienen por qué preocuparse, caballeros. Ahora mismo se reunirán con las personas encargadas y se aclararán sus dudas.

Manolo echó una mirada a sus compañeros acompañada de un gesto que denotaba su sorpresa. Les tradujo lo que había dicho. Intervino.

—Disculpe, pero se trata de que nos han llamado a nuestro hotel para presentarnos en la embajada. Nuestros documentos están en regla. Así pues, ¿nos puede decir cuál es el motivo de todo esto?

Su pregunta quedó en el aire.

Llegaron hasta una puerta. El hombre la abrió y levantó el brazo, invitándoles a entrar.

—Por favor, entren y esperen. En breve vendrán a reunirse con ustedes.

—Pero ¿quiénes? —preguntó airado Manolo—. ¿Me quiere contestar? Y si esta es la embajada, ¿por qué no nos habla en español?

—Cálmate, hombre —le dijo Juan viendo a su amigo perdiendo los nervios.

Carlos intervino en un paupérrimo inglés.

—¿Nos puede decir si esto es la embajada o la residencia de un empleado?

—Sección consular —repuso el hombre.

Manolo alzó los brazos al aire y los dejó caer.

—No me lo creo.

Los tres entraron en la estancia. Había un juego de sillones, y una mesa de cristal con seis sillas de cuero y acero alrededor. Era todo muy moderno excepto por unas litografías de pinturas indias del artista Raja Ravi Varma, representando temas del Mahabharata, que colgaban de las paredes, enmarcadas en anchos y lujosos marcos de madera.

—¿Nos podría decir cuánto tardará el cónsul en llegar? —preguntó Carlos en *spanglish*.

Manolo repitió la misma pregunta en correcto inglés.

—Está de camino —contestó el hombre, y añadió—: ¿Quieren tomar algo? ¿Café, agua o una Coca-Cola fría?

—Yo creo que tres Coca-Colas nos sentarán bien —respondió Juan. Miró a sus compañeros—. ¿No os parece?

Carlos se encogió de hombros, mostrando su indiferencia mientras

observaba una pintura en la pared: una escena épica del Bhagavad Gita, el dios Krishna y Arjuna en el campo de batalla de Kurukshetra.

Manolo se cruzó de brazos. Miraba a los ojos a aquel hombre.

—¿Nos puede decir su nombre? No se ha presentado.

—Soy el asistente del cónsul.

—Asistente, dice —repitió Manolo hacia sus amigos con cierta fingida reflexión e ironía—. Querrá decir algo así como secretario consular.

—Así es —dijo mirando fijamente a Manolo—. Tiene diferentes términos. Ahora mismo les traigo las bebidas.

—Nos está mintiendo —dijo Manolo a sus compañeros—. No puede ser que trabaje en un puesto reservado para un ciudadano español.

—Y encima nos habla en inglés —añadió Carlos.

Juan se quedó dubitativo.

—Entonces, ¿qué pensáis que puede estar pasando?

Los tres tomaron asiento en el sofá.

—No lo sé —contestó Manolo—. Lo único que podemos hacer es esperar.

Enseguida llegó el supuesto asistente del cónsul con una bandeja y tres vasos llenos de Coca-Cola.

—Me gustaría que me trajeran la lata sin abrir —dijo Carlos, cogiendo un vaso de plástico.

Manolo le dijo al hombre en inglés que no querían los vasos llenos sino tres latas sin abrir.

Él puso cara de sorpresa.

—Lo siento, pero es de botella —hizo una mueca con la boca—. Debido a nuestro traslado momentáneo en este edificio, hemos tenido que reducir nuestro personal. De hecho, no tenemos cafetería y comemos en nuestros despachos.

Manolo se lo tradujo a Carlos.

—Entiendo —comentó él: mirando interrogativamente a sus amigos. Después se bebió medio vaso de un trago; la bebida estaba más dulce de lo que recordaba—. ¿Veis? Os lo dije, parece ser que están renovando el edificio de la embajada y se han trasladado aquí.

El trajeado hombre sonrió y después de una breve pausa prosiguió:

—Bien, ahora mismo les atenderemos y les explicaremos la razón de la llamada.

Carlos tecleaba con disgusto en la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Qué sucede? ¿No hay internet? ¿No hay wifi gratuito? Quiero entrar en la página del Ministerio de Exteriores y encontrar los datos de los empleados de esta embajada.

Manolo y Juan probaron sus móviles, pero de igual modo estaban sin cobertura.

El hombre pareció percibir su perplejidad y se acercó a Manolo para transmitirle confianza.

—Aquí hay mala señal. Les daré la clave para el wifi en un momento —levantó las manos ligeramente, dando sensación de que el hecho careciera de importancia—. Cambiamos los números al hacer el traslado. Por favor, relájense.

El hombre trajo una botella de Coca-Cola y la dejó sobre la mesa.

Juan rellenó su vaso

—Qué dulce está —exclamó.

Puso un poco más en el vaso de Manolo y en el de Carlos. Los tres bebieron instintivamente. Miraron las pinturas de batallas que colgaban de la pared frente a ellos.

—¿Qué se supone que representan? —preguntó Juan.

—Ni idea, pero están chulas —comentó Carlos—. Parecen una versión de las batallas de *Braveheart* y *Gladiator*.

—Son ilustraciones del Bhagavad Gita —repuso Manolo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Juan

—Es una guía en el laberinto de la vida que invita a la meditación y a la quietud, la esencia de la antigua sabiduría hindú —explicó Manolo.

Se miraron el uno al otro. Algo estaba sucediendo.

Manolo levantó la mirada hacia aquel funcionario con las cejas fruncidas, que a su vez le observaba con amistoso interés desde el otro lado de la habitación. Más que esperando a alguien, su modo de comportarse era como si estuviera aguardando a que algo sucediera.

—¿Qué me pasa? —preguntó Manolo.

De repente se encontraba tremendamente cansado. Miró a sus amigos, los dos estaban durmiendo. Sonrió. ¿Le estaban gastando una broma? Les iba a decir algo, pero de su boca no salió palabra alguna. Su vaso vacío se le cayó de la mano al suelo.

Frente a ellos, Arjuna y el dios Krishna conversaban subidos a un carro tirado por cuatro caballos blancos en pleno campo de batalla hacía más de tres mil años.

3

El vagón del metro de Madrid fue frenando hasta que soltó un suspiro hidráulico, hasta detenerse en el andén de la siguiente estación.

Laura García permanecía en su asiento enfrascada en la lectura de un libro. Pasaban veinte minutos de las siete de la mañana. La gente quería comenzar el día cuanto antes y así poder iniciar el fin de semana que se presentaba largo, ya que la semana siguiente se celebraba la Fiesta Nacional del 12 de octubre, Día de la Hispanidad, y mucha gente haría puente.

Las puertas se abrieron y salieron y entraron pasajeros.

El convoy continuó, pero al cabo de un instante se detuvo en medio del túnel.

Un grupo de jóvenes estudiantes con sus carteras al hombro miraron por las oscuras ventanas esperando ver algo que diera una explicación, pero solo vieron sus reflejos.

Otros pasajeros que viajaban de pie observaron sus relojes en las pantallas de sus teléfonos móviles.

Cuando aumentaba la inquietud, el convoy por fin reanudó la marcha.

Laura sabía que iba a llegar tarde a su trabajo. Desde que había sido ascendida a jefa de operaciones del Cervantes, tenía que estar a las ocho de la mañana para repasar informes de inteligencia y preparar la reunión con su equipo a las nueve y media.

Su motocicleta le había dado problemas al salir del *parking* de su apartamento por la mañana temprano. Laura se había precipitado en querer resolver el problema mecánico. Como consecuencia, se había manchado de grasa la camisa y desistió en su intento.

Llamó al mecánico que solía revisar su moto, dejó las llaves debajo del salpicadero de la rueda trasera para que las encontrara cuando llegara él a recogerla y subió a cambiarse. Como era habitual en ella: pantalones oscuros, preferiblemente vaqueros, camisa lisa, chaqueta y zapatos cómodos para estar mucho tiempo de pie e incluso para correr, si la ocasión lo requería.

A pesar de coger el vagón a tiempo, sabía que tenía que hacer trasbordo en Núñez de Balboa para dirigirse a la parada de Príncipe de Vergara, desde donde tendría que coger un taxi; de otro modo llegaría

aún más tarde.

Llevaba trabajando en el Cervantes cerca de diez años. La organización de inteligencia había sido como su casa. El director, Julián Fernández, la había reclutado y desde que la puso a cargo del departamento de operaciones consiguió ascender de puesto y responsabilidad.

Bajo su mando tenía a un grupo de operativos reducidos pero experimentados, capaces de intervenir en cualquier situación conflictiva y extrema que se presentara.

Cerró el libro y lo guardó en su bandolera de lona. Alzó la vista y observó a los pasajeros que estaban sentados en diagonal frente a ella.

Una joven con tatuajes en el cuello, chaqueta de cuero y *piercings*: uno en el labio inferior, otro en la nariz y cuatro en cada lado superior de las orejas.

Al lado, dos hombres con pelo corto, bien afeitados, con traje y americana, pero sin corbata. «La tendrán en el bolsillo y una vez que entren al trabajo se la pondrán. Tienen aspecto de comerciales».

Los observó, dedujo que eran vendedores de unos grandes almacenes; al llegar al trabajo se tomarían un café en la cafetería, comentarían el partido de fútbol del día anterior, los nuevos turnos para la semana siguiente; si a uno le tocaba por la mañana o por la tarde, y alguna rápida anécdota sobre algún cliente extravagante.

Junto a ellos, dos jóvenes con el pelo rapado y porte atlético hablaban sobre una escalada que hicieron en vacaciones mostrándose fotos en sus móviles. Eran bomberos que iban de camino a sus puestos de trabajo.

Luego echó un rápido vistazo a la joven y atractiva mujer sentada en un lateral de la fila. Estaba cruzada de brazos, mirando de arriba abajo a un joven que estaba de pie junto a la puerta. «Igual es su tipo». Ella llevaba una falda corta. «Seguro que trabaja en la recepción de un hotel». La mujer se inclinó para mirarse los zapatos, descruzó los brazos para ajustarse uno de ellos y el emblema bordado de una cadena hotelera se pudo ver en la pechera de su elegante chaqueta. Laura sonrió para sí misma al haber acertado.

Miró hacia el fondo. Tres jóvenes caminaban desde el otro vagón riéndose entre ellos. Tenían el mismo corte de pelo, muy corto. Llevaban sudaderas, pantalones holgados y zapatillas blancas deportivas de marca. Uno, el cabecilla, llamó la atención a sus amigos y señaló con la cabeza en dirección a la joven atractiva con falda corta.

Decididos gracias al poder del grupo, comenzaron a avanzar por el vagón en dirección a ella.

Laura los observó en el reflejo de la ventanilla.

El líder de los tres caminaba erguido, seguido por los otros como si

estuvieran unidos a él por hilos de marioneta. Se colocó delante de la joven casi rozando con sus piernas las de ella.

—Eh, ¿te quieres bajar en la próxima parada y tomarte algo con nosotros?

La joven, intimidada, movió las piernas a un lado y mantuvo la cabeza agachada.

Los otros pasajeros evitaron mirar hacia ellos. Nadie dijo nada. Personificaban lo que se denominaba en psicología como «el efecto espectador» y «el efecto mirón», dos conductas pasivas que pueden llevar a la omisión de socorro ante una agresión.

—No creo que la chica quiera irse con vosotros —intervino Laura, cruzada de brazos en su asiento.

Los tres jóvenes se giraron de inmediato para ver quién había hablado. El cabecilla miró a Laura y le ofreció una sonrisa torcida. Como ella mantenía su mirada fija en él, este se echó a reír y dio un codazo a uno de sus amigos para que le secundara con su actitud chulesca. Los tres se rieron.

—Y ¿tú qué quieres de nosotros? —dijo él con sorna, volviéndose a reír.

Rápidamente, Laura sacó una pistola del interior de su chaqueta y le puso el cañón en la entrepierna.

—Joder, no dispares —susurró, mostrando una sonrisa torcida.

El convoy comenzó a disminuir la velocidad al entrar en el andén de la siguiente parada.

—Os bajáis aquí o te vuelo las pelotas.

Los tres asintieron bruscamente como muñecos cabezones que mueven la cabeza solos.

Las puertas se abrieron y Laura retiró la pistola, escondiéndola de nuevo entre su ropa.

—Que tengáis un buen día, chicos.

Los tres salieron corriendo, perdiéndose entre la gente del andén que caminaba hacia las escaleras.

Las puertas volvieron a cerrarse y se reanudó la marcha.

El vagón permaneció en silencio. Los pasajeros la miraban de reojo entre admiración, respeto e intimidados por la acción que habían presenciado.

—*Puf*, muchas gracias —dijo la joven inclinándose hacia Laura.

Ella la sonrió.

—Bueno, yo solo les he dado una opción fácil para elegir.

El convoy volvió a detenerse en el túnel.

—Otra vez, no, por favor —se quejó en voz alta la chica de los *piercings*.

El teléfono móvil de Laura emitió un sonido y, después, continuó vibrando dentro de su bolso, interrumpiendo sus pensamientos. Sacó

el aparato y vio que era Varun Grover, experto informático de origen indio que trabaja en Cervantes. Contestó la llamada pegándose el móvil al oído y tapándose la boca con la otra mano.

—Estoy de camino —dijo con un murmullo.

Desde la sala de operaciones, él podía monitorizar a cualquier persona del mundo, entrar y salir de sus aparatos electrónicos, escuchar y ver sin ser visto.

—Eso ya lo sé, Laura —replicó Varun, con su mirada puesta en una pantalla donde se veía un punto parpadeante dentro de un vagón. Luego se giró y dirigió la mirada a otra pantalla: era una noticia de un diario *online* israelí en inglés—. Te he mandado un mensaje. Míralo. Y date prisa en llegar.

Sentada allí, en el vagón, cortó la llamada y miró en su bandeja de mensajes cifrados. Encontró el de Varun. Apretó en el enlace. Leyó la cabecera de la noticia del periódico digital *Hareetz*: «Lior Allon, un exespía asesinado por terroristas palestinos al entrar en zona conflictiva».

El vagón dio una sacudida y el convoy, tras un flatulento estremecimiento, se puso en marcha, y entró en el andén de la siguiente estación.

4

Había amanecido hacía pocos minutos. El minibús iba avanzando entre saltos y traqueteos. Frente a ellos había una meseta que se extendía en declive.

El conductor era el mismo sij con turbante morado que la noche anterior les había conducido a aquel misterioso edificio del que no sabían cómo habían salido.

Manolo estaba dormido. Su cuerpo, para que no se golpeara la cabeza contra el cristal, lo sujetaba Carlos, que gritaba con Juan al conductor para que parase, pero este estaba protegido en su cabina por un grueso cristal y no les hacía ni caso.

Cada vez más el sendero se iba estrechando y la vegetación arañaba los costados del vehículo. Conforme avanzaba, el minibús aplastaba todo lo que encontraba a su paso. Los animales que había por el camino huían en desbandada.

Carlos hizo amago de levantarse y Manolo se despertó al golpearse la cabeza contra el cristal: miró a sus compañeros de hito en hito. Abrió la boca, se disponía a hablar, pero parecía incierto y titubeante, además de aturdido. ¿Dónde estaba? ¿Era todo aquello un sueño?

Carlos desistió de la idea de ponerse de pie para ir a golpear el cristal del conductor y volvió a tomar asiento.

—Pero, Dios mío, ¿qué significa esto? ¿Dónde estamos? —preguntó Manolo, gritando.

Carlos se giró hacia él.

—Quizá tú nos lo puedas explicar —le espetó enfurecido

Manolo permanecía en estado de *shock*. Su pulso se había acelerado. No lograba entender qué estaban haciendo allí, en medio de la selva. ¿Estaría siendo presa del terror de una pesadilla?

En un momento dado, Juan no pudo agarrarse a tiempo y cayó al suelo del pasillo.

—Manolo, ¿dónde estamos? —inquirió Carlos fuera de sí. Su voz se había elevado hasta la histeria, transformándose en un grito al preguntar de nuevo—: ¿Dónde estamos?

Juan consiguió levantarse y volver a tomar asiento. Viendo que Manolo estaba despierto al fin, se giró hacia él, mirándole con una expresión hostil:

—¿Es esto una broma tuya?

—No sé qué estamos haciendo aquí —contestó él, al fin, sin salir de su asombro—. Os lo juro.

—¡Stop! ¡Stop! —gritó de nuevo un enfebrecido Carlos al conductor.

Pero él no escuchaba nada. El minibús seguía dando tumbos, hasta que dio la impresión de que ya no había ni camino ni sendero, sino que el propio vehículo lo iba creando a su paso, mientras que el follaje parecía no mostrar resistencia.

Entonces, el conductor abrió la puerta y saltó, desapareciendo entre la maleza.

—¡Ha saltado! —gritó Juan desesperado—. ¡Ha saltado!

Todos enmudecieron por el estado de pánico que les invadía.

Los tres iban a volverse hacia atrás para ver dónde había ido a parar el conductor indio, pero una falange de palmeras se les venía encima. Se agarraron con fuerza a sus asientos.

Era cuestión de tiempo que el vehículo quedara prisionero de la espesura del bosque o se le cayeran en pedazos los neumáticos, que se hundían y patinaban por la superficie.

El minibús golpeó una palmera, luego otra, y tras chocar con una tercera quedó inmóvil con el parabrisas destrozado.

El tronco de una palmera había atravesado el vehículo por las ventanas de atrás y dos neumáticos habían quedado reventados.

Se hizo el silencio.

—Salid, salid —ordenó Manolo.

Los tres fueron saliendo y tumbándose sobre la tierra, lamentándose de un costado dañado, de un dolor en la rodilla, de un moratón en la frente y de una nariz que sangraba.

Manolo se taponó la nariz con los dedos de una mano e inclinó la cabeza hacia atrás para cortar la hemorragia.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó Juan.

—Que nos drogaron y nos metieron en un vehículo con un conductor suicida —contestó Carlos señalando el vehículo—. Nos quitaron los móviles, los pasaportes, todo.

Manolo recobró la postura.

—No, no es eso. Hay algo más.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Carlos.

Manolo miró hacia atrás, hacia la estrecha vereda y el reguero de troncos y ramas que el minibús había dejado a su paso, aplastando raíces y apartando palmeras, árboles y arbustos hacia los lados.

—Que hay un propósito.

Carlos se aproximó hacia él, encarándose con los puños cerrados.

—Estoy harto de ti. Te crees que lo sabes todo. Por tu culpa estamos aquí.

—¿Por mi culpa?

Juan se interpuso entre los dos.

—Sí, por tu culpa —espetó Carlos—. Si no hubiéramos salido del hotel ayer por la tarde ahora no estaríamos aquí.

—Nos dijeron que era la embajada la que nos quería ver —se defendió Manolo.

—Haber ido tú solo, pero no, nos hiciste ir a nosotros también.

—Nos llamaron a los tres. No a mí solo. Y deja de gritarme.

Juan levantó la mirada e hizo un gesto a los dos.

—Me parece ver a alguien, allí —dijo muy despacio. Levantó un brazo señalando a lo lejos—. Sí, hay gente allí. Mirad.

Cinco indios con rifles se dejaron ver y comenzaron a mover sus armas al aire al tiempo que proferían amenazas en su idioma autóctono.

—Pero ¿qué hacen? —preguntó Carlos.

—Creo que nos quieren decir algo —contestó Manolo.

—Pues vete tú a ver qué quieren —dijo Carlos enfurruñado—. Nosotros nos quedamos aquí.

Manolo dio unos pasos hacia adelante con el propósito de hablar con ellos. Levantó los brazos para llamar su atención.

—Necesitamos ayuda —gritó, marcando su acento en inglés lo mejor que pudo para ser entendido—. Somos turistas. No sabemos dónde estamos y nos encontramos heridos.

Los indios siguieron con sus gestos de intimidación mostrando sus armas al aire.

—Manolo, vuelve aquí —dijo Juan—. ¿No ves que quieren que nos marchemos?

Pero él seguía caminando hacia ellos. De pronto uno levantó el fusil hacia arriba y disparó una ráfaga al aire.

Manolo se quedó quieto como un palo sin reaccionar. Entonces otro indio hizo lo mismo y disparó al aire.

El pánico agarrotó los nervios de Manolo tras la segunda detonación, le paralizó los intestinos y el vientre. Estaba tan petrificado que no se movió hasta que sintió la orina surcando su piel y cayendo a sus pies. Luego se inclinó y vomitó.

Juan corrió a su encuentro, agarró del brazo a Manolo, que seguía echando bilis, y lo llevó hacia atrás. Inmediatamente los tres comenzaron a correr apresuradamente entre la maleza.

Siguieron hasta llegar a un claro, donde descansaron.

—Pero ¿qué pretenden? —preguntó Carlos, escupiendo en el suelo, respirando y espirando con fuerza. Observó el estado de Manolo—. Joder, te has meado encima.

—No he podido evitarlo.

Otro tercer disparo sonó a sus espaldas.

—Nos han disparado, Dios mío —murmuró Juan.

—Creo que quieren dirigirnos hacia adelante —aseveró Carlos.

—Hacían gestos con los brazos como indicando que siguiéramos —añadió Juan.

—¿Ves, Manolo? Por eso dispararon, para que no nos quedáramos quietos. No nos querían hacer daño. Igual se asustaron de nuestra presencia. Me quedaré aquí y hablaré con ellos —dijo Carlos.

—Ni hablar —le espetó Manolo—. Tú te vienes y continúas.

—Te vas a la mierda —contestó Carlos, furioso, ya fuera de sí—. Es por tu culpa que estamos aquí.

—Ah, ¿sí?

—Sí —contestó Carlos irritado, sumido en la rabia—. Te empeñaste en viajar a la India. Y encima nos llevaste a ese lugar donde nos drogaron y acabamos aquí perdidos en la selva ¡con los animales salvajes que habrá! Vosotros haced lo que os dé la gana, pero yo me quedo y hablaré con ellos. Si tienen un teléfono móvil llamaré a España y les comunicaré lo sucedido.

El ruido de los disparos parecía más cercano.

—Es evidente que nos dirigen a algún lugar como si fuéramos animales de caza —dijo Juan—. Esa gente no es cordial, Carlos.

—Sé razonable, Carlos —insistió Manolo—. Sigamos los tres juntos.

—¿Es que no me habéis oído? Que os larguéis —les ordenó Carlos histérico.

Juan y Manolo desistieron de convencer a su amigo, se dieron la vuelta y continuaron. Cruzaron el claro, se adentraron en una zona boscosa y treparon por una escarpada loma. Desde donde estaban situados pudieron ver a Carlos haciendo gestos con los brazos mientras intentaba comunicarse con los indios. Vieron a uno de ellos alejarse unos metros y hacer una llamada telefónica.

El indio se aproximó a Carlos y le tendió el teléfono móvil.

—Le han dado un móvil —comentó Juan. Se giró hacia Manolo—. Vamos con él.

Vieron cómo Carlos, siguiendo instrucciones que recibió de su interlocutor, se dirigía al centro del claro, mientras que los indios permanecían alejados en la periferia.

—¿Qué estará pasando? —murmuró Manolo—. ¿Le van a recoger en helicóptero?

—No lo sé —contestó Juan poniéndose en pie—. Pero ha hablado con alguien pidiendo ayuda. Vamos con él, Manolo. Y por favor, no os enfadéis más entre vosotros.

En medio del claro, Carlos se giró hacia cierta dirección con el teléfono pegado en la oreja. Entonces, desde algún lugar de la selva recibió una serie de disparos procedentes de rifles de francotiradores. Su cuerpo quedó tendido en el suelo y aún recibía impactos de bala.

—Dios mío —espetó Manolo, poniéndose en pie de un salto.

—Oh, no —musitó Juan.

Manolo tiró del brazo de su amigo.

Los dos corrieron apresuradamente hacía el interior de la selva.

* * *

De madrugada bajó la temperatura.

Manolo y Juan dormían en el suelo, uno junto al otro.

Cuando el ruido de los animales salvajes comenzó a sonar en la selva, Manolo despertó a Juan.

—Tenemos que seguir.

Se levantaron y continuaron caminando, desorientados en la noche. Tras lo sucedido con Carlos, optaron por adentrarse más en la selva.

Tras un tiempo, encontraron unas rocas, donde se acostaron para poder dormir unas horas. Al amanecer sus rostros estaban hinchados. Habían dormido mal y tenían hambre. Continuaron caminando. El sol se alzó y enseguida sufrieron la humedad y el calor.

—Con la cantidad de gente que vimos ayer en Nueva Delhi y ahora no vemos a nadie —dijo Manolo—. Será cuestión de tiempo.

Juan se sentó sobre una roca.

—Creo que tengo ampollas en los pies.

Manolo se paró a su vez y observó alrededor. Sintió humedad en las palmas de las manos y se las secó restregándose en el pantalón.

—Descansaremos un rato.

—¿Por qué crees que mataron a Carlos?

Manolo suspiró. La cabeza le latía por efecto del cansancio.

—No lo sé.

—¿Puede que sean asesinos?

—¿Cómo haces esa pregunta cuando has visto que han matado a Carlos? Ha sido un asesinato a sangre fría.

—¿Entonces?

—Acertar a un blanco desde tan lejos es propio de tiradores con experiencia, de profesionales. A lo mejor le preguntaron por teléfono si llevaba dinero encima, él dijo que no y le dispararon.

—Pero ¿por qué? Además, estaban escondidos, mientras que los indios se quedaron quietos a un lado. Parecía organizado, ¿no crees?

Manolo le miró fijamente.

—No lo sé. Es todo tan surrealista… Puede que estemos en la plantación de narcotraficantes y se crean que somos de la CIA.

—¿De la CIA? Estás enganchado a demasiadas series de televisión. Sé realista. No nos hemos adentrado en la selva por propia iniciativa, Juan. Nos han traído aquí a propósito, y aquí no hay plantaciones de

ninguna droga, es todo vegetación salvaje.

Unos ruidos les llamaron la atención, alzaron la cabeza a lo alto del follaje. Un grupo de monos les observaban con curiosidad.

—¿Son peligrosos?

—No, no lo creo —contestó Manolo. Sonrió a su amigo para darle ánimos. Sin embargo, aunque no lo exteriorizara, tenía miedo—. Venga, continuemos. No tardaremos en encontrar a alguien y pedir ayuda.

5

La angustia y el temor invadieron el corazón de Laura. Leyó el artículo narrando cómo murió su amante y amigo Lior Allon.

Según informaba el diario de noticias israelí, se estaban produciendo protestas violentas a lo largo de la valla perimetral que separaba Israel de Gaza. Grupos radicales musulmanes tiraban piedras y bengalas al otro lado. Estas acciones eran maniobras de distracción para que hubiera un intento de incursión por parte de terroristas de Hamás en territorio israelí, pero enseguida estos fueron neutralizados por las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF).

Según el informe oficial, Lior apareció desorientado de la nada. Se deslizó por una valla y se adentró en la zona controlada por Hamás. Francotiradores de la IDF le llamaron a gritos para que volviera. No pudieron evitar que cuatro terroristas ávidos de sangre corrieran hacia su encuentro y lo abatieran.

Cuando hicieron amago de llevarse el cuerpo muerto del israelí, los soldados contraatacaron internándose al otro lado de la valla e impidiéndolo.

Su relación con el espía israelí Lior Allon había estado condenada desde el principio. Ella era consciente, sin embargo, él no. Tras una anterior operación conjunta en Irán, él no se fue con su equipo como debería haber hecho, sino que se quedó en el piso franco de Teherán pendiente de que Laura se encontrara a salvo fuera del país por la ruta de escape que ella tenía planeada. Esto fue su perdición. Él fue detenido, sometido a torturas y enviado al Líbano para complacer a Hizbulá.

Hacía casi un año que Laura y el exoperativo David Ribas, a quien había pedido su ayuda, lo habían rescatado en Beirut, poniendo en juego sus vidas y las del equipo israelí que participó en la operación. ¿Por qué ese final? Laura reflexionaba sobre los motivos que habrían impulsado a Lior a tomar aquella decisión.

¿Por qué lo había hecho? «Debió de encontrarse en una situación extrema para no poder ver la solución». El recuerdo afloró en su mente. Lior era una persona divertida, inteligente. Él veía el mundo desde una perspectiva muy diferente a la suya.

Aun teniendo claras diferencias en opiniones, los dos se querían y disfrutaban de la compañía mutua. Sin embargo, él se mostraba más

dependiente emocionalmente, y esta, creyó Laura, era una debilidad muy peligrosa sometidos los dos al trabajo que realizaban, encomendados por sus organizaciones de inteligencia en un país hostil como lo era Irán.

En una ocasión se lo hizo saber, pero él se negó a admitirlo: la relación con Laura se estaba convirtiendo en algo más complejo y exigente, que pudiera terminar en amenaza. Él se negaba a ver la debilidad de sus necesidades emocionales.

¿Habría contribuido ella indirectamente al trágico final de Lior? ¿Podía haberlo evitado?

Como si las burbujas de una bebida con gas le recorrieran las venas, tuvo una dilatada sensación de urgencia de salir del vagón del metro.

Las puertas automáticas se abrieron al llegar a la siguiente parada. Se puso de pie, salió al andén y subió las escaleras junto con la masa de personas.

Una vez en la calle se percató que se había pasado dos paradas. Ahora tenía que coger un taxi para llegar al Cervantes. Alzó la mano llamando la atención a un taxista y este paró junto a la acera.

Sentada en el asiento de pasajeros veía el paisaje urbano tras el cristal de la ventana sin prestar atención alguna, sumida en sus cavilaciones. Sintió un profundo vacío al conocer la noticia de la muerte de Lior: se dio cuenta de que durante su tiempo como jefa de operaciones del Cervantes había estado viviendo un estrés muy alto. «No quiero acabar como él, perdiendo la cabeza».

Siguió dándole vueltas. A otro nivel, tomó una decisión: dejar de trabajar en Cervantes. «Habría situaciones difíciles en las que se me echaría de menos, pero ellos tendrían que superarlas. Además, estoy convencida de que Julián encontraría a otra persona con las capacidades necesarias para sustituirme».

Con la mirada perdida a través del cristal reflexionaba qué reacción tendrían sus compañeros al conocer su decisión irrevocable. «Las anécdotas vividas y el recuerdo del tiempo pasado juntos durante las operaciones se harían cada vez más fugaces hasta desaparecer. El tiempo lo cura todo, dice el refrán».

Conforme pasaban los minutos y continuaba reflexionando sobre la muerte de Lior, se iba sintiendo como si le hubieran arrancado toda una capa de su vida.

Aquellos encuentros esporádicos en misiones en el extranjero y en cursos de prácticas daban color y llenaban su existencia en un mundo laboral que se estaba convirtiendo en una tortura rutinaria, tediosa, que le iba demandando cada vez más y que sentía que ya le había quemado bastante.

Ya no podrían estar juntos, decirse cosas agradables, compartir

sentimientos, acostarse juntos después de una romántica cena, con la certeza del deseo correspondido.

Quizá era el momento de poner punto final a su trabajo en Cervantes. Irse a un puesto bien pagado con una empresa privada, donde tuviera que hacer un cómodo trabajo, como analizar y procesar informes de inteligencia, iniciar una relación con una pareja, pensar en formar una familia y disfrutar de la vida.

Nada más llegar comunicaría su decisión.

Le indicó al conductor del taxi dónde la podía dejar junto a la acera, al lado de una parada de autobús.

6

El sudor se le introducía a Juan en los ojos, estaba muy irritado y no había dejado de quejarse desde las últimas horas. El calor sofocante parecía deslizarse por sus pensamientos: acusaba a Manolo de lo sucedido. A él habían confiado la planificación del viaje y, como era el único que hablaba un inglés perfecto, le habían estado haciendo caso en todas sus decisiones de grupo.

Manolo le decía que se calmara, pero él continuaba maldiciendo, del mismo modo a como le había increpado Carlos. Le echaba la culpa por haber elegido la India como destino y, por tanto, de ser el responsable de la muerte de Carlos. Sin embargo, Juan no se daba cuenta de que fomentaba más el cansancio de los dos.

—¡Vaya vacaciones en la India! —exclamó por enésima vez. Dio una patada en el suelo levantando un montón de tierra.

—Se suponía que no iban a ser vacaciones.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué iban a ser, sabelotodo?

—Se trataba de pasar un tiempo juntos, haciendo excursiones, descubriendo ciudades desconocidas… Ya os lo dije antes de tomar la decisión, que si queríais unas vacaciones, no íbamos a la India sino que nos quedábamos en un resort a pasar los días en tumbona y playa.

—Si no te hubiéramos hecho caso, ahora estaríamos en la República Dominicana y no aquí.

—Cállate ya, por Dios, Juan —gritó Manolo. Su rostro también estaba bañado en sudor y se encontraba de igual manera exhausto. Notó que su amigo estaba a punto de romper a llorar y le hizo unos gestos tranquilizadores—. Teniendo esta actitud no vas a mejorar nada. Por favor, para ya de quejarte tanto.

Entonces, Juan se derrumbó: rompió a sollozar, le rechinaban los dientes. Manolo se acercó y le pasó un brazo por encima de los hombros, percibiendo la agonía de su amigo.

—Venga, hombre —le consoló—. No debemos rendirnos. Ánimo.

Juan se secó la cara.

Se oyó un ruido.

—¿Has oído? —preguntó Juan, levantando el cuello.

A Manolo le dolía tanto la cabeza y los golpes de la sangre en su cerebro eran tan fuertes que no podía escuchar nada lejano.

Eran voces. Juan señaló con un dedo a varias personas en la

carretera junto a un *jeep*. Echó a correr sin que Manolo pudiera impedírselo. Entonces se paró.

—Por fin —dijo, sonriente.

Deseoso de encontrarse con sus salvadores, no se lo pensó dos veces y lleno de júbilo salió de la maleza corriendo y alzando los brazos.

Manolo le llamó a su espalda, pero este no le hizo caso. Fue a su encuentro; sin embargo, se enganchó un pie en la raíz de un árbol y cayó de bruces.

Un hombre se percató de la inesperada aparición de Juan, y llamó la atención a los demás.

Juan estaba tan contento que pensó que había encontrado a un grupo de turistas extranjeros acompañados de su guía indio. Conforme se acercaba, haciendo ademanes hacia los desconocidos, vio el cuerpo muerto de Carlos tendido en la parte de atrás del *jeep*. No le dio tiempo a reaccionar. Tres hombres levantaron sus rifles y le dispararon en la cabeza y en el pecho e incluso cuando su cuerpo hubo caído en el asfalto.

Manolo oyó los estampidos de los rifles mientras se levantaba del suelo. Se tiró de nuevo cuerpo a tierra y cuando los disparos cesaron se levantó. Se acercó y por encima de los matorrales vio a Juan, muerto en medio de la carretera. Un indio grande y fornido lo cogió por un brazo y de una pierna como si fuera un animal abatido y lo lanzó a la parte de atrás de un *jeep*, donde yacía el cuerpo de Carlos.

Manolo temblaba viendo lo que acababan de hacer con su amigo. Se fijó en los cazadores. Desde su posición, no podía escucharlos con claridad. Uno de ellos llamó al único de aspecto indio por el nombre de «Chandan». Era el hombre que les había atendido en la supuesta embajada la noche anterior; el que Carlos dijo que se parecía al chino de la película de James Bond, *Goldfinger*. Lo que estaba claro es que los cazadores eran extranjeros y de diferentes nacionalidades.

—Eran tres los españoles. Nos falta uno —anunció Cazador Uno, en un marcado acento británico.

—Hay que darle caza cuanto antes —dijo Cazador Dos, este con acento latino—. No podemos permitir que se nos escape.

—Tendremos que hacer un rodeo —comentó de nuevo el primero —. Seguro que se ha asustado por los disparos y ha retrocedido.

—Todos lo hacen —añadió Cazador Tres, con acento inglés neutro —. Se mueren de miedo y corren como pollos sin cabeza.

Los tres se rieron de aquel último comentario. Se subieron en el *jeep* y se fueron del lugar.

Manolo permaneció totalmente inmóvil, solo sus ojos se movían. Tardó un tiempo en reaccionar. Estaba muerto de miedo, temblando y mirando con horror al lugar donde había visto abatido el cuerpo de su

amigo Juan.

Primero vio morir a Carlos, y después a él. ¿Y si todo era parte de alguna broma macabra que le estaban gastando? ¿Serían ellos capaces de llegar tan lejos? No, ellos no tenían ni el ingenio ni el carácter para llevar a cabo algo así, tan elaborado. «Todo es real, Dios mío». «Esto es una auténtica locura».

Se levantó del suelo y se aproximó a la carretera. Había sangre de su amigo en el asfalto. Un ruido a su espalda hizo que diera un respingo. Se giró, volvió corriendo al interior del follaje, se agachó junto a un matorral y se detuvo a escuchar. La selva parecía silenciosa. ¿Estarían tras él?

Comenzó a correr despavorido, pero de inmediato se paró al escuchar el rugido del animal. Quedó petrificado. ¿Era un tigre? Entonces lo vio. Era un leopardo saltando de un árbol a otro. Él optó por quedarse quieto. Por un momento el animal permaneció paralizado oliendo la presencia del extraño. Pero enseguida desapareció entre la maleza, seguramente tras oler la presencia de cazadores en la zona.

Manolo se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra un árbol. Se encontraba mareado. Un pájaro enorme y colorido se posó sobre el tronco de un árbol. Tras unos minutos, se levantó.

¿Qué dirección debía tomar? Decidió volver a la carretera.

En vez de cruzar la calzada y penetrar por la enmarañada selva del otro lado, decidió ir pegado a la cuneta por si viera circular coches y pedir ayuda. «Seguro que aparecerá alguien».

Se puso a caminar mientras las lágrimas resbalaban por su rostro. Le picaba la espalda, tenía la camisa empapada en sudor. Se la quitó y se la enrolló alrededor de la cabeza para prevenir los efectos del tremendo calor del sol.

No tardó mucho en aparecer un vehículo, solo que en él no viajaban quienes hubiera querido encontrarse.

7

En España no tuvo relevancia alguna la noticia de la muerte de los tres españoles en la India. Tan solo en la sección de sucesos de algún diario se comentó el trágico incidente que había padecido el grupo de amigos al hacer senderismo sin guía local cerca de la frontera con Pakistán.

—«Los tres extranjeros de nacionalidad española traspasaron los límites de una zona militar del estado indio de Rajastán» —leyó Varun el comunicado oficial del Gobierno indio a Julián Fernández, director del Cervantes. Ambos estaban reunidos en su despacho—. «Por la palidez de sus rostros, los soldados indios que patrullaban la zona pensaron que eran terroristas pakistaníes que se habían infiltrado en el país, y les dispararon tras darles el alto y no obedecer la orden».

—¿La embajada ha solicitado una investigación?

—No, ellos no quieren problemas y han dado por válida la versión oficial. Los cuerpos ya han sido repatriados y mañana se celebrarán los funerales de dos de ellos en Sevilla y del tercero en Asturias.

—Es increíble. ¿Serán capaces de seguir evitando enfrentarse a la realidad y no averiguar qué pudo haber sucedido? Nadie se hace las preguntas básicas. ¿Por qué los tres turistas fueron a aquella zona? ¿Por qué los encontraron en aquel estado? ¿Las heridas de bala corresponden a la munición utilizada por el ejército indio?

—He hablado con un miembro de la inteligencia india. No comprenden cómo esos tres españoles salieron del hotel de Nueva Delhi a media tarde y aparecieron acribillados al día siguiente en un descampado cerca de la frontera con Pakistán. No ha habido autopsia ni informes de forenses. Pero todo apunta a que fueron abatidos a muchos kilómetros de distancia de donde encontraron los cuerpos.

—¿Y cuál es la opinión de ese oficial de inteligencia indio de lo que pudo suceder?

—Todo apunta a lo que ya nos informó David Ribas desde la India: la caza humana. Ocurrió lo mismo con cuatro turistas griegos hace un mes, y antes con dos ciudadanos de Florida. En esta ocasión las víctimas han sido españoles.

—¿Y David? ¿No pudo prevenirlo?

Varun hizo una mueca.

—Jefe, él fue quien nos informó de lo que estaba sucediendo. Nos

advirtió que más pronto que tarde ocurriría con españoles. De hecho, él se ha dedicado a buscarlos y ahora mismo mientras hablamos está en algún lugar del norte de la India.

—¿Y el Gobierno indio por qué no toma medidas?

—Desestima la versión de que se estén realizando cacerías con extranjeros. Que son fantasías de la gente, elucubraciones… El actual partido en el poder está más pendiente del crecimiento económico de lo que esté sucediendo en el interior del país. De hecho, es muy nacionalista y tiene otra forma de pensar acerca de la interferencia extranjera.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Que los indios no están para servir a los extranjeros y el mundo ha cambiado. Que ya no viven bajo el yugo británico. Que se alcanzó la independencia hace ya muchos años y ahora la India es una superpotencia. Con sus más y sus menos, pero con una población que no para de crecer.

—Qué retrógrados. ¿Qué tendrá que ver eso con investigar unos crímenes que están sucediendo? Por cierto, ¿qué últimas noticias tienes de David Ribas? ¿Se ha puesto en contacto contigo?

—La última vez que supe de él fue hace unos días, informándome de que se iba a hacer pasar por un turista extranjero para caer en manos de ese grupo criminal que organiza las cacerías. Estoy convencido de que él es la única persona capaz de poner fin a estas matanzas.

—No le envidio, desde luego. Pero hay que admitir que aguantar el clima de la India es algo digno de admiración, sobre todo si has nacido y vivido en España. Con el paso del tiempo, David Ribas ha logrado aprender a convivir con esas inclemencias, de lo contrario, hubiera quedado con los nervios deshechos. Ojalá consiga eliminarlos y salir de la situación en la que se encuentre, sano y salvo.

En ese momento, Julián recibió un mensaje en el móvil. Le comunicaban que Laura García acaba de llegar.

—Vayamos ahora a la sala de reuniones —dijo de nuevo, levantándose del asiento—. Laura está aquí. Dejemos la India a David Ribas. Es hora de hablar sobre el peligro inminente que nos atañe en España.

8

Al lado de la puerta había un teclado donde Laura García pulsó una clave de cuatro dígitos. Luego alzó la mirada hacia la cámara de seguridad. Tras un leve chasquido metálico, la puerta exterior se abrió. Ella lanzó un rápido saludo con la mano a los guardias armados apostados tras un grueso cristal y se metió en un ascensor.

Oprimió el botón de la séptima planta. La gruesa puerta se cerró con estrépito. Tras detenerse con un susurro, la puerta opuesta se abrió y entró en una cápsula de seguridad: por un momento quedó herméticamente cerrada, la puerta se deslizó hacia un lateral y ella entró en un pasillo sórdido. Ya estaba en el interior del Cervantes.

Pasó por la sala de reuniones con las paredes cubiertas por gruesos cristales. Levantó la mano hacia sus compañeros operativos Tom, Fabián y Óscar. Aquel era el punto de encuentro de los cuatro todas las mañanas, donde coordinaban las operaciones relacionadas con seguimientos a sospechosos, contra células terroristas y programaban objetivos de inteligencia. Estaba a punto de levantar la mano derecha para abrir la puerta cuando Varun se le adelantó por el otro lado y abrió de un tirón.

—Laura, siéntate, por favor —le pidió Varun—. Te sugiero que te armes de paciencia.

Cuando entró, vio que también se encontraba con ellos Julián Fernández. Tenía una cara inteligente que pareció cobrar vida al verla entrar. Laura tenía la sensación incómoda pero clara de que él había estado hablando sobre ella. De repente, sintió que la sala de reuniones se había impregnado de una sensación de emboscada.

Tom, apoyado en una muleta, le dio un botellín de agua mineral. En una anterior operación había sido herido de bala en una pierna. Consiguieron eliminar la amenaza y evitar que causaran más muertos.

Laura se dejó caer en la silla y dio un largo trago a la botella. Todos mantenían una actitud expectante.

Ella iba a decir algo, pero Julián la interrumpió.

—Espera. Escucha lo que Varun tiene que decirte.

Laura miró fijamente al informático indio de grandes ojos y vio que se trataba de algo importante sobre la información que ya le había adelantado.

—Lior dejó una nota para ti —anunció.

—¿La puedo ver?

Ella notó cómo se instalaba una expresión de lúgubre negativa en su rostro.

—Los israelíes no la pueden compartir porque está dentro de las páginas de un diario que escribió. Ellos solo nos han hecho saber que Lior quería informarte de que, durante su cautiverio con Hizbulá, escuchó a un alto mando decir que un tal Alacrán tiene lobos solitarios y está dispuesto a atentar en España. Él te pedía que hicieras todo lo posible por frustrarlo y que atraparas y eliminaras a Alacrán. —Varun leyó en la pantalla de su iPad—. Palabras textuales que me ha hecho saber la inteligencia israelí: «Laura, Alacrán está suelto. Atrápalo antes de que atente en España. Llegada inminente. Elimínalo».

Julián intervino.

—El servicio de inteligencia israelí ha estado estudiando sus notas y opina que se puede tratar de un lobo solitario dispuesto a atentar en España de manera inminente, como escribió Lior. Es decir, que dan por válida la amenaza según sus datos y rechazan que sea un desvarío.

—¿Por qué Lior tardó tanto en compartir esta información? —preguntó Óscar.

—Quizá se quedó grabado en su memoria y al cabo del tiempo lo recordó —respondió Julián—. Sufrió mucho durante su cautiverio. Era un hombre dañado psicológicamente.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Laura—. ¿Que no estaba en sus cabales al escribir esa nota para mí?

—No, Laura. Puede que lo retuviera en la memoria porque sabía que quizá era un plan que él había escuchado de sus captores. Después de tanto tiempo en el centro de rehabilitación israelí debió de darle vueltas a esa información que retenía su mente.

Su experiencia profesional se rebelaba contra esa opinión, pero ella acabó asintiendo.

—Puede que sí —admitió—. Escuchó la información y la mantuvo guardada. Sin duda la preparación de ese lobo solitario llevaría tiempo.

—Por eso se fugó —dijo Julián con una expresión confiada y segura.

—¿Qué quieres decir?

—Lior huyó del centro donde estaba recluido y dejó la nota para comunicarse contigo —contestó con firmeza—. Él vio que era la única forma de alertarnos.

Laura movió la cabeza afirmativamente, pero dijo:

—Pudo haber solicitado que le visitara.

—No, no le permitían visitas del exterior. Los israelíes me lo comentaron. Lior pidió verte en más de una ocasión. Mostraba un

comportamiento inusual y detectaron síntomas de daño psicológico, lo estaban tratando.

—En un informe de inteligencia de la CIA —comentó Varun—, se menciona un campo de entrenamiento en Líbano y cita textualmente que las palabras de la fuente que tienen allí advierten de que se preparaba en particular a un terrorista para actuar en Europa. Posiblemente el que Lior oyó que llaman Alacrán.

—Las preguntas básicas —apremió Julián—: ¿Quién? Su verdadera identidad. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Y qué objetivo tendría? ¿Podemos pensar en alguna fecha clave, conmemorativa? —Todos guardaron silencio, reflexionando—: Vamos, vamos… Quiero respuestas —dirigiéndose a los operativos Tom, Fabián y Óscar—. Venga, lanzad opiniones.

—Quizá debamos dar una alerta a nuestras fuerzas de seguridad del estado —comentó Fabián—. Cotejar a los viajeros, ya sabéis… todo el procedimiento.

—El CNI tiene informantes —dijo a su vez Tom—, quizá ellos también pudieran mantener los ojos abiertos.

—Sí, creo que activar una alerta de seguridad puede ser beneficioso —admitió Julián—. En inmigración, la Policía Nacional actúa en el ámbito adecuado.

—Todo esto provocará un caos —añadió Óscar—, mucho ruido de fondo, pero para lo único que serviría sería para mantener alerta al sujeto y saber cómo y dónde evadir a los cuerpos de seguridad.

Laura asintió.

—Estoy de acuerdo con Óscar. Sin embargo, no sabemos su capacidad de movimiento, su nivel de entrenamiento. Igual incluso puede caer en manos de una patrulla de carretera, y ahí se quedó la amenaza.

—Puede que incluso al verse perseguido tome decisiones precipitadas y cometa errores —comentó Tom—, lo que pudiera dar lugar a que sepamos dónde se encuentra y le atrapemos.

—Hay que pensar que pueda llegar por carretera o por mar —dijo Varun—. Utilizando las rutas que la mafia usa para traficar con personas

Julián dio una palmada sobre la mesa.

—De acuerdo, si se da una alerta sería allanarle el camino. Quiero que mantengáis controladas las rutas que utilizan los traficantes de personas. —Y preguntó airado—: Ahora, decidme, ¿qué fecha importante está próxima?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laura—. ¿El 12 de octubre?

La mención de la celebración de la Fiesta Nacional de España, dentro de dos días, quedó suspendida en el aire.

Laura echó un disimulado vistazo a la sala.

—Todos a trabajar, ahora mismo —ordenó Julián poniéndose de pie.

Cada uno fue saliendo de la sala de reuniones.

—Laura, espera —dijo Julián.

Él mantuvo sus ojos fijos en ella. Advirtió cierta sensación de incomodidad que no era habitual en Laura.

—Siento mucho lo de Lior.

Ella sentía la fría quemadura de su mirada. Era consciente de que la estaba evaluando.

—Gracias, Julián. De hecho, quería hablar contigo.

Rápidamente Julián percibió que iba a comentar algo que pudiera resquebrajar en alguna medida el ansia feroz, la determinación inquebrantable y el compromiso en realizar su trabajo en Cervantes de la forma que siempre le había caracterizado. No quería escuchar nada negativo o que pudiera perjudicar el funcionamiento del Cervantes. Así pues, decidió distraer la atención.

—Por cierto, David Ribas está de nuevo metido en una operación.

—¿Ha sucedido algo? ¿Es por el grupo de empresarios que desapareció en la India?

Julián mostró en pantalla de su iPad las fotos de las tres personas.

—Estos son los turistas que murieron al internarse en un recinto militar. Según la versión oficial, los soldados indios pensaron que eran terroristas pakistaníes y los abatieron.

—No puede ser…

—No sabemos cómo acabaron allí. Hemos estudiado sus perfiles y no encaja ninguno con el hecho de que quisieran internarse solos en un bosque ni experimentar una aventura de alto riesgo.

—¿A qué se dedicaban?

—Los tres eran directivos de una empresa tecnológica. Hemos tenido acceso a sus correos. La estancia en la India era la primera escala del viaje que tenían planificado. Querían visitar Tailandia y Australia. Desde Sídney tenían el vuelo de vuelta a España.

—Entonces, tendremos que dividirnos —Sus ojos se encontraron con los de Julián—. Puede que haya alguna relación…

—No, Laura —le interrumpió—. Por el momento no hay ninguna relación. Tenemos una alerta por terrorismo que es nuestra máxima prioridad. La muerte de los españoles en la India no se acerca siquiera a algo que pudiera asociarse con una operación de envergadura como la que debemos de adoptar. El terrorista que pretende actuar en nuestro país es tu prioridad.

—¿Habéis conseguido contactar con David?

—No. Todavía, no. Lo último que sabemos de él es que se encuentra infiltrado como un turista extranjero en un pueblo de las montañas de algún lugar del norte de la India.

Laura asintió. Los dos guardaron silencio un instante.

—Quería hablar contigo sobre una decisión que he tomado.

Julián, que intuía lo que iba a suceder, quiso zanjar el tema de inmediato.

—No es el momento, Laura. Eres una profesional y, como tal, la trágica noticia por la muerte de Lior no debe desviar tu atención de la rigurosa situación de los acontecimientos que se están produciendo aquí, en España. Reúnete con tu equipo y ponte a trabajar para eliminar la amenaza. Cuando acabe, hablamos.

Laura musitó un «De acuerdo» y salió de la sala de reuniones. Enterró en su subconsciente a Lior y priorizó su actuación en el riguroso análisis de los acontecimientos.

9

Toda la habitación estaba impregnada de un intenso extraño olor. Una mezcla de incienso y ambientador en espray. Un bello ramo de flores llenaba la superficie de la mesita junto a la ventana. La suite del hotel Taj Mahal Palace de Bombay era perfecta.

David Ribas rodeaba con sus brazos a su mujer, Cristina.

—No creo que haya un hombre más afortunado en el mundo que yo —dijo besándola en el cuello.

—Ah, ¿no? —dijo ella feliz.

—No.

—Mira la vista. Es espectacular.

La pareja miró hacia fuera por la ancha ventana. A pocos metros se veían el mar y el monumento llamado «Puerta de la India», erigido para celebrar la visita a la India del rey Jorge V y su esposa, la reina María, en 1911. Desde entonces se convirtió en la puerta de entrada ceremonial a la India para los virreyes y gobernadores. Y por ella desfilaron las tropas de la Infantería Ligera de Sommerset el 28 de febrero de 1948 al ritmo del himno «Auld Lang Syne» para embarcar rumbo a Inglaterra, en lo que era la retirada definitiva del país que los británicos ocupaban desde hacía casi dos siglos.

—Yo solo veo un enorme monumento, agua oscura, pobreza por todas partes, un olor horrible, como a paño podrido o mocho húmedo, un tráfico insoportable, el ruido de los cuervos…

Cristina rio.

—Venga, alegra esa cara, David —murmuró.

Él la envolvió de nuevo con sus brazos.

—Menos mal que solo estamos en este país por poco tiempo. El único monumento que quiero ver es a ti.

Ella volvió a reír. David había viajado a la India por orden de Julián Fernández como agente de inteligencia para la elaboración de un informe sobre la seguridad del lujoso hotel días antes del viaje programado de los reyes de España a la ciudad. Como anteriormente no habían tenido un viaje de novios por motivos laborales, decidió no perder la oportunidad y después de su trabajo visitar con Cristina varios países del sur de Asia hasta llegar a Japón, desde donde tenían el billete de vuelta a Madrid. Los dos estaban profundamente enamorados y tenían toda la vida por delante.

David fue al minibar.

—Vamos a probar la cerveza india, a ver qué tal sabe.

— A mí no me apetece ahora.

—Venga, que está fría. Un brindis.

Cristina se fue al baño. David se quedó de pie sosteniendo una botella de Kingfisher, sin entender aquel brusco cambio de actitud.

Llamaron a la puerta.

David dejó la botella sobre la mesa y fue a abrir. Había visto un colgante muy bonito en una de las tiendas del hotel. Lo había comprado y pedido que lo envolvieran. La dependienta, vestida con un sari de color carmesí, le comentó que le daría un brillo extra para que resultara más reluciente. Él pidió que se lo subieran a la habitación tan pronto estuviera listo.

Abrió la puerta, firmó en la factura y dio una propina al empleado antes de volver a cerrar.

—¿Quién era? —preguntó Cristina, saliendo del baño.

David se quedó de pie con un brazo a la espalda. No podía evitar sonreír.

—Oh, venga David. Disimular se te da fatal.

Ambos rieron.

—Es una sorpresa para ti.

Ella seguía riendo. David le dio el pequeño envoltorio en papel dorado. Ella lo abrió sin perder la sonrisa, levantó la tapa y sacó el colgante. David lo cogió y le ayudó a ponérselo.

Cristina se miró en el espejo sosteniendo la joya entre los dedos.

—Es perfecto.

Él se acercó y la abrazó por la espalda, besándola en la nuca.

—Eso es lo que pienso de ti.

Se besaron. Él intentó quitarle la camiseta, pero con una sonrisa en sus claros ojos ella le sujetó las manos y se escapó de sus brazos.

—No, ahora nos vamos a visitar ese monumento que hay ahí fuera y luego tenemos que comer.

Fue horas más tarde, justo antes de subir a cenar al restaurante del piso superior, cuando entendió aquel extraño comportamiento de su esposa. Cristina le reveló que estaba embarazada. Él le propuso posponer el viaje y volver a Madrid. «Ya tendremos otra oportunidad», afirmó. Minutos más tarde los terroristas irrumpieron en el hotel desencadenando una tragedia. La vida de David Ribas no fue la misma desde entonces.

Años después, David recreaba esos momentos de felicidad en sus sueños. Había recordado esa escena muchas veces y en cada ocasión le parecía tan fresca como la primera vez. Aquel día había experimentado uno de los grandes momentos de su vida al enterarse de que iba a ser padre por primera vez. Minutos después todo lo

maravilloso que representaba su existencia en este mundo había muerto, desaparecido para siempre.

Con la fuerza de un tren que sale rugiendo de un oscuro túnel, lo despertó el perro Ananda con su cola golpeando la pata de la mesita de noche. Eso activó sus sistemas de alarma.

Se giró rápidamente. Ahí, en la oscuridad, había una persona apuntándole con una pistola.

—Quieto o te meto una bala en la cabeza.

—¿Quién eres? No tengo mucho dinero.

—Si vuelves a hablar, tus sesos se estamparán contra la pared. Levántate y vístete.

David se movió muy despacio e hizo lo que le ordenó. El hombre encendió el interruptor.

Mientras se vestía, David le observó. Era de aspecto nepalí y de constitución fuerte. Tenía la cara redonda, nariz chata y un fino bigote. Por su movimiento corporal aquel hombre tenía experiencia con armas, no era ningún criminal de poca monta, no debía subestimarle. Además, su inglés era excelente, a pesar del acento indio, lo que le hacía dudar sobre si habría sido entrenado por mercenarios extranjeros.

Ananda yacía adormecida en el suelo. Había dejado de mover la cola. Era un perro callejero, siempre estaba en aquella cabaña. Los inquilinos la cuidaban. No molestaba y ofrecía compañía.

—¿Dónde está tu documentación?

David señaló con la cabeza la estantería.

—Ahí, en esa balda.

Manteniendo la pistola apuntando a David, ojeó los papeles.

—Aquí no hay pasaporte.

—Lo dejé en la agencia de viajes de Nueva Delhi. Ellos se encargan de todos los detalles de mi estancia.

—¿Eres escritor? —más que una pregunta sonaba como una afirmación.

David había pregonado por el pueblo vecino que él era un escritor español y que estaba pasando unos días de vacaciones en la cabaña de las afueras. El vendedor de alimentos se quedaba de vez en cuando a hablar con él en un inglés farfullero. Habría hablado con terceros, cosa que David pretendía que sucediera.

La información de que hubiera un extranjero viviendo solo durante unos días en la cabaña fue de boca en boca hasta llegar a oídos de Chandan, que pagaba por ese tipo de información.

—No sé quién te lo ha hecho saber, pero así es. Estoy aquí descansando por unos días. Bajo al pueblo de vez en cuando a clases de meditación en la academia…

—Ya, ya… No me cuentes tu vida —le interrumpió—. Sal fuera.

David abrió la puerta y cruzó el umbral.

—¿Dónde voy?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—¿Está lejos?

—Poco importa.

David señaló al perro, y este se acercó moviendo la cola.

—Lo digo por ella —dijo acariciándole el cuello—. Alguien tendrá que darle de comer.

—Ya habrá en el pueblo quien la cuide —repuso Chandan, cuyos ojos reflejaban impaciencia y repulsión hacia el animal—. Además, no es tuyo el animal.

David le dio unas palmadas en la cabeza, despidiéndose de ella y deseándola buena suerte.

Ananda caminó unos metros junto a ellos, pero Chandan hizo un gesto al aire simulando que la iba a golpear, y se metió dentro de la cabaña buscando refugio.

Al llegar al vehículo, Chandan le ató las manos con ligaduras de plástico. David sintió una especial violencia al juntarle las muñecas en la espalda y ceñírselas con fuerza, quizá por el hecho de haber preguntado acerca del perro, animal que consideraría despreciable y que le había acabado irritando. Luego le puso una mordaza y una capucha negra. David no mostró resistencia.

Chandan abrió la puerta corredera de la furgoneta y lo empujó a la parte trasera.

—Quédate quieto ahí. No me des ningún problema.

La puerta se cerró de golpe. La furgoneta osciló cuando Chandan se instaló en el asiento del conductor. Entonces, David oyó el ruido del arranque y el ronroneo del motor. Se pusieron en marcha.

El vehículo circuló por caminos de piedra, bamboleándose durante todo el trayecto. Después tomó un tramo de carretera asfaltada y luego continuó por vías y senderos de tierra.

Tumbado en el suelo, David se pegaba con fuerza a la carrocería para evitar ser zarandeado de un lado a otro por los movimientos del vehículo.

10

Laura estaba en la sala de operaciones junto con Varun y demás informáticos estudiando y analizando datos y perfiles de conocidos radicales, además de grupos terroristas en España y del resto de Europa.

—Voy a salir a tomar un café —dijo ella, dándole una palmada en el hombro a Varun, que sin quitar la vista de su pantalla se limitó a mover la cabeza.

Al llegar a la cafetería se encontró con Joaquín Núñez, jefe del departamento de psicología del Cervantes.

Él y su asistente, Miguel Gómez, eran quienes evaluaban a los empleados y realizaban un informe sobre si una persona era apta para un destino determinado, si estaba dañada psíquica o anímicamente o si presentaba los más mínimos síntomas que pudieran galvanizarse luego.

Mientras que Joaquín prácticamente no salía del edificio del Cervantes, ordenaba a su asistente a realizar operaciones de campo bajo su supervisión.

Para el Cervantes, era tan importante el departamento de psicología como cualquier otra labor imprescindible. Sus informes sobre las personas eran tan crueles que incluso se realizaban operaciones clandestinas para manipular vidas.

Obtenían información sobre una persona que no se podía conseguir mediante ningún *hacker*, espía o utilizando los medios policiales convencionales. La razón estaba en que, basándose en sus informes, podían acertar en deducir la futura reacción de una persona ante un determinado suceso.

Realizaban experimentos con políticos y empresarios. ¿Cómo reaccionarían ante ciertas situaciones inesperadas? ¿Qué pasaría si de repente se vieran seducidos por una atractiva mujer? ¿Cómo responderían si un agente de inteligencia extranjero les propusiese espiar para ellos a cambio de cierta cantidad de dinero nada desdeñable en un paraíso fiscal? ¿A quién acudirían si se produjese una inesperada situación en sus vidas? ¿Qué haría tal político si un empresario le ofreciera dinero por obtener la comisión de un contrato público?

Cuando consideraban que habían apretado hasta el límite a las

personas que tenían como objetivo, y se encontraban anímica y psicológicamente al borde del colapso, se iniciaba otro proceso en la operación en el que se les chantajeaba de tal manera que se convertían en meros instrumentos del Cervantes, mostrándose colaboradores ante cualquier cosa que se le pidiese para salir del infierno en que se habían convertido sus vidas.

Como jefe del departamento de psicología, Joaquín se encargaba de asesorar a los agentes operativos durante aquellas peculiares operaciones contra determinadas personas.

Disponían de carta blanca para hacer uso de la imaginación si querían presionar a un individuo. Cancelaban sus vuelos repentinamente y sin justificación; se les estropeaba el coche o les dejaban sin conexión wifi en sus casas; enviaban instrucciones al departamento de riesgos, la hipoteca de un inmueble previamente aceptada, pero ahora debido a un fallo informático era rechazada al cliente; cerraban cuentas bancarias de un día para otro; emitían facturas duplicadas de cualquier cosa que hubiesen adquirido, y hasta generaban multas de tráfico por infracciones que no habían cometido. Incluso en alguna ocasión habían pedido a los operativos de Laura introducirse en las viviendas y añadir en comidas y bebidas sustancias que alteraban el estado psíquico.

Este tipo de trabajo lo realizaban sobre todo con las personas más duras, como gánsteres, jefes de cárteles de droga y del tráfico de personas, multimillonarios y magnates árabes, rusos o chinos. No había líderes de mafias y del crimen organizado que se les pudieran escapar.

El resultado era tal que las vidas de las personas que tenían como objetivo se convertían en un desastre total.

El propósito era desestabilizarlos psicológicamente y de este modo forzarles a cometer errores en sus actividades. Era entonces cuando el Cervantes obtenía todo tipo de información. Una vez completada esa fase, Julián Fernández daba la orden para la siguiente: detenerlos o eliminarlos.

Las reuniones de Joaquín y Miguel con el personal eran aleatorias, pero normalmente se realizaban tras el cumplimiento de una operación, sobre todo si esta era considerada «delicada» y de un nivel «significativo», y de cuyas acciones se habían desprendido repercusiones «dramáticas».

Otra de las principales funciones del departamento de psicología era realizar un seguimiento de los empleados del Cervantes expuestos a situaciones conflictivas. Durante las reuniones con ellos, se observaba el lenguaje corporal y verbal, así como cualquier señal sutil que pudiera indicar un aspecto importante para evaluar la situación de la persona que tenían enfrente.

—¿Todo bien? —preguntó Joaquín sorbiendo su taza de té verde, con una rodaja de limón en un borde.

Una sutil ironía se vio reflejada en la sonrisa de Laura.

—¿A ti qué te parece? —respondió ella, con demasiada rapidez.

—Quiero decir si tú estás bien.

La cara de Laura se endureció.

—Sí, lo estoy. —Su voz tenía un tono grave—. Oye, creo que te preocupas en exceso.

Joaquín apretó los labios con escepticismo. Según él, Laura era una mujer guapa, enigmática, de figura atlética, inteligente, hábil y valiosa, pero al mismo tiempo impredecible y reservada, lo cual en conjunto formaba parte del aura que desprendía su presencia.

—Me pagan por preocuparme en exceso —replicó él. Tras una pausa, añadió—: El asunto de Lior no es nada fácil. Lo siento.

Laura asintió.

—Gracias.

—Dime, ¿hay algo que pueda hacer?

—Nada, Joaquín. Gracias. Pero…

—¿Sí?

—Quería comentarte una cosa.

Joaquín sabía que ella nunca comentaba nada, y si lo hacía era porque algo grave sucedía. La conocía muy bien desde hacía muchos años. Sabía lo incansable que era y lo bien preparada que estaba en la realización de una operación.

En una ocasión la acompañó al gimnasio que estaba equipado con las instalaciones más modernas en el último piso del edificio. Practicaron *spinning* frente a una enorme pantalla digital que les monitorizaba su actividad. Aguantó apenas veinte extenuantes minutos antes de tener que retirarse, empapado en sudor. Laura continuó pedaleando durante una hora y media más sin parar aquel ritmo frenético.

Ella era una mujer preparada física y psicológicamente que rozaba la excelencia; la rozaba porque no había agente perfecto en el planeta al cien por cien y si alguien lo afirmaba era mentira, ya que todos poseían un lado débil, cuyo nivel de gravedad era distinto de una persona a otra.

Él la miró y se encogió de hombros.

—Claro, por supuesto. Ya sabes que lo que me digas es confidencial.

—Eh, no hace falta que esta conversación tome la deriva de terapia.

—Entonces, ¿por qué me da la impresión de verte desganada? No eres la misma.

Ella esperó. Suspiró. Era un silencio típico que empleaba antes de

anunciar algo importante.

—Joaquín, te lo resumo. Siento respeto por tu trabajo analizando la mente humana y demás como para estar jugando contigo a psicología de café. He decidido dejar el Cervantes. Me voy. Lo dejo. Punto.

Él la miró desconcertado. Meneó la cabeza con incredulidad, sopesando las consecuencias.

—¿Qué crees que estarías haciendo si no trabajaras aquí? —preguntó con cautela, y frunciendo el entrecejo volvió a sorber el té.

Laura vertió café en su taza y añadió unas gotas de leche.

—Tengo contactos en el sector privado. Hay empresas que estarían encantadas de ofrecerme un puesto muy bien remunerado. Además de un horario flexible de trabajo y con muchas vacaciones. Eso me daría tiempo libre para dedicarlo a mis *hobbies* y a viajar.

Joaquín permaneció dubitativo. Le lanzó una mirada, como diciendo: «No te vas a ir del Cervantes así tan tranquila. No lo vas a tener tan fácil».

—¿Se lo has hecho saber a Julián? —preguntó. Dejó la taza sobre una mesa.

—No, todavía no.

Él enarcó las cejas sorprendido.

—No se lo dices a él, pero me lo comunicas a mí. ¿Por qué?

Laura puso una expresión burlona.

—Quizás porque a él le considero un veterano jefe al que le debo un respeto casi reverencial, y a ti te veo como un colega con quien puedo comportarme sin guardar las formas.

—¿Y qué crees que él piensa de los jóvenes?

—¿Sobre los candidatos nuevos? Que les gusta ser como los veteranos, pero no lo consiguen porque no se dan cuenta de que el mundo ha cambiado.

—No, sobre gente más joven que él.

—Quizá piense que andan a la deriva e incluso que tiran la toalla ante una montaña de dificultades.

—Ya. Pero estoy convencido de que a un veterano como Julián le resulta muy duro imaginarse a las mujeres como colegas.

—¿Y eso?

Él se encogió de hombros. Estaba llevando la conversación hacia otro tema, lo que le permitía estar más tiempo con Laura y analizarla.

—Digamos que él piensa de vosotras lo que los adultos piensan de los niños.

—Uy, ahí entras en terreno pantanoso.

—No, ¿por qué? De hecho, pertenecéis a una categoría distinta. Vosotras sabéis acerca de los hombres, sus debilidades, sus angustias, sus vanidades. Controláis las emociones mejor que los hombres. Sois

más disciplinadas, más discretas. Eso es lo que Julián piensa de ti, por ejemplo.

—¿El qué?

—Que cuentas con innumerables ventajas…

—¿Cómo cuales, listo?

Joaquín sonrió.

—Puedes ser invisible donde un hombre levantaría sospechas.

—Vaya, ahora me acreditas superpoderes. ¿Qué soy, Wonder Woman?

—Lo que es corriente es invisible. En la calle no hay nada más corriente que una mujer caminando de un lugar a otro, llevando la compra, paseando a un niño en su carrito o encontrándose con un hombre.

—Ya sé a dónde quieres ir a parar. Pero te recuerdo que también hay un lado negativo.

—¿Y es? —preguntó el psicólogo cada vez más divertido por cómo se estaba dirigiendo la conversación.

—Que la mayoría de los hombres no consideran a las mujeres iguales que a ellos.

Joaquín la miró con una cautelosa sonrisa.

—Triste circunstancia de la vida.

—Sí, pero ellos no se sienten cómodos poniendo su vida en manos de una mujer.

—Julián, sí.

Laura guardó silencio y sorbió despacio su café.

Joaquín habló de nuevo:

—¿En serio has decidido dejar el Cervantes?

—¿Qué otras opciones tengo?

Se aproximó.

—Laura, tú eres una excelente jefa de operaciones. Este es tu mundo. Personificas a la perfecta mujer jefa de operaciones.

—Ahora ¿qué quieres decir con eso, guapo? ¿Represento un estereotipo femenino?

—El factor que te impulsó en su día a trabajar en Cervantes fue querer mejorar el mundo. Experimentaste una devastadora necesidad de hacer el bien. Eres guapa, pero no provocativa. Estás segura de ti misma. Femenina, pero no feminista. Te sientes invulnerable de tu condición de mujer. Algún compañero tuyo te resultará tentador como pareja sexual, ya que soy consciente de que es con ellos con los que puedes relajarte de manera absoluta, no con el mundo exterior. —Laura sonreía, meneando la cabeza—. Pero no caes en las tentaciones.

Laura soltó una carcajada.

—Pues, aunque no vaya a casarme en un futuro inmediato y recuerde a todos los casados o con parejas con los que he compartido

cama, tampoco es que quiera acabar la vida sola.

—Si necesitas más días libres estoy convencido de que no habría problema en concedértelos. Además, ya trabajas con un horario flexible. Eres tu propia jefa. No creo que te sea fácil dejar el Cervantes. Estás atada a esta organización. Piensa en tus compañeros.

—¡Por favor! No te pongas sentimental conmigo. Varun prácticamente no tiene vida privada. Pasa aquí las veinticuatro horas del día. Va a su casa a cambiarse de ropa y poco más. Tom, Fabián y Óscar tienen su vida personal al margen del trabajo. ¿Qué quieres? ¿Qué presente mi dimisión cuando tenga casi sesenta años y no pueda formar una familia?

—Entonces, ¿es eso de lo que se trata? ¿De querer formar una familia?

—La pérdida de Lior me ha hecho recapacitar sobre ello. La verdad es que no quiero renunciar a tener hijos, a formar una familia.

—Entonces, creo que te equivocaste de profesión.

Ella lo miró a los ojos y suspiró. Dejó la taza a un lado y se cruzó de brazos, encarándose con él.

—¿Qué quieres decir con eso?

Joaquín sonreía para sus adentros, había conseguido obtener una reacción al provocarla.

—Claro que puedes tener hijos y formar una familia —repuso él—. ¿Quién te lo impide? Pero siempre y cuando mantengas tu nivel de profesionalidad y tu responsabilidad con el puesto aquí en Cervantes. Ahora, la pregunta es: ¿serías capaz de compaginar tu vida como madre y esposa o pareja con la de jefa de operaciones?

El teléfono móvil de Laura emitió un sonido, lo sacó del bolsillo, miró la pantalla, leyó el texto y se lo volvió a guardar. Alzó las manos en gesto de rendición.

—Tengo que irme.

Él asintió.

PARTE DOS

LA CACERÍA HUMANA

11

Gautam Birla había apagado la luz de la cocina y estaba sentado en su enorme sillón de cuero, frente a la pantalla plana de televisión, expectante para verse a sí mismo en hora punta.

Le habían grabado la entrevista aquella misma mañana. Para la ocasión se había tintado el cabello de negro. Su acicalado aspecto, junto con el color amarillo tenue de su corbata y el traje, le daba un aspecto juvenil.

Enseguida comenzó el popular programa. «Si parezco un treintañero», se dijo a sí mismo viéndose frente al periodista económico de la cadena Times Now. El fin de semana siguiente tenía programado una sesión con un nuevo monitor personal. Al anterior lo había despedido porque no veía resultados en su rechoncho cuerpo; además, consideraba que no le motivaba demasiado y no mostraba interés. Se había propuesto bajar de peso. Su barriga cada vez más pronunciada le afligía.

Sorbió *whisky* de su pesado vaso de cristal y prestó atención a la entrevista. Sonrió al escucharse a sí mismo en inglés alabando al ministro de economía y al presidente del gobierno. «Les aplaudo porque sus políticas reformistas se centran en la reducción de la desigualdad, al tiempo que tratan de aplicar nuevos cambios orientados al crecimiento para volver a encarrilar la economía…».

Todo había quedado muy bien. En la próxima reunión de miembros de la Cámara de Comercio de Nueva Delhi, seguro que le felicitarían por su brillante exposición del panorama económico.

Se levantó, apagó el televisor y tiró el mando al sofá. Volvía a la cocina a prepararse otra copa cuando una sombra se irguió a su espalda. Notó un aire en la nuca. Cuando se dio la vuelta ya fue demasiado tarde.

Minutos después, una furgoneta arrancaba con Gautam encapuchado y maniatado en la parte de atrás. Al extender la pierna sintió que tocaba a otra persona. No estaba solo. Lo desconocía, pero el hombre amordazado y encapuchado al igual que él era David Ribas.

Al cabo de un rato, el vehículo se detuvo en una exclusiva zona residencial. El soñoliento guardia de seguridad se aproximó a la ventana del conductor para identificarlo y firmar en la hoja de registro. El cristal se bajó y una pistola con silenciador le apuntó en la

frente; no tuvo tiempo de reaccionar, cayó al suelo tras recibir el balazo.

Sunil Sharma y su mujer Sangeeta terminaban de recoger la mesa.

—¿Quieres un dulce de leche con la manzanilla? —preguntó ella.

Él tomó asiento frente al televisor. El popular programa *La rueda de la fortuna*, versión india, ya había comenzado.

—No —contestó Sunil—. La cena me ha resultado pesada. Solo tráeme la manzanilla.

Estaba embobado viendo la pantalla cuando se fijó en que su mujer estaba de pie quieta como un palo.

—Te he dicho que solo la manzanilla —dijo sin apartar la vista del televisor, alargando el brazo al aire. Como no recibía nada en la mano, se giró y levantó la cabeza.

Sangeeta estaba rígidamente erguida, exudando miedo. Los labios le temblaban y parecía que de un momento a otro iba a romper a llorar. Detrás de ella había una figura oscura.

—Guarden silencio y hagan lo que yo les ordene si quieren vivir.

La gélida voz fue terrorífica.

Sin resquicio de poder rebelarse o pedir socorro, el matrimonio entró encapuchado y amordazado al interior de la furgoneta aparcada en el jardín.

El vehículo se zarandeaba mientras avanzaba por calles apartadas. Los cuatro estaban amordazados, encapuchados y maniatados a la espalda con ligaduras de plástico. A la única persona que se le podía escuchar era a Sangeeta, con sus gimoteos sibilantes de histeria.

El conductor eludía las carreteras principales para disminuir las probabilidades de que lo detuviera la policía, que durante la noche se dedicaba a amedrentar a los conductores sobornándoles, a cambio de no ponerles una multa por cualquier motivo.

En un momento dado, Gautam salió despedido y cayó sobre Sunil y al enderezarse de nuevo chocó contra otra persona, David. Entonces todos fueron comprendiendo que no eran las únicas víctimas. Gautam extendió un pie y tocó a otra persona, Sangeeta; Sunil le empujó hacia un lado y este se apoyó con fuerza contra el lateral metálico intentando no volver a caerse.

Los tres indios se encontraban en tal estado de *shock* que habían perdido el sentido de la orientación. No podían determinar con exactitud a dónde se dirigían. Pero David sí que lo sabía: el secuestro no había sido fruto de la casualidad ni de un acto aleatorio. Había sido planeado cuidadosamente.

12

Excepto por la tripulación alemana del barco pesquero Greta Borstel todos los pasajeros eran afganos menos Omar Rifai, que, a diferencia de los demás que conversaban sin parar en voz alta, él permanecía callado en un rincón.

Se dirigían a una zona de la costa vasca no vigilada entre la playa de Saturrarán y Lequeitio.

Durante un tiempo la embarcación cabeceaba y se inclinaba conforme surcaba las aguas.

Habían salido de Hamburgo hacía solo escasas horas y el suelo ya estaba resbaladizo a causa de los vómitos.

Un marinero lanzaba al suelo de vez en cuando un cubo con jabón. Cada vez que lo hacía avisaba pegando un grito en alemán al mismo tiempo que alzaba el cubo al aire para que todos se levantaran. La primera vez no lo comprendieron. Solo a partir del segundo cubo reaccionaron precavidos.

Eran ocho los pasajeros. Todos ellos llevaban la misma ropa: monos impermeables de color amarillo y botas de goma. En el almacén del muelle de Hamburgo se habían desprendido de sus raídas ropas, con las que habían viajado desde sus países de origen a través de distintas rutas, y habían recibido nuevas prendas de vestir con el emblema de una organización privada de caridad. Luego les dieron una bolsa de plástico que contenía una botella de agua, una barra de cereales, varias chocolatinas, un paquete de almendras y un plátano.

Todos ellos habían pagado una considerable suma de dinero a través de un intermediario que les había prometido un «servicio seguro» para llegar y establecerse en Europa.

Los emigrantes de Oriente Próximo y de países asiáticos, eran asiduamente llevados ilegalmente a través de distintas rutas a Francia y España como destinos. Cuando llegaban estaban casi desfallecidos. A diferencia de los que llegaban de África a Europa, los que provenían de países como Afganistán y Siria en la mayoría de los casos llegaban casi desfallecidos y traumatizados. Muchos incluso morían en el interior de camiones.

En el Greta Borstel sufrieron un percance en su anterior viaje: dos pasajeros cayeron al agua y murieron ahogados. Como siempre, ninguno sabía nadar y para muchos era la primera vez que pisaban un

barco y veían el mar. Pudieron rescatar los cuerpos, les quitaron los monos impermeables y las botas, para que no hubiera pruebas que los relacionaran con los muertos, y los arrojaron de vuelta al agua.

Omar Rifai tenía treinta y tantos años, era de complexión ligera, estatura media y pelo liso negro. Había salido de Líbano cruzando Siria y Turquía, soportando un sofocante calor dentro del contenedor de un camión. A partir de Grecia, Albania, Kosovo y Serbia el trayecto fue relativamente cómodo. Los conductores de la red de tráfico humano se conocían las fronteras más porosas y sabían a qué guardia fronterizo sobornar.

A diferencia del resto de migrantes, él estaba concienciado y preparado para soportar cualquier tipo de incomodidad y exigencia que pudiera sufrir durante aquel largo viaje. Aunque sufriera náuseas, se concentraba en la mera supervivencia para cumplir su misión.

Cuando llegaron cerca de la costa española el tiempo atmosférico era muy malo y ventoso. Aquel factor jugaba a su favor.

—Esta tormenta os viene muy bien —gritó un marinero asomándose a cubierta—. Menos probabilidades de que nos detecten.

Los pasajeros se miraron sin entender la información que acababa de darles el alemán. Dándose cuenta de que no lo entendían, volvió a decir lo mismo, pero en inglés. Alguno cabeceó diciendo en voz alta: «*Okay*, *okay*».

Un miembro de la tripulación fue entregando pasaportes de nacionalidad belga a cada uno de ellos. Mientras, el capitán y su segundo al mando mantenían el rumbo de la embarcación hasta que recibieron una alerta. Entonces, pudieron observar desde la costa española a dos lanchas aproximarse a su encuentro.

Todo iba según lo previsto. Pero no el clima, que empeoraba cada vez más. El barco paró los motores, con pronunciados vaivenes y bandazos. Se encendieron luces fosforescentes.

Todo sucedió muy rápido debido a la previa experiencia de la tripulación del Greta Borstel. Los pasajeros, agrupados como fantasmas en cubierta, con sus pálidos y temerosos rostros, fueron bajando uno a uno a las lanchas.

Los migrantes, intimidados por la oscuridad del mar, emprendieron el viaje a la orilla. Atrás, oyeron cobrar vida a los motores del barco alemán. Su sonido fue arrastrado por el viento; más tarde se prepararían para otro contingente de ilegales con destino a otra costa.

Minutos más tarde desembarcaban todos en una playa y corrían al interior de un camión, conducido por Iñaki Aguirre, un curtido hombre de cincuenta y seis años, líder de la red de tráfico de personas.

Fueron llevados a una casa de campo, prevista para que aquellos hombres pasaran la noche dentro de un almacén. Allí les dieron ropa seca. Había muchas bolsas de plástico tamaño grande, llenas de

prendas que donaban organizaciones de caridad.

Ropa interior, calcetines, calzados, pantalones chinos y vaqueros, camisas, camisetas, jerséis de pico y cuello alto, chaquetas: cada uno se fue probando las prendas y se quedaba con lo que más le gustaba y le resultaba más cómodo.

Al día siguiente por la mañana, cuando Iñaki y sus ayudantes les llevaron comida y se dispusieron a darles instrucciones sobre la ruta que iban a seguir hasta Barcelona, fin del trayecto, notaron que faltaba uno de ellos.

Omar Rifai había emprendido su propio camino.

13

Estaba amaneciendo en el desierto Thar, al oeste del estado de Rajastán. La furgoneta con las tres presas marchaba a una velocidad prudente por una carretera lisa.

Se acercaban a «la ciudad dorada», como popularmente los folletos turísticos denominan a Jaisalmer, por el color dorado que le confiere la arena amarilla.

La ciudad, enclavada en el desierto sobre la cresta de una roca arenosa, está situada muy cercana a la frontera con el país hermano y a la vez enemigo de la India, Pakistán, y muy alejada de los grandes núcleos urbanos. Durante años su posición geográfica fue considerada estratégica y lugar de paso por la ruta tradicional de comercio atravesada por caravanas de camellos de mercaderes indios y asiáticos.

La luz del día comenzaba a filtrarse por las ventanas del vehículo.

Enseguida el conductor dio un volantazo, los neumáticos chirriaron y se internó por un camino de tierra. Gautam, el más grueso de los cuatro secuestrados, brincó desesperadamente en el maletero.

El calor comenzó a ser intenso. El conductor no tenía el aire acondicionado puesto. El único aire que entraba en el interior de la furgoneta era desde su ventana. Enseguida las ropas de los cuatro estaban empapadas y empezaron a apestar.

Sangeeta con tanto lloro y estrés había acabado dormida con la cabeza contra el hombro de su marido. Pero el bamboleo al subir un terreno de gravilla la despertó sobresaltada.

Entonces, la furgoneta comenzó a traquetear y brincar a velocidad cada vez menor sobre un terreno inclinado.

Sunil restregó su cabeza encapuchada contra la de su mujer. Lo único que podían hacer era esperar estoicamente a que todo acabara y les dijeran qué estaba sucediendo. ¿Sería alguna broma de un amigo suyo? Lo pensó más detenidamente, y no creía a nadie capaz de poner en peligro no solo a su persona sino a Sangeeta.

El conductor maniobraba durante el ascenso, cambiando de marchas a menudo, pisando el freno y continuando.

Cuando llegó el mediodía, el vehículo se detuvo.

El conductor abrió la puerta corredera. Todos sintieron el aire fresco. Uno a uno los fue sacando a rastras. Sangeeta pronunció un

sonido colérico a través de la mordaza al ser agarrada por los hombros.

Una vez en el suelo pedregoso, los desató, les quitó las capuchas y las mordazas.

Sentados sobre la tierra, tenían frente a ellos las montañas. Al unísono, los cuatro levantaron la mirada. El hombre que estaba de pie con aspecto amenazante era un individuo de apariencia nepalí, quizá de algún estado del noreste, musculado y alto. Tras dejarse observar por todos ellos, se giró y rodeó la furgoneta, sacando algo del interior.

David permaneció callado evaluando el peligro y estudiando el terreno.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gautam, una vez que dejó escapar un seco graznido estridente tras sentir la boca libre de la mordaza—. ¿Quién es usted?

—¿A qué se debe todo esto? —inquirió a su vez Sunil.

Sangeeta sollozaba.

El hombre apareció con un rifle en sus manos. El arma tenía atornillada una moderna mira telescópica. Hablaba en un inglés impecable.

—Tienen ustedes diez minutos para comenzar la marcha. Les aconsejo que no se retrasen.

—¿Marcha? —espetó Gautam—. ¿De qué estás hablando? No nos moveremos de aquí hasta que nos digas qué significa todo esto.

—¿A dónde quieres que vayamos? —preguntó Sunil—. Estás loco, loco, ¿me oyes? Me aseguraré de que…

El hombre le interrumpió, le dio un empujón con su pesada bota sobre la espalda que lo lanzó hacia adelante. Sunil cayó de bruces sobre el terreno pedregoso; su mujer se apresuró a socorrerle.

—No hables con él —dijo ella a su marido con tono suplicante.

—El tiempo corre —gritó, apuntándoles con el fusil—. Sigan todo recto hacia abajo. Les advierto por su bien que no les conviene retrasarse.

—¿Por qué? —preguntó Gautam.

El hombre le lanzó una mirada lúgubre, alzó el fusil al aire y apretó el gatillo.

—Muévanse —gritó.

La detonación perduró en el tímpano de los tres indios, no acostumbrados a aquel sonido. David presintió el peligro que les estaba esperando.

Sunil intentó protestar, pero de su boca no brotó ningún sonido; ayudado por su mujer, se levantó y comenzó a alejarse con ella sin volver la mirada hacia atrás. David les siguió. Gautam trastabilló, pero enseguida se enderezó y tambaleándose salió corriendo hacia adelante.

—No pueden hacernos esto —dijo Sangeeta, sollozando.

El hombre los observó descender el terreno frondoso hacia el bosque. Sacó un teléfono móvil y marcó un número.

—Ahora pueden comenzar la cacería —anunció a su interlocutor.

14

Iñaki Aguirre llevaba siendo el contacto en España para los alemanes con el tráfico de personas desde hacía tres años. Durante ese tiempo había demostrado su pericia y conocimiento en desenvolverse en la costa del País Vasco. Se había embolsado una ingente cantidad de dinero y no pensaba dejar su actividad por mucho tiempo.

Su experiencia con el tráfico de drogas le ayudaba mucho al utilizar las mismas rutas con personas para evadir a las fuerzas de seguridad del estado. Por propio orgullo no podía permitir que uno de los ilegales se le escapara.

Decidió atraparlo antes de que pudiera caer en manos de la policía y confesar cómo había llegado a España y dónde había sido llevado para obtener refugio.

—Déjalo, tiene su documentación —le dijo un ayudante previniéndole de ir en su búsqueda.

Iñaki tomó asiento en su Citroën C4 X de color blanco. Bajó la ventana.

—Con esas ropas vagabundeando por ahí solo y sin dinero, seguro que acaba en comisaría. Tengo que cogerlo antes de que se le ocurra hablar sobre este lugar. Vosotros seguid adelante.

Cuando se hubo marchado, los empleados siguieron sus instrucciones como estaban acostumbrados. Minutos después metieron a todos los afganos en el camión. Unas horas más tarde los despedían en la estación de tren de Logroño con billetes a Barcelona.

Iñaki había huido en contables ocasiones de la policía. Traficaba con droga desde los veinte años. Pasó cinco años en la cárcel, continuó reincidiendo. Se conocía todas las rutas, caminos y carreteras del País Vasco. Evaluó las opciones que tendría un extranjero recién llegado y que no conocía el país.

Condujo por una carretera comarcal hasta que se metió por un camino de campo con el fin de bordear todo el terreno que aquel hombre habría podido cruzar durante la noche.

Ya sabía dónde podría estar, en la gasolinera de Portuondo: era un lugar bastante grande con un área de servicio disponible las veinticuatro horas, duchas y aseos, además de un restaurante barato. Camioneros que hacían su ruta a Francia solían estacionar allí y descansar.

Omar Rifai, con el pelo mojado, recién duchado y fresco, se encontraba tumbado sobre la hierba. Un camionero le había invitado a un desayuno compuesto de huevos, tostadas y café. Estaba tan lleno que se tomó media hora para descansar. El conductor le dijo que de camino a Lyon le podía dejar donde quisiera. Omar mintió, arguyendo que unos compatriotas residentes en España le vendrían a recoger.

Iñaki lo vio enseguida, aquella persona llevaba escrita la palabra «ilegal». Aceleró y frenó a escasos metros de él. Omar se quedó quieto, expectante. De hecho, sabía que aquello iba a suceder, lo que no había previsto era que hubiera ido a buscarlo un solo hombre. «Más fácil», pensó.

—¡Tú, ¿dónde te crees que vas?! —preguntó Iñaki con tono airado mientras salía del coche con ademanes bruscos. Alzó el pulgar hacia su vehículo—. Ahora mismo te metes dentro y te llevo de vuelta con los demás, ¡qué te has creído!

Omar esperó hasta tenerlo cerca. Cuando esto sucedió, de repente se echó hacia un lado y asestó a Iñaki un puñetazo en los riñones. Inmediatamente le cogió del pelo y le golpeó la cara contra la carrocería del coche una y otra vez, hasta matarlo.

Arrastró el cuerpo hasta la zona arbolada, y lo dejó tras unos matorrales. Le registró los bolsillos, sacó todo el dinero en metálico que llevaba y se lo guardó. Fue al coche, cerró la puerta, arrancó y emprendió la marcha.

Omar sonreía. Todo seguía como estaba planeado.

* * *

EN LA SALA de operaciones todos trabajaban en sus ordenadores estudiando y analizando perfiles de sospechosos y posibilidades de que el terrorista pudiera entrar desde África o Francia.

Varun llamó la atención de todos.

—Aquí hay algo —anunció en voz alta, colgando una llamada de inmediato y mirando las notas que había tomado—. Esta mañana ha muerto un conocido traficante de drogas llamado Iñaki Aguirre en un área de servicio de Vizcaya. Fue un camionero quien alertó a los empleados al ver el cuerpo y estos llamaron a la policía autonómica.

Enseguida recibió en su ordenador las coordenadas geográficas. Tecleó en su consola el nombre y apareció en la pantalla grande de la sala, la vista aérea de Vizcaya e inmediatamente después fue haciendo zoom en la imagen hacia el área de servicio donde se había producido el suceso.

Accionó las imágenes grabadas de la cámara de seguridad. El ángulo de la cámara no pudo captar con mucha claridad los golpes que un hombre le propinaba a otro contra la carrocería de un Citroën

C4 X de color blanco, pero sí cuando lo arrastró hacia el interior de la arboleda. Luego vieron cómo el asesino se metía dentro del coche y se marchaba del lugar.

En una pantalla paralela se mostró el perfil de Iñaki Aguirre y su historial delictivo. Un criminal que importaba droga desde Bélgica, Holanda y Alemania a España.

—No es de extrañar que hoy en día los traficantes de drogas acaben traficando con personas —continuó Varun—. Los emigrantes económicos, los llaman.

—Ahora concéntrate en el otro.

Varun congeló la imagen del asesino, y comenzó a teclear como un virtuoso pianista.

—Aquí lo tenemos.

Expectantes, todos leyeron la escueta biografía del libanés Omar Rifai. Solo había una breve descripción física elaborada por IA mediante la imagen de perfil y su país de origen.

—Y por lo visto no está armado —continuó Varun—. Ni lleva consigo material explosivo.

—Sin duda se habrá querido escapar para seguir su itinerario en solitario —comentó Laura—, y el tal Iñaki intentó reducirlo, ya que si una parte de la mercancía no llega a destino, él no cobra. Lo que no supo predecir es que esa persona estaba entrenada y no era quien decía que era.

Julián reflexionó.

—Debe tener algún enlace aquí en España. Y ese contacto le proveerá armamento para atentar.

Todos los instintos de Laura, que había ido afinando a lo largo de los años trabajando en inteligencia y operaciones contra el terrorismo, le susurraban la palabra «alarma».

—Alguien le está esperando. Él estará a punto de deshacerse del vehículo y robar otro —aseveró ella.

—Si es así, tendrá que seguir utilizando la carretera vaya a donde vaya —intervino Varun—. Ahora mismo sabemos que está en el País Vasco y va en dirección a Madrid.

—Bueno, eso es lo que suponemos —dijo Laura—. Puede desviarse en cualquier momento y dirigirse hacia otro destino, donde procederá hasta conseguir su objetivo.

Julián asintió, comprendiendo lo que aquello implicaba. Se giró hacia ella.

—Laura, sales ahora con tu equipo —le ordenó—. Mientras tanto, haremos el seguimiento desde aquí. Ese individuo no es tonto, o eso debemos suponer. Sabrá que la policía se pondrá a buscar el coche de la persona que ha matado. Lo que no sabe es que nosotros ya nos hemos adelantado.

15

En un almacén oculto entre el follaje de la vegetación salvaje, los tres cazadores, de nacionalidades distintas, estaban preparando sus armas y equipo. Cazador Uno era de origen británico, Cazador Dos era colombiano y Cazador Tres era canadiense.

—Esta vez yo voy con mi Bergara —anunció Cazador Uno sosteniendo su rifle de caza.

—Pues yo hoy voy a llevarme el KSVK, en vez del Twilight —dijo Cazador Dos, cerrando la funda de un estuche y cogiendo otro—. Creo que con el calibre Kovrov afino más el tiro.

Cazador Uno hizo una mueca. Era un hombre rudo y orgulloso como los demás. Todos, aunque de distinto origen y acento inglés diferente, tenían un carácter muy similar. Aun así, los tres tenían algo en común: eran aficionados al deporte de la caza humana.

—No siempre has tenido buena puntería. La última vez mataste a una cabra pensando que era nuestra presa.

—Pues su cuerpo se cocería bajo el sol y estaría lleno de gusanos, ¿y qué? —protestó Cazador Dos.

Un tercero intervino.

—Te lo dice porque una de nuestras reglas es no desperdiciar la munición, y una bala perdida…

—Bueno, basta, ya —refunfuñó Cazador Dos— ¿Qué pretendéis? ¿Desmoronarme? Ya de por sí este país huele mal, como a alfombra podrida, a cuero viejo o desinfectante barato, y, encima, con ratas por doquier, y el olor a descomposición en las calles es horrendo. —Se quedó con la cabeza ladeada como si tratara de oír algún ruido. Bajó la mirada al suelo. Una rata atravesó un lateral de la pared para meterse en una pequeña concavidad—. Iba a decir que el mal olor hasta parece que entra por el aire acondicionado, pero, visto lo visto, ya no me sorprende la dejadez higiénica de este lugar. ¡Un lugar sin esperanza! ¡Y que no cambiará nunca!

Cazador Uno recibió una llamada en su teléfono móvil. Era Chandan, el responsable de que la cacería se llevara a cabo sin problemas y con normalidad, anunciando que había soltado a las presas en el lugar indicado.

Cuando colgó llamó la atención a los demás.

—La cacería ha comenzado —anunció.

—Estarán nerviosos —dijo Cazador Tres.

—Deben de estarlo —añadió Cazador Dos, sonriendo—. Es lo mejor que les puede ocurrir en estos momentos.

—Dejad de hablar, tenemos el tiempo justo para llegar a nuestros puestos.

Extendieron un mapa y repasaron la ruta.

Cazador Uno señaló puntos geográficos donde pudieran situarse a la espera de que aparecieran las presas.

Salieron al exterior. Se subieron en un *jeep* y se pusieron en marcha.

* * *

LLEVABAN algún tiempo realizando lo que consideraban como un deporte de riesgo, emoción y peligro. Se reunían con frecuencia con un ministro del Gobierno del estado de Rajastán, llamado Santhi Kalla.

Dos días antes fueron a su oficina, donde el orondo político, con su voz ronca y mirada triste, les ofreció asientos, bebidas y aperitivos.

Era el ministro quien de vez en cuando sugería las presas.

Sunil y su esposa, Sangeeta, eran periodistas afines al partido de la oposición y no dejaban de escribir en medios digitales muy mal sobre su actividad política y cómo manejaba su cartera en el ministerio de Agricultura. Así pues, los apuntó en la lista.

Gautam era un empresario que no se doblegaba y se negaba a pagarle una comisión por haberle concedido un permiso de construcción para un hotel de lujo. Ante las demandas del político, Gautam le amenazó con hacerlo público.

—Esta vez, Chandan os tendrá preparados a tres personas indias —les anunció moviendo la cabeza con expresión pensativa—. Pero… me ha comunicado que añadirá a una cuarta persona, que es extranjera. Según él, es un turista de origen español.

—Perfecto —dijo Cazador Uno—. Con los tres últimos españoles nos divertimos.

—¿Para cuándo? —preguntó Cazador Tres.

—Pasado mañana, a la hora de siempre. Si no se presenta ningún problema, todo seguirá su curso, como ha venido sucediendo. Los arreglos están todos hechos.

Cazador Uno sonrió.

—Nada saldrá mal. La verdadera cuestión es el grado de implicación de los participantes.

El ministro se limpió la frente con un pañuelo de tela. Para los avezados cazadores aquello significaba que la situación le estaba poniendo nervioso y cuanto antes acabaran mejor.

—Por supuesto, pero tratamos con vidas humanas.

—No somos criminales —intervino Cazador Dos.

El político no contestó. Se limitó a apretar los labios.

Cazador Tres que no había hablado todavía, supuso que era el momento oportuno, colocó sobre la mesa de café un maletín, lo abrió, y le dio la vuelta para que el honorable ministro Santhi Kalla, viera el contenido.

—Los peligros que hubiera están compensados, señor Kalla. Porque nosotros nos ponemos a su merced y, por tanto, los riesgos no son los mismos.

—La otra parte de la cantidad establecida está depositada en su cuenta suiza como es habitual —añadió Cazador Uno.

El político juntó las manos, contemplándose los gruesos dedos entrelazados; pretendía no estar sorprendido ante la cantidad de dinero en metálico. Entonces, asintió con agrado y Cazador Tres cerró el maletín.

—Muy bien, caballeros —sentenció el ministro poniéndose de pie. Todos le imitaron—: La veda se ha abierto. Les deseo una cómoda estancia y… ¡feliz cacería!

* * *

DURANTE EL TRAYECTO, Cazador Dos, sentado de copiloto, cuestionó la participación del político.

—Estoy de acuerdo con la exposición de tus opiniones —comentó Cazador Uno, frente al volante—. No hay duda de que es codicioso. Lo hemos comprado y él ha aceptado el dinero como en otras ocasiones.

—Mi experiencia me indica que cuando los políticos indios aceptan un soborno —dijo Cazador Tres, sentado en el asiento trasero—, no se retractan porque su nivel de implicación es tan evidente que retractarse sería autoincriminarse.

—No se retractará —añadió Cazador Uno, con la mirada fija en el camino—, porque, entre otras cosas, su tarea es mínima. Simplemente tiene que aceptar nuestro dinero y mantener cerrada la boca.

Cazador Dos se giró hacia sus compañeros.

—Pero quiero que tengáis en cuenta que aquí en la India la política no es estable. Hoy nos es favorable este ministro, mañana será otro e igual tiene otras demandas o no acepta sobornos.

—Entonces —añadió Cazador Uno mirando fugazmente a sus compañeros para volver su atención a la carretera—, disfrutemos de nuestro día de caza porque el año que viene igual tenemos que enfrentarnos con otra gente que nos puede resultar difícil manejar.

—Quizá tengamos que cambiar de afición —sugirió Cazador Tres con sorna.

—¿Como la pesca? —preguntó Cazador Uno con tono jovial.

Todos se echaron a reír.

Tras media hora de conducción, se adentraron con el *jeep* por un camino polvoriento y tosco. Estacionaron el vehículo. Revisaron una vez más el croquis de la zona.

Cazador Uno tomó la palabra.

—Muy bien. Aquí está la ruta que están tomando, porque no tienen alternativa alguna. Es posible que la pareja ande junta y los dos hombres por separado. Desde este punto A hasta este otro punto B, hay dos kilómetros. Ese es todo el límite que tenemos. —Alzó la vista observando a cada uno, luego continuó, mirando el bosquejo del mapa —. Debemos evitar que consigan llegar fuera del perímetro. Más allá hay muchas rocas, y más posibilidades de que encuentren cobijo natural. ¿Todo claro?

Los dos asintieron. Entonces cada uno cogió su equipo y emprendieron la marcha.

Cazador Uno se internó en el bosque y tomó su posición tras unos matorrales frente a un claro flanqueado por un follaje tupido. Los otros dos fueron en otras direcciones de acuerdo con lo planeado.

* * *

SANGEETA TENÍA escozor en los ojos y un profundo dolor de cabeza. Ella y su marido Sunil caminaban cogidos de la mano e iban por delante.

Detrás estaban Gautam y David. El ambiente entre ellos era tenso. Era evidente la desconfianza mutua.

—Disculpad —dijo David en voz alta. Todos se pararon—. Creo que vamos por el camino equivocado.

Gautam soltó una risotada. La camisa la tenía empapada y daba signos de nerviosismo. El sudor trazaba surcos en su cuerpo y descendía formando pequeños arroyos hasta llegar a sus piernas e introducirse en su calzado.

—Es evidente que tú eres extranjero y no conoces este país —señaló hacia delante—. Vamos por el camino más llano. Más adelante se puede ver que hay una zona despejada y habrá una carretera, donde podamos pedir auxilio. —Levantó el brazo indicando las colinas de alrededor—. Por otra ruta es solo monte y zona pedregosa. No querrás que nos metamos donde puede haber animales salvajes.

Sunil observó a David con atención.

—Un momento, ¿de qué país eres? —preguntó con su rostro cetrino lleno de sudor.

—¿Por qué lo preguntas?

—Los tres somos indios, pero tú eres el único extranjero. ¿Cómo sabemos que no eres parte de toda esta broma?

—Yo no lo llamaría broma —contestó David.
Los párpados de Sangeeta comenzaron a temblar. Murmuró a su marido.
—Seguro que tiene algo que ver.
Sunil se acercó.
—Ah, no. Entonces, ¿cómo llamarías a esto?
—Asesinato.
Gautam soltó una carcajada.
—Estás loco. ¿Quién querría asesinarnos aquí?
—Habéis sido elegidos por algún motivo para ser víctimas de una cacería humana. —Señaló hacia adelante.
—¿Por algún motivo? —preguntó de nuevo Gautam, haciendo muecas de incredulidad.
—Sí, normalmente solo escogen turistas extranjeros, no indios. Si os han seleccionado es porque el ministro Santhi Kalla tiene algo en contra de vosotros.
Gautam dio un respingo al oír de boca del español el nombre del político indio.
Sunil miró a su esposa y ambos rieron.
—Estás desvariando —dijo él.
David persistió en su intento de razonar con ellos.
—Si seguimos esta ruta acabaremos siendo blanco de sus rifles. Están allí lejos, escondidos esperando nuestra llegada.
—¿Para qué? ¿Para matarnos? —preguntó Sangeeta—. Estás loco. Verdaderamente loco. —Miró a su marido y le murmuró—. Ha debido de perder el juicio. Está loco.
—Eso que dices es mentira —espetó Sunil a David, con un tono como justificando su papel de garante de la protección de su esposa—. Aquí en la India no van asesinando a las personas de esa manera.
—¿Sabéis? —añadió Gautam dirigiéndose al matrimonio—. Creo que este extranjero quiere que no lleguemos a una carretera y consigamos salir de aquí.
David habló con más determinación.
—Ahí lejos hay tiradores esperándonos. Si os mantenéis cerca de mí sobreviviréis; de lo contrario, os matarán. Hacedme caso. Yo llevo tiempo detrás de ellos. He provocado mi propio secuestro para poder atraparles.
Gautam hizo un gesto con su índice sobre su sien, indicando que estaba loco.
—No me creo una palabra tuya.
—Ni yo —dijo Sunil.
—Creo que el hecho de que esté un extranjero con nosotros en esta situación causa desconfianza —comentó a su vez Sangeeta.
David levantó las palmas de las manos al aire.

—Yo no soy parte de esta situación. Pero es evidente que el hombre de ahí arriba —señaló hacia atrás— nos ha dejado sueltos en este terreno para que sigamos la ruta hasta allá abajo como parte de un deporte macabro que un grupo de personas está practicando. Quiero protegeros, por favor, confiad en mí.

—Está loco —dijo Gautam.

—Vete tú por donde quieras que nosotros seguiremos esta ruta —dijo Sunil llevando de nuevo de la mano a su esposa.

Los tres le dieron la espalda y continuaron caminando hacia adelante

—¿Es que no habéis visto al hombre que nos ha traído con un fusil profesional de caza? —les inquirió David conforme se alejaban—. ¿No os dais cuenta del peligro al que nos exponemos si seguimos la ruta que él ha querido que sigamos?

—Adiós —gritó Sunil sin detenerse.

David los vio alejarse hasta que los perdió de vista.

16

Omar accionó el móvil de Iñaki, miró el mapa de Google para determinar su ubicación exacta. Evitó seleccionar el lugar a donde se dirigía por temor a que el aparato fuera intervenido. Se ubicó. Estaba cerca. Tenía que pasar Durango y Elorrio, la casa estaba a las afueras, según le habían comunicado.

Ahora tenía que deshacerse del coche antes de llegar al lugar de encuentro. Al pasar por Durango condujo despacio por las calles mirando la posibilidad de aparcar y robar otro.

Vio a una señora estacionar en la acera. Él paró en doble fila atento a sus movimientos, pero enseguida la mujer volvió a meterse en el coche hablando por teléfono. Unos vehículos comenzaron a tocar el claxon por detrás y Omar con disgusto reanudó la marcha saliendo de la ciudad.

Al bordear Elorrio, decidió abandonar el Citroën en un descampado. Ya estaba atardeciendo. Según la información que había visto en Google Maps, la dirección de la casa donde tenía que ir estaba a veinte minutos andando.

Cubrió parte del capó con maleza y ramas secas que encontró por los alrededores y emprendió la marcha a pie por el campo.

No tardó en ver la casa. Buscó una piedra, tiró al suelo el teléfono móvil y con esta lo rompió en pedazos. Fue tirando lejos, en diferentes direcciones, varias partes del aparato.

Al llegar a la casa ya era de noche. Llamó a la puerta con los nudillos.

No hubo contestación.

Dudó, pero enseguida se decidió; accionó el timbre.

Se oyeron desde el interior unas voces de mujer en árabe y luego en español «Voy, voy». La puerta se abrió.

—*Salaam aleikum* —saludó Omar, mirándola fijamente a los ojos.

Una mujer de unos cincuenta años y con velo se estremeció al ver al recién llegado. A pesar de su aspecto descuidado, aquel hombre desprendía una serena autoridad. Aquel hombre, por el que había esperado tanto tiempo, no parecía un terrorista. Quizá por eso su aspecto no podía proporcionar dudas. Por fin había llegado el momento. Eso era lo esencial, ejecutar la tarea que le habían encomendado.

Ella dejó pasar varios segundos, contemplando al visitante. Por las arrugas en la frente, en el contorno de los ojos y la boca, pensó que el visitante debía tener unos cincuenta años, no los treinta y tantos años que realmente tenía.

—Mis disculpas… No te esperaba tan pronto —ella hizo una leve inclinación de cabeza ajustándose con más recato el velo y se recompuso—. *Aleikum salaam* —contestó al fin.

A él en realidad no le importaba su nombre, su pasado o la razón por la que daba cobertura en España a Hizbulá. Pero sabía que ella se llamaba Nadine Tawfiq. Hacía unos cuatro años su marido había muerto a manos de las fuerzas armadas israelíes. Y como a tantas otras viudas, la mandaron a Europa para apoyar la causa terrorista cuando fuera necesario. Algunas acababan contrayendo matrimonio con locales occidentales, viviendo así una doble vida, o con residentes musulmanes. Otras, como Nadine, permanecían viviendo con su viudedad.

Omar supo de inmediato por qué en Beirut estaban tan contentos con ella. Era una mujer con la que podías cruzarte en la acera, en el mercado o en una tienda, y no despertar tu atención. Nadine trabajaba como profesora de inglés en una academia. Ninguna persona en su entorno se había preguntado cómo se había podido permitir comprar la casa y el coche que tenía. Todos sabían que era una mujer viuda, y que se había labrado la vida en España por sí sola.

Se adaptó sin vacilar a su nueva vida ficticia. Solo esperaba ser útil para la causa de Hizbulá y que llegara el momento en el que tuviera que realizar un trabajo como venganza por la pérdida de su marido.

El año pasado ella había recibido el arma que escondió en el garaje de su casa. Le dijeron que pronto tendría que prestar cobertura a un miembro de la organización. No le mencionaron cuándo. Podría tardar uno o dos años. No le importaba. Ella estaba cargada de paciencia mientras representaba en sociedad su otra imagen.

Había rechazado dar clases particulares por el mero hecho de que llegara el día y ella despertara suspicacias y tuviera que cancelarlas a última hora. Recientemente le habían hecho un contrato en un instituto público como profesora de inglés, debido a la afluencia de nuevos estudiantes de origen árabe.

Sin necesidad de entablar conversación, Nadine le indicó que tomara asiento en una silla de la cocina. Le puso una toalla extendida sobre los hombros y comenzó a cortarle el pelo. Esto era parte de la instrucción que le habían encomendado: el hombre que llegara a su puerta tendría aspecto cansado, estaría mal afeitado y con el cabello sucio y largo. Ella debería hacer lo posible para ayudarle a cambiar su aspecto para no levantar sospechas si alguien ponía los ojos en él.

Nadine no sabía la naturaleza de la misión. No importaba. Si la

policía la detenía podía proporcionar información que dañara la operación. Tenía una píldora de cianuro guardada dentro de una pequeña caja de madera situada en la repisa de la chimenea del salón, además de una pequeña pistola automática.

Con el pelo corto, Omar, iba pareciendo otra persona. Tras terminar dejó las tijeras de acero en el fregadero. Con cuidado dobló la toalla, y la metió dentro de una bolsa de basura. Luego acompañó al hombre a su habitación con baño.

Mientras él se afeitaba y se duchaba, Nadine barría el suelo de la cocina y tiraba la bolsa de basura al contenedor. En breve el camión municipal pasaría haciendo su recorrido diario y se llevaría consigo las pruebas. Se quedó a la espera observando el exterior mientras reflexionaba.

Había dejado de asistir al centro islámico local y a la mezquita más próxima. Su transformación debía ser tal que nadie podría cuestionar que Nadine Tawfiq era una ciudadana ejemplar. Públicamente se mostraba alegre, sonriente; incluso procuraba que solo la vieran hablar y relacionarse con los padres de los alumnos musulmanes del colegio.

Sabía muy bien cómo evitar y disimular que sus sentimientos se exteriorizaran. Porque en verdad odiaba la cultura española, la religión católica, sus festividades, la cultura de las redes sociales, los programas de televisión, los famosos y deportistas españoles, a quienes consideraba representantes del poder mundano, los falsos dioses del dinero.

Durante su estancia en España era el recuerdo de su marido, al que consideraba un mártir, la armadura que la fortalecía y el aliciente de su rechazo hacia la sociedad que la rodeaba. Pero ella, como toda mujer, era humana con sentimientos y aflicciones. Con el transcurso del tiempo, los verdaderos sentimientos que escondía se convirtieron en odio silencioso. Rezaba en una habitación aislada de la vivienda para que no hubiera posibilidad alguna de que alguien pudiera escucharla o verla.

Cuando Omar bajó a la cocina, ella dio un respingo. Su aspecto era muy diferente, se había quitado diez años de encima.

Sin entablar conversación él tendió una bolsa de plástico con su ropa sucia. Se sentó a la mesa y ella le sirvió la cena: pollo y arroz. Mientras él comía, Nadine salió a la calle y tiró al contenedor la ropa. Omar masticaba con parsimonia, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si no le importara lo que le sucediera en un futuro próximo. Cuando él terminó, Nadine fue a la cómoda y de un cajón sacó un grueso sobre.

—Vino personalmente Sukkar —dijo ella, tendiéndole el sobre, mencionando la palabra *azúcar* en árabe como el nombre en clave del

que entregó el sobre. Él asintió y lo cogió. Nadine intuyó que él desea saber si ella había visto la cara a esa persona o había interactuado con ella—. No lo vi. Sea quien fuera, lo dejó encima de mi cama. Supe que eran instrucciones para ti, ya que dejó un terrón de azúcar encima.

Omar hizo un movimiento de agradecimiento con la cabeza, se dio la vuelta y subió a su habitación. Una vez allí vació el contenido del sobre: un teléfono móvil de prepago con su cargador, dos mil euros en billetes pequeños y un mapa de carreteras.

Abajo, en la cocina, Nadine observaba su propio reflejo en el cristal de la ventana, oyó el camión de la basura terminar de vaciar el contenedor y emprender de nuevo su ruta suspirando como un elefante mecánico. «Las verdades del islam son absolutas. No tengo que cuestionar mi comportamiento», se dijo a sí misma.

* * *

AL DÍA siguiente por la mañana temprano, cuando Nadine se levantó y fue a la cocina, se encontró a su huésped examinando un mapa de carreteras. Omar había estudiado su ruta, carretera por carretera, donde la policía se habría molestado en instalar cámaras de vigilancia o puestos de control.

Ella se ajustó el velo y, sin intercambiar palabra alguna, le sirvió un copioso desayuno. Omar ni siquiera le dedicó una sola mirada.

Nadine le lanzó un furtivo vistazo, intentando valorar su aspecto, ya que estaba preocupada de que no llamara la atención: la ropa casual que llevaba puesta, el afeitado y el corte de pelo le daban una apariencia inocente. «Perfecto».

Luego rebuscó en su bolsillo, sacó las llaves de un coche y las puso sobre la mesa.

—Está en el garaje. Tiene el depósito lleno. Dentro hay un paquete que dejó Sukkar.

Omar asintió con aprobación.

Cuando terminó el café, fue al garaje. Vio un Toyota Corolla gris metálico. Tomó asiento frente al volante, pasó la mano por debajo del asiento, no encontró nada. Luego abrió el salpicadero y sacó una pistola automática de 9 mm. Puso un cargador y la sopesó con la mano. Era diferente a modelos que previamente había utilizado, pero, llegado el momento, no dudaría, no vacilaría, sabría hacer uso de ella. Volvió a cerrar el salpicadero tras guardar de nuevo la pistola.

Dio la vuelta al vehículo y abrió el maletero. Había un paquete envuelto con film alveolar y cinta adhesiva. Miró alrededor. Había herramientas de jardinería. Cogió unas tijeras pequeñas para podar y cortó el plástico de burbujas.

Dentro encontró una caja de zapatillas con el logo de Nike. La

abrió muy despacio. En su interior había varios dispositivos electrónicos y un intrincado número de cables que confundiría a cualquiera, pero no a un experto en explosivos como Omar. En una balda de la pared vio cinta adhesiva. Volvió a cerrar y envolver la caja de cartón.

Al cabo de unos minutos, Nadine lo vio marchar desde la ventana de la cocina. Sabía que iba a ser así. Sin un adiós, sin despedida. Cuanto más tiempo permaneciera en su casa, no solo la pondría a ella en peligro, destapando su verdadera identidad, sino que sería más probable que la policía detectara su presencia en la zona, impidiendo que la misión se cumpliera con éxito.

Ella contempló impasible el coche hasta que desapareció a lo lejos por la carretera. Salió al exterior y escudriñó los alrededores a izquierda y derecha. A esa hora tan temprana no solía haber movimiento ni en los campos vecinos ni en la carretera, pero no estaba de más comprobar si alguien había visto salir el vehículo de su propiedad. Satisfecha, se giró, entró de nuevo en su casa y cerró la puerta.

17

David caminaba en una zona boscosa cuando escuchó la detonación de tres disparos, luego, al unísono, otros tres más e inmediatamente un cuarto, un quinto y un sexto. Por la resonancia de los disparos calculó que había tres o cuatro tiradores, como máximo, separados entre sí por cierta distancia.

Descendió muy rápido, porque la ladera no tenía peñascos. A medida que avanzaba miraba por encima del hombro izquierdo y derecho, por si viera a algún cazador apostado a lo lejos. No quería llegar a la planicie y ser blanco fácil, como habían sido los tres indios.

Se paró. Miró hacia arriba: había visto movimiento detrás de una enorme roca, aparentemente se había movido justo cuando él se detuvo. Esperó Enseguida vio un oso bezudo salir de la mole rocosa. Caminaba muy despacio. Lo vio internarse en el bosque. Entonces, David continuó el descenso controlando la retaguardia y los flancos.

Llegó a un claro. Solo había unos penachos de matas salvajes que brotaban de la tierra. Ni una sola roca o agujero donde pudiera ocultarse si le disparaban. Si lo atravesaba se exponía a ser visto. Pero no tenía otra opción que cruzarlo. Rodeado de montañas, no podía evitarlo.

Se ocultó brevemente observando alrededor. No vio ninguna señal de peligro. Se levantó y reanudó la marcha.

Caminaba tan deprisa como podía. Su plan era anticiparse a los cazadores, encontrarles en sus puestos parapetados a escondidas, pendientes de su presa, solo que la presa ahora se había convertido en el cazador.

Tras llegar al otro lado, estudió durante largo rato la colina que tenía enfrente. Frunciendo las cejas y con los ojos entrecerrados, vio un pequeño resplandor de luz. Pudiera ser algo metálico que hubiera brillado a la luz del sol por unos instantes. Pero luego lo volvió a ver. En ese punto se situaba uno de los cazadores. Los demás no andarían muy lejos; de lo que sí estaba seguro era de que estarían posicionados en lados opuestos y en lugares estratégicos para evitar el fuego cruzado.

Escaló un peñasco y miró con detenimiento tres bultos tendidos allá abajo. Eran los cuerpos abatidos de los indios. Bajó pegado sobre la roca para no ser visto. Era evidente que le estarían esperando.

Se enderezó y contorneando la colina fue hacia el encuentro del cazador que había visto apostado. Se deslizó por unas rocas. Por fin lo tenía a escasos metros. Apreció una depresión del terreno. Se arrastró acercándose con sumo sigilo. Cazador Dos estaba quieto, no movía ni un músculo.

David confió en el hecho de que el hombre no tenía motivos para quitar el ojo del telescopio adherido a su fusil. Pero se equivocó. Siendo un cazador profesional detectó un extraño sonido que le alertó, y se le erizaron los pelos de la nuca.

Cazador Dos se giró, apuntando con el fusil hacia atrás. Demasiado tarde. David le arrebató el arma con suma rapidez, apuntó y disparó un tiro en la frente. El sonido resonó por el terreno. Ahora sus compañeros estaban alertados de que algo no marchaba según lo planeado, ya que no habían visto ingresar al terreno a la cuarta presa, como estaba previsto y como lo habían hecho los otros tres.

Inspeccionó el arma. Era un tipo de fusil francotirador de fabricación rusa, de la empresa Orsis. El tipo que usaban las fuerzas especiales de Rusia. Lo había visto en una revista de armas. Había un artículo sobre el equipo del legendario Grupo Alfa del Servicio Federal de Seguridad de Rusia (FSB) en el que se explicaba que había ganado el campeonato mundial de francotiradores militares usando aquel fusil. Y poco después bautizado como Tochnost ('precisión', en ruso), entró al servicio de las Fuerzas de Operaciones Especiales y del FSB entre otras agencias de élite.

David espió al borde del peñasco. Con el teleobjetivo del fusil observó a lo lejos, en un lateral, a otro cazador. Lo vio de pie, sacando un teléfono móvil. Inmediatamente sonó la llamada en algún bolsillo del cazador muerto que yacía a sus pies. Mientras el móvil seguía sonando, David calculó la distancia, respiró, mantuvo el aire en los pulmones y apretó el gatillo. Segundo cazador muerto.

Oteó el paisaje con el teleobjetivo. Enseguida vio al tercero. Sin duda había presenciado a su compañero siendo abatido. Estaba demasiado lejos para dispararle. Pero al menos sabía en qué zona estaba situado.

David dejó el fusil en el suelo y registró la mochila del cazador. Agua, barras de chocolate con proteínas, munición, un chubasquero y, entonces, vio un mapa. En él estaban marcadas las posiciones de cada uno. El punto de encuentro estaba situado en la ladera de una de las montañas. Mencionaba la palabra «Chandan», rodeada con rotulador; nombre de varón que en sánscrito significa 'sándalo' y simboliza serenidad: el secuestrador indio con aspecto nepalí, dedujo David.

Se quedó reflexionando, recapacitando sobre el modo de actuar del tercer cazador. ¿Qué haría? ¿Permanecería en su puesto atento ante cualquier amenaza? No. El tercero, al haber visto a su compañero caer

abatido desde la lejanía, habría sentido miedo. Huir sería lo primero que quisiera hacer.

David era consciente de que en aquellos momentos la mente del cazador superviviente funcionaría a tanta velocidad que no sería capaz de analizar con detenimiento lo que estaría sucediendo. Miró de nuevo el mapa.

Dedujo que el instinto del cazador le estaría diciendo que se dirigiera al punto de encuentro, en un intento de cuestionar a Chandan lo que estaba sucediendo.

«Pánico», se dijo a sí mismo David. Pánico era algo que en aquellos momentos no podía evitar esa persona, y este contagio certificaría su sentencia de muerte.

David no esperó un instante, agarró el fusil, lo cargó, se guardó munición en el bolsillo y desapareció corriendo.

18

Eran las nueve y media de la mañana. Tras un tiempo de conducción, Omar se dio cuenta de que necesitaba un café fuerte; además, tenía hambre. En casa de Nadine no se había saciado lo suficiente. Decidió no parar en ningún área de descanso o gasolinera, evitando así exponerse demasiado tiempo cerca de la carretera. Tomó un desvío y entró en una localidad.

Se detuvo en un bar situado a las afueras. Daba la imagen de que fuera popular. Había dos camiones y varias motocicletas.

Se tomó dos cafés cortados. Luego compró un bocadillo de pollo, una bolsa de patatas fritas y un botellín de agua. Cuando salió y se aproximó al coche, vio a un hombre sentado en el asiento del conductor con el cinturón puesto, dispuesto a robar el vehículo.

El hombre estaba agachado rebuscando algo de valor; sobre sus piernas tenía varias herramientas que había utilizado para abrir la puerta. Se dio cuenta de que alguien estaba de pie observándole. Alzó la cabeza y vio a una persona morena, con aspecto de inmigrante.

—Lárgate de aquí antes de que te raje —le amenazó abriendo una navaja de golpe, mostrando la hoja afilada y reluciente.

Omar dejó despacio la compra sobre el capó y sacó la pistola que llevaba escondida bajo el faldón de la camisa.

—Bájate —dijo con tono determinante al ladrón.

El hombre, lleno de pánico al ver el cañón apuntándole a corta distancia, intentó salir de manera precipitada, pero los nervios le fallaron. Se olvidó de quitarse el cinturón, y cuando quiso desprenderse de él, se bloqueó el mecanismo. Las herramientas cayeron a sus pies.

—Sal fuera o te mato —ordenó de nuevo Omar, ya impaciente.

El hombre empujó su cuerpo, pero no conseguía desprenderse del cinturón. Omar, dudó un instante, pero no esperó más, alzó la mirada alrededor y tras no ver a nadie, levantó su arma. Recordó las palabras de su instructor cuando siendo un adolescente participaba en los campos de entrenamiento de Hizbulá: «Matar a un enemigo del islam es como volver a nacer».

El hombre alzó la mirada, cruzándose con la suya.

—No me mates, por favor —imploró.

—Puedes cerrar los ojos, si quieres —dijo, sonriendo.

Le disparó en el pecho. Inmediatamente se inclinó dentro del coche, apretó en el botón del cinturón y la hebilla se soltó. Agarró el cuerpo del hombre y lo sacó del vehículo. Una vez en el suelo le volvió a disparar una segunda vez con frialdad en la cara.

El segundo disparo era innecesario. Sabía que se había dejado llevar por su impulsividad. Decidió arrastrarlo hacia la cuneta. Había una pendiente hasta un campo de cultivo. Miró hacia ambos lados de la carretera y a lo lejos. No vio a nadie. Empujó el cuerpo, que cayó rodando hasta quedar tendido dentro de una acequia.

Volvió al aparcamiento, cogió la compra y se sentó rápidamente frente al volante. En ese momento, varios clientes del bar que habían salido tras escuchar los disparos le observaban desde la distancia. Estaban tan asustados que ninguno se atrevió a realizar ningún gesto como para sacar sus teléfonos móviles y grabar por miedo a que pudieran ser blanco del pistolero.

Omar tiró la comida en el asiento del copiloto, arrancó y enfiló a gran velocidad por la carretera en dirección al desvío para enlazar con la nacional. Entonces se dio cuenta de que no había recogido del suelo los casquillos.

Ahora la policía sabría que el asesinato se salía de lo normal y deducirían que él andaba por la zona. ¿Y si esta prueba llegara a incriminar a la mujer que le había dado cobertura? Reflexionó sobriamente. Muy pronto se desataría la persecución o ¿habría empezado ya?

Tenía que cambiar de coche. Extendió el mapa de carreteras sobre el volante y lo estudió conforme conducía. La ciudad más cercana era Logroño. Apartó el mapa y sacó el móvil. Buscó la ciudad en Google. Maximizando el mapa en la pantalla vio que había una enorme estación de tren, dotada de modernas instalaciones que incluían el alquiler de coches por diversas compañías. Hacia allí se dirigió.

Minutos más tarde abría el maletero del Toyota Corolla que había aparcado junto a una acera en una estrecha calle de la ciudad. Sacó la caja de cartón y la metió en una bolsa. Se ajustó la pistola en la cintura, tapada con el faldón de la camisa, cerró el maletero y abandonó el coche. Se dirigió a la estación de tren.

Al entrar fue directo hacia adelante, con paso decidido, como si fuera a tomar un tren. Se quedó junto al escaparate de una librería estudiando con atención el ambiente en el interior de la estación. Varios pasajeros estaban de pie frente a la pantalla de información de llegadas y salidas, esperando a que se anunciaran sus destinos, momento en el que se permitiría cruzar la línea de seguridad para acceder a los andenes.

En un momento dado, Omar vio a un extranjero dirigirse a los aseos públicos empujando su maleta de ruedas. «Perfecto», se dijo. Le

siguió. A los pocos minutos salía con una gorra calada, un jersey sobre los hombros y empujando la maleta de ruedas, en cuyo interior había metido la caja de cartón. Atrás dejaba al turista inconsciente dentro de un baño y la ropa y artículos que había en el interior de su equipaje.

Fue a una sucursal de alquiler de coches que había a la salida de la estación. Una anodina empleada, con aspecto de cansada y aburrida, le atendió tras el cristal. Omar, con una ligera sonrisa que mantuvo en los labios habló en inglés con pronunciado acento británico, actuando con impecable amabilidad. La joven le dio un formulario para rellenar.

Omar le pidió un tres puertas económico, pero ella dijo que solo tenían un nuevo Opel Corsa. Si era consciente de la cámara que apuntaba en su dirección desde la pared donde estaba instalada, no dio muestras de serlo. Escribió el nombre tal y como aparecía en el pasaporte que había obtenido del turista y le devolvió el formulario con su identificación. La chica le sonrió forzadamente. Le devolvió el pasaporte tras escanearlo y le pidió el carné de conducir. Omar sacó la billetera y se lo entregó.

La empleada echó un rápido vistazo al carné sin comprobar si el rostro de la fotografía era el mismo que el de la persona que tenía frente a la ventanilla; se giró y lo escaneó. Luego se lo devolvió junto con las llaves y los documentos del alquiler. Le indicó dónde podía encontrar el coche en el garaje subterráneo.

Omar vio enseguida el Opel Corsa de color rojo. Tiró la gorra con desdén al fondo del aparcamiento, abrió la puerta del vehículo y puso el equipaje en el asiento de atrás. Una vez frente al volante, dejó los documentos del coche alquilado sobre el asiento del copiloto y la pistola debajo de los papeles, dispuesta a ser utilizada.

Se quedó sentado un tiempo reflexionando. Sacó el mapa de carreteras. Una vez estudiado su itinerario, lo apartó y arrancó.

Enseguida volvió a internarse en el tráfico de la ciudad de Logroño hasta encontrar el desvío para la carretera nacional en dirección a Madrid.

* * *

JULIÁN APARECIÓ en la sala de operaciones.

—¿Algo nuevo?

Varun desvió la mirada a una de las tres pantallas de ordenador en su escritorio.

—Sí, me temo que sí —contestó—. Hay una especie de noticiario que publican en las redes desde algún punto de Oriente Próximo. He tenido acceso entrando en el ordenador de un imán sospechoso por enaltecimiento del terrorismo que tenemos localizado en Barcelona.

—Al grano, Varun.

—En ese boletín que comparten entre los suscriptores más influyentes del islam radical, se comenta que se prepara un acontecimiento simbólico y que se rece a Alá para que la misión del encomendado termine con éxito. Pero no dice nada más, ni quién, ni dónde, ni cuándo.

Julián entornó los ojos levemente.

—Ese imán, ¿crees que puede estar relacionado?

—No, solo recibe y lee este tipo de boletines en árabe. Él cree que está escrito por militantes palestinos. Actualmente no tiene contactos con células terroristas. Al menos de momento. Esa es una célula durmiente, pero está vigilado por la Policía Nacional.

—¿Dónde editan ese boletín?

—Según nuestras fuentes, desde algún lugar de Líbano.

—¿Líbano?

—Eso parece —musitó. Algo le llamó la atención.

—¿Qué sucede?

En una pantalla apareció una alerta interna de la policía indicando un asesinato por arma de fuego a las afueras del bar de un pueblo situado a pocos kilómetros de Logroño.

—Voy a informar a Laura, que estará de camino.

—No, no —dijo Julián—. Un momento. No nos desviemos. Vamos primero a encontrar el coche Citroën C4 X del traficante. Una cosa nos llevará a la otra, de lo contrario perderemos un tiempo precioso yendo a por pistas que nos llevarán a callejones sin salida.

—De acuerdo, jefe.

Al cabo de unos minutos ya tenían localizado el vehículo Citroën del narco Iñaki Aguirre.

* * *

LAURA SE ENCONTRABA SENTADA en el asiento de pasajeros detrás de Tom y Fabián. Con Óscar al frente del volante, circulaban por la carretera nacional en dirección al País Vasco.

Tom tenía la pierna convaleciente estirada sobre el asiento. A pesar de que su físico no estaba en condiciones para hacer frente a una operación, le habían permitido unirse a ellos porque no quería quedarse de brazos cruzados en Cervantes, perdiéndose toda la acción.

—Laura, te noto algo rara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Levantó la cabeza, apartando la mirada de la pantalla de su iPad. Aunque sabía el motivo de su comentario, añadió con sarcasmo—: Puede que tenga hambre.

—No eres el tipo de glotona al que nos tienes acostumbrados.

—Tom, tú no has venido con nosotros para echarme en cara nada

sino porque me has pedido acompañarnos a pesar de que no estás en condiciones físicas para ayudarnos en esta operación —concedió ella en tono tranquilo y amistoso.

Fabián intervino.

—Él solo quería decirte que nos preocupas.

Laura los miró uno por uno, a Óscar por su reflejo en el espejo del retrovisor central.

—No tengo que demostrar nada a nadie, chicos.

—Lo cual nos parece estupendo —replicó Tom—. Pero corre el rumor de que nos dejas. Y quisiéramos oír por ti misma lo que está sucediendo.

—Quizás hacéis demasiado caso a lo que la gente dice. Deberíais ser más prudentes.

—Déjate de cuentos, Laura —dijo Óscar, quitándose el palillo que llevaba en la comisura de los labios mientras conducía, como siempre era habitual en él.

Fabián carraspeó.

—¿No crees que deberías ponernos al corriente? Al fin y al cabo, tú eres nuestra jefa, estamos bajo tu mando.

—Estoy de acuerdo con Fabián —terció Tom—. Deberías contarnos qué has decidido a nuestras espaldas sin consultárnoslo.

—Sí, dejo Cervantes —dijo Laura al fin.

Hubo un silencio en el interior de la furgoneta.

—¿A qué viene tanta precipitación? —preguntó Óscar mientras adelantaba a un camión.

—Yo lo llamo prudencia.

—¿Qué se supone que significa eso, Laura?

Ella permaneció en silencio un rato. No estaba acostumbrada a que pusieran en tela de juicio su modo de actuar.

—Significa que he decidido irme. Punto.

—Mira que eres testaruda, Laura —dijo Óscar moviendo la cabeza de un lado a otro con claro indicio de estar enfadado.

—¿Cómo es eso?

—Que eres cabezona —añadió Tom. En su voz vibró un temblor de rabia—. Y no tengo más remedio que decírtelo a la cara.

—Puede que no te hayas dado cuenta, pero tienes amigos —manifestó Fabián—. Al menos haznos saber tus preocupaciones antes de tomar una decisión tan importante.

—¡Hala, ya estáis todos unidos en mi contra!

—¿Se lo has comunicado a Julián? —inquirió Tom.

—Todavía no.

Fabián inclinó la cabeza, no demasiado feliz ante la idea de no ver más a Laura en Cervantes.

—Tal vez haya sido mejor que no se lo dijeras hasta que esta

operación esté terminada —aseveró Tom.

Óscar respiró hondo. Estaba a punto de decir algo cuando el teléfono móvil de Laura sonó.

—A ver, Varun, dime algo en concreto.

—Tengo la ubicación donde Omar abandonó el coche.

Laura puso el altavoz.

—Te escuchamos.

—Está abandonado en un pinar a las afueras de Elorrio. He rastreado las casas de alrededor y he cotejado los nombres y perfiles de sus residentes. Tan solo hay una persona musulmana, y adivina qué.

—¿Qué?

—Es viuda de un terrorista muerto por las fuerzas de defensa israelíes cuando intentaba infiltrarse en Israel con un comando de Hizbulá.

—¿Hay alguien más empadronado en la vivienda?

—Nadie más que ella.

—Pasa la ubicación al móvil de Óscar. Vamos para allá de inmediato.

Al llegar a las proximidades vieron que era una casa aislada de una zona residencial a las afueras del pueblo. La edificación tenía su encanto. A su izquierda había un gran campo verde, parecía un paisaje irlandés. Los terrenos de la propiedad estaban rodeados por un muro de piedra.

—Menuda casa tan grande para una sola persona, ¿no creéis? —preguntó Óscar, mirando la propiedad mientras conducía muy despacio.

En el asiento de atrás, Laura se cambiaba de ropa.

—No entres en la propiedad, aparca aquí, junto al muro —ordenó ella. Se giró hacia Fabián—. Comienza a cambiarte.

Él se puso una camisa larga a cuadros vichy rojos. Luego se cambió el peinado. Mientras, Laura terminó de ajustarse por debajo de su camisa un vientre de embarazo falso.

—Estás perfecta —comentó Tom con una sonrisa—. Se te ha hinchado la barriga de embarazada falsa al nivel equivalente a unos seis meses.

Óscar estacionó en la cuneta, justo en la entrada del camino que llevaba a la casa. Miró hacia atrás cuando los dos operativos salían al exterior, y dijo:

—Buena suerte.

Tom silbó por lo bajines viéndolos cogidos del brazo.

—Que se os vea acaramelados —murmuró por la ventana.

Laura y Fabián, agarrados del brazo, caminaban en dirección a la entrada de la casa. Se oía el leve susurro del viento agitando las ramas

de los árboles.

Nadine estaba barriendo las hojas secas del patio cuando vio a lo lejos a dos personas entrar en la propiedad. Caminaban hacia la casa. Eran un hombre y una mujer. Ella parecía estar embarazada y caminaba despacio sujetándose del brazo de su pareja. Dejó la escoba sobre el muro y se metió en el interior.

Por el pinganillo, ellos escucharon a Varun, que desde un satélite monitorizaba la zona y podía ver y analizar todo movimiento: «Está en una terraza barriendo. Creo que os ha visto. Os está observando. Ahora se ha metido dentro, quizá para estudiaros mejor desde la ventana sin ser vista. Esto indica que está preparada y puede tener un arma como protección».

Laura se paró y se tocó su abultada barriga, simulando que estaba cansada. Tom puso cara de preocupación y levantó la mano en dirección a la casa.

—Mi amor. Mi vida. Mi corazón. Vayamos dentro —murmuró Fabián gesticulando y levantado el brazo hacia la vivienda.

—No te pases, cabezón —dijo Laura entre dientes con una complaciente sonrisa al tiempo que asentía con la cabeza.

Fabián le puso un brazo en los hombros y ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

Nadine desde la ventana del salón vio aquel gesto que le pareció humano. No vio nada raro en ellos que le alertara de un peligro y se apresuró a abrir.

En alguna ocasión habían entrado turistas que acampaban en los bosques de la zona, o personas de ciudad que se habían perdido y se tumbaban en el césped del jardín para descansar un rato antes de volver a iniciar el camino. Incluso alguno le había preguntado si la casa estaba en venta, ya que argumentaban que la habían visto desde la carretera y les parecía que tenía cierto encanto. Pero a todos los visitantes el hecho de ser recibidos por una mujer con el velo puesto sobre la cabeza les producía desconcierto.

Nadine les saludó con una sonrisa.

—Hola. Buenos días.

Fabián se adelantó.

—Buenos días. ¿Le importaría que nos sentáramos un rato en su propiedad? Mi mujer está cansada.

—Por supuesto. Pero no fuera. Esta mañana hace un poco de frío. Vengan dentro.

Cuando Laura pasaba ante la puerta, Nadine observó su estado.

Ella se tocó la barriga y sonrió.

—Ya le queda poco para que salga.

Nadine le devolvió la sonrisa.

—Tomen asiento —dijo señalando la mesa del comedor.

Laura se sentó.

—Disculpe si le molestamos.

Nadine observó el movimiento corporal del hombre. Había algo que la puso en alerta. No estaba musculado, pero era su forma de andar, su mirada, su expresión facial. Le daba la impresión de que fuera otra persona de la que pretendía. Ella había conocido a muchos combatientes de Hizbulá en el pasado. A personas que se habían enfrentado con la muerte, y siempre, siempre, había algo en los ojos de esas personas e incluso en sus movimientos, algo que les delataba.

—Nada de molestia. Pero me tengo que ir enseguida. ¿Quieren un vaso de agua?

Fabián se quedó de pie masajeando los hombros de Laura, que suspiraba sujetándose la barriga y aparentando sentirse relajada.

—Si fuera tan amable —contestó él.

—¿Tienen el coche cerca? —preguntó Nadine, vertiendo agua mineral de una botella en dos vasos de cristal.

—Sí, justo en la carretera.

Nadine se aproximó y puso en la mesa los vasos.

—Nuestra agencia inmobiliaria nos recomendó esta zona —comentó Laura, evaluando a la mujer que tenía enfrente—. Hay dos casas puestas a la venta y pensábamos en dar una vuelta por los alrededores.

Nadine la miró calculadoramente, por si existiera alguna conexión entre ellos y la policía. Pero el hecho de que la mujer estuviera embarazada en un estado tan avanzado, le hacía desestimarlo. Sin embargo, sospechaba que algo no iba bien.

Escucharon a Varun: «Laura. Tiene un arma en el bolsillo. No creo que se lo haya tragado».

—Entonces, ¿qué opinan de esta zona?

Fabián se encogió de hombros.

—Nos encanta. Es una maravilla. Se respira aire puro y es tranquila.

Laura asentía con la cabeza.

—Nos gustaría tener una segunda vivienda para huir de la ciudad los fines de semana cuando nazca el bebé.

El instinto de Nadine de nuevo resurgía y le mandaba señales de que aquello no encajaba. Estaba claro que habían entrado para interactuar con ella. Su fuero interno le decía que o actuaba de inmediato o acabaría arrestada. Si actuaba, incrementaba las posibilidades de morir de forma violenta como un mártir. Asumía que, si esas dos personas eran agentes, habría más acompañándolos en el exterior. No debía permitir que la cogieran con vida.

—Es curioso, ¿sabe? —preguntó a Laura, manteniéndole fija la mirada—. Ha estado bastante tiempo dando vueltas por los

alrededores, viene a mi casa mostrando su avanzado estado de embarazo, pero no tiene ninguna necesidad de ir al baño.

Aquel comentario desconcertó a los visitantes.

Por debajo de la mesa, Laura sacó su pistola, dispuesta a entrar en acción.

Hubo un momento en el que los tres se miraron entre ellos. Cuando Fabián se separó ligeramente de Laura, Nadine creyó que se abalanzaría sobre ella y, en una reacción de supervivencia, deslizó la mano derecha en su bolsillo y agarró la pistola.

Pero fue tarde.

No tuvo tiempo de sacar el arma.

El cuerpo de Nadine cayó al suelo con un impacto de bala en la cabeza.

—Es una Beretta Nano —confirmó Fabián, sacando con una servilleta el arma del bolsillo de Nadine.

—Se la dieron porque es perfecta para el tamaño de su mano —aseguró Laura, asintiendo con la cabeza— y porque es más fácil de llevarla escondida.

Óscar aparcó la furgoneta frente a la puerta. Entró con sacos de tela herméticos tras avisarle Fabián a través del micrófono. Laura se quitó el disfraz de falso embarazo que rodeaba su cintura y lo metió en una de las bolsas.

Los tres se pusieron con rapidez a revisar la casa. La eficacia y celeridad que mostraban indicaba que en muchas otras ocasiones habían hecho un trabajo similar.

No descartaban que pudieran encontrar armas biológicas o químicas. Así pues, enfundados con guantes metían todo lo que veían de interés en los sacos de tela: un teléfono móvil, tarjetas bancarias, recibos, anotaciones, facturas, dos ordenadores portátiles, un iPad y varios dispositivos de almacenamiento externo.

Al entrar en el garaje, con las luces apagadas, Óscar pasó un aparato de luz fluorescente sobre el suelo de cemento liso. Fue escaneando las marcas de los neumáticos. Encendió la luz.

—¿Y bien? —preguntó Laura.

—Es un Toyota Corolla. —Leyó en la pantalla los datos del vehículo—. Es de color gris metálico. Lo llevó Nadine hace dos meses a un taller mecánico llamado Gaztegui para hacer una revisión.

—Bien. Vámonos cuanto antes.

Horas después, cuando la policía fue alertada por una llamada anónima, se encontraron con el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, bajo una mancha de sangre y tejido cerebral en la pared. Con su rápida y fina puntería, Laura le había metido una bala por encima de la ceja derecha, haciéndole desaparecer prácticamente el cráneo, y su contenido había quedado desparramado por el suelo del parqué de



madera maciza. Según el patólogo, la víctima murió incluso antes de caer al suelo.

19

David atravesó una senda, se internó entre dos colinas, manteniéndose pegado a los flancos de las estribaciones. Se desplazaba deprisa, con el fusil en ristre.

En el curso de los minutos siguientes no lo había visto, pero llegó un momento en el que, desde un acantilado, dio con el tercer cazador.

Era evidente que se dirigía hacia el punto de encuentro señalado como «Chandan». No corría tan deprisa porque la mochila a su espalda sería tan pesada como la del compañero que él había revisado.

Con el fin de coincidir con el cazador en el punto de encuentro, tenía que descender por un acantilado.

En determinadas circunstancias la mente respondía ante el peligro de manera patológica, con una compensación para adaptarse, como la persona invidente tenía con los oídos o con sus facultades olfativas. Sin embargo, el hombre presionado contra las cuerdas caía víctima de su propia hipersensibilidad y, en vez de analizar cómo salir de su situación extrema de peligro, con su torpeza dejaba que sus músculos motores de defensa se detuvieran: su aparato de pensamiento lo desactivaba y ya no entendía lo que sucedía, se dejaba llevar. Es lo que estaba sucediendo con Cazador Uno.

Después de contornear unas colinas bajas, David emergió sobre la última cresta y enfiló hacia el descampado. Se apostó detrás de unos arbustos. Enseguida apareció el cazador, sudando y jadeando.

El *jeep* estaba donde lo habían dejado, además de la furgoneta de Chandan, que siempre se quedaba pendiente de recoger a los cazadores. En ocasiones se llevaba consigo los cuerpos abatidos y los transportaba en su vehículo dentro de bolsas de plástico hasta incinerarlos en un crematorio eléctrico. No pudo hacerlo con los tres españoles muertos, ya que Manolo le hizo perder demasiado tiempo saliendo en desbandada e internándose en una zona militar. Desde la distancia lo mataron. Por este motivo decidieron tirar sobre el terreno los otros dos cuerpos y hacer creer que los turistas extranjeros habían sido abatidos por militares indios.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Chandan sorprendido, levantando la mirada más allá de Cazador Uno.

Cazador Uno se desprendió de la pesada mochila de su espalda, dejándola caer al suelo.

—Muertos.
Chandan dio un respingo.
—¿Cómo que muertos?
—Sí, muertos. Hay alguien ahí que los ha matado.
Chandan sacó su fusil del interior de la furgoneta.
Cazador Uno sacó el móvil del bolsillo de su pechera y marcó. No obtuvo respuesta
—No contestan, ¿ves? —dijo mostrando la pantalla de su teléfono móvil—. ¡Tal vez debamos huir de inmediato!
—¿Huir? ¿Huir de quién?
—No lo sé. Igual de la policía.
—La policía india no pasa por aquí y menos aún realiza asesinatos en este lugar.
Escondido en la maleza, David se movió, haciendo un ruido que a oídos de cualquier persona pasaría inadvertido, pero no para Chandan y Cazador Uno, bien diestros y experimentados.
Chandan le hizo un gesto a Cazador Uno con la mano para que guardara silencio y ejecutó un movimiento con la cabeza en una dirección concreta. Los dos levantaron sus armas, apuntaron sobre los matorrales y dispararon. El terror hacia lo desconocido se había mezclado con odio bullente: querían matar. Se aproximaron corriendo y volvieron a disparar.
David, que había salido de su escondite y bordeado la zona con rapidez, surgió del espeso bosque e hizo un chasquido con la boca, llamándoles la atención, no quería dispararles a la espalda.
Los dos se giraron sorprendidos. Los dos habían sido burlados, cazados por su presa.
David disparó a Cazador Uno, cayendo muerto.
Apuntó a Chandan que permaneció quieto, sin moverse.
—Tira el arma —ordenó David.
Él hizo lo que se le dijo.
—Ya sé quién eres —espetó. Parecía gratamente sorprendido, observando a David con detenimiento—. Solo una persona bien entrenada puede hacer lo que has hecho.
—Y, ¿quién soy?
—No sé cómo te llamas, pero trabajas para Hassena *madame*, ¿verdad? He oído hablar de ti.
David ignoró su comentario.
—¿Quién está detrás de todo esto? ¿Quién lo organiza?
Chandan se quitó la camisa, dejando al descubierto los grandes músculos de su cuerpo. Sonrió.
—Te reto a una pelea. Si me ganas te lo diré.
David tiró el rifle al suelo.
—Adelante.

Chandan se abalanzó sobre él y le propinó un brutal puñetazo en la cara que hizo que viera las estrellas. El dolor espoleó a David quien respondió con dos puñetazos rápidos, uno poderoso en los riñones, y otro fulminante en la barbilla, que hizo que la cabeza de Chandan se echase hacia atrás.

Chandan cayó de espaldas al suelo, sorprendido por la rapidez y fuerza con la que David le había golpeado. Se giró y sacó un cuchillo escondido en el tobillo de la pierna izquierda. De un salto se puso de pie, empuñando el arma.

—Ahora verás —dijo, avanzando rápidamente dos pasos hacia adelante.

David esquivó por poco la hoja del cuchillo, cayendo al suelo. Chandan se apresuró a abalanzarse contra él, pero David le hizo una llave, golpeándole una pierna, que le hizo perder el equilibrio, cayendo a su vez sobre la tierra arenisca. En ese instante, Chandan alargó el brazo para clavarle la hoja, pero David le dobló la muñeca, apoderándose del cuchillo.

Chandan se ponía de pie cuando David dirigió la hoja hacia la parte posterior de su pierna derecha, por debajo de las nalgas, hundiéndole el cuchillo hasta la empuñadura, sintiendo el hueso; giró la hoja ante los gritos de dolor de su adversario, la retorció y la sacó de su carne.

Enloquecido, Chandan fue tambaleándose a agarrar su fusil del suelo.

—Ahora eres hombre muerto —dijo cogiendo el arma; tenía un brillo salvaje en los ojos.

David se la arrebató de un golpe y le hizo caer de nuevo al suelo propinándole una patada en una pierna.

—El muerto eres tú. Te he clavado el cuchillo en la arteria femoral —dijo—. ¿Quién te da las órdenes?

Chandan se inclinó y se tocó la herida, notando la sangre que brotaba de ella. Se dio por vencido. Jadeaba, tratando de recuperar el aliento. Se quedó tumbado bocarriba. Era su fin, y él lo sabía; se encontraba presa del pánico.

—Te puedo realizar un torniquete y dejarte en la clínica más cercana —dijo David, de pie frente a él—. O por el contrario puedes morir aquí y ser alimento de leopardos y chacales.

—Santhi Kalla —murmuró.

—¿El ministro de Rajastán?

Chandan asintió.

David no tenía intención de llevarle a ninguna clínica. Recogió el fusil del suelo.

A Chandan se le escapó de su cuerpo una exhalación rancia viendo el arma apuntándole.

David retrocedió un paso y le disparó dos balazos al corazón.

20

Varun levantó un brazo, llamando la atención a Julián, que permanecía observando una pantalla con un analista informático.

—Ya tengo los datos. La policía local de Logroño ha encontrado el Toyota Corolla gris metálico. Por lo visto en esa calle no se puede aparcar. Solo un conductor extranjero como Omar no habría entendido la señal en la acera.

—No creo que el objetivo esté en Logroño ni haya parado a ver a alguien. Se ha deshecho del coche.

Varun se enderezó en su asiento.

—He recibido una alerta de la policía. Se ha producido un asesinato. Por lo visto un individuo moreno disparó dos veces contra un hombre con antecedentes penales por robo. Le metió dos tiros a poca distancia. Según testigos era un Toyota Corolla.

—Lo que quiere decir que este tipo es impredecible y violento, de gatillo fácil.

—Por eso habrá decidido deshacerse del coche.

—¿Hay algo cercano a la zona donde lo abandonó?

—Cerca tiene... —murmuró estudiando un plano de Logroño

—¿Dónde podría deshacerse del coche y robar otro?

—En el aparcamiento de un centro comercial…, de un supermercado…, un parque… —Mientras hablaba iba rastreando lugares de la ciudad que pudieran llamar la atención—: Y la estación de tren.

—Entonces ha debido de ir a la estación —aseveró Julián haciendo un chasquido con los dedos—. Si yo fuera él ahora estaría buscando un nuevo medio de transporte y documentación. Hay viajeros deambulando por los alrededores, turistas extranjeros despistados, en grupos, solitarios, nacionales yendo y viniendo.

—Voy a revisar las cámaras de seguridad.

—Hazlo.

No tardó mucho en conocer el reporte policial que hicieron los miembros de seguridad de la estación a la policía.

—Un turista británico ha sido encontrado en los lavabos de la estación. No pudo ver al asaltante. Ha denunciado el robo de su maleta y su cartera, donde tenía su pasaporte. Lo he cotejado y Omar alquiló hace media hora un Opel Corsa de color rojo en las oficinas

Europcar. —Vio en su pantalla las imágenes tomadas por la cámara de seguridad situada en la pared próxima a las oficinas de alquiler de vehículos—. Llevaba una gorra para engañar a las cámaras. Mira —puso en la pantalla central las imágenes—. Tiene el rostro delgado, la piel morena, metro setenta y cinco aproximadamente, constitución atlética. Lleva pantalón vaquero azul oscuro, camiseta blanca y un jersey de pico marrón claro.

Julián sabía que aquel hombre era un profesional y no les pondría las cosas fáciles.

—Informa de inmediato a Laura.

* * *

CON LOS NERVIOS EN TENSIÓN, Omar conducía por la carretera nacional. Dudaba de que hubieran encontrado tan rápido el Citroën y el Toyota. Pero enseguida se sintió sobresaltado: «Nadine». ¿Y si hubieran dado con ella? ¿Y si hubiera hablado? «Jamás. Ella sacrificaría su vida». Sin embargo, comenzó a sentir el arrebato de ansiedad, de miedo a ser interceptado antes de llevar a cabo su misión.

«A partir de ahora tengo que conducir con más cuidado». Por el espejo retrovisor vio un coche deportivo que se aproximaba y él cambió de carril, dándole paso.

Cruzó Soria. Conforme entraba en la ciudad y se unía al tráfico, el peso de la ansiedad y de la preocupación se hizo mucho más liviano.

Puso la radio. Sonó por los altavoces música pegadiza de los años ochenta que él nunca había escuchado. La apagó. Frenó ante un semáforo. De repente vio un coche de la Policía Nacional frenar a su lado.

La policía accionó las luces y la sirena al mismo tiempo. Omar iba a reaccionar, se inclinó levemente, sacó la pistola y la mantuvo escondida entre las piernas. Pero la policía aceleró, cruzó la rotonda que había enfrente y desapareció.

El semáforo se puso en verde. Omar reanudó la circulación. Decidió adentrarse en el centro urbano.

* * *

ÓSCAR CONDUCÍA A GRAN VELOCIDAD. En el asiento de pasajeros Laura recibió el mensaje de Varun informándole del Opel Corsa rojo que conducía Omar en dirección a Madrid. Según esa información, si llegaran a Guadalajara, podrían interceptarle a tiempo.

Ella estudió en su iPad los informes que recalaban en los distintos niveles de seguridad adoptados en Madrid debido a la celebración del

día de la Fiesta Nacional.

—¿Y si no va a Madrid? —preguntó Fabián.

—Esa es una posibilidad —contestó Laura—. Madrid está completamente controlada por los servicios de seguridad del estado.

Tom intervino mientras leía la pantalla de su portátil.

—Las zonas emblemáticas y el recorrido del desfile están protegidas y hay coches patrulla con sus luces resplandeciendo y en ocasiones con sus sirenas aullando por todas partes. Resumiendo, la ciudad está blindada. —Levantó la mirada hacia sus compañeros—. No creo que se meta en el núcleo urbano. Su destino es otro.

En esos momentos, por el cielo de Madrid, un equipo de una unidad especial recién creada por la Policía Nacional controlaba las calles a través de drones, y con frecuencia los rotores de helicópteros se oían sobrevolando los edificios y parques.

El caos de actividad y el despliegue de policías y guardias civiles era masivo. También en la periferia de la comunidad autónoma, donde había controles de carreteras e incluso se había movilizado al ejército con patrullas de vigilancia por los alrededores. Los soldados caminaban con estudiada naturalidad sujetando un surtido armamento que incluía armas de francotirador y modernos fusiles. Apoyados por una unidad especial de helicópteros NH-90 y súper Puma, los militares también tenían bajo su mando las zonas forestales, montes y bosques.

Con todo ello, en la ciudad de Madrid el cinturón de seguridad era inquebrantable.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Laura a Óscar, que conducía atento a la carretera.

—No puede ser que un solo hombre pretenda meterse en la ciudad. No es imposible, pero no es a donde se dirige Omar.

—Entonces, cualquiera que sea su objetivo vamos a interceptarlo antes de que sea demasiado tarde.

Óscar pisó a fondo el acelerador.

21

Estacionó el Opel Corsa frente a un supermercado y se puso a andar arrastrando la maleta de ruedas hasta que llegó a un centro comercial.

Había mucha gente entrando y saliendo. El *parking* estaba situado en los laterales, y en los alrededores había un cine, restaurantes de comida rápida, tiendas de ropa y una gran superficie de artículos deportivos.

Omar se quedó quieto apoyado en un muro, observando qué coche sería el más fácil de robar, aunque no necesariamente el más conveniente. Ya lo vio. Una señora salía de un Volkswagen azul de un modelo antiguo pero bien conservado, con la peculiaridad de que era descapotable, con el techo cubierto de vinilo.

Omar se acercó, sacó un cuchillo y rajó la capota. Cuando tenía medio cuerpo dentro intentando abrir la puerta, una señora con un carro de la compra pasó cerca y le miró con sorpresa.

—Me he dejado las llaves dentro —dijo él en inglés.

La señora pareció comprenderle y sonrió, ya que por el aspecto del hombre no parecía ningún ladrón común, más bien un atractivo hombre moreno.

Enseguida desbloqueó la puerta, la abrió y se deslizó dentro, tirando la maleta al asiento de copiloto. El volante no presentaba ningún tipo de bloqueo mecánico moderno. Identificó una serie de cables bajo los puntales del volante. Luego golpeó el panel, rompiendo el cobertor de plástico, tocó el tambor de metal de contacto, agarró los cables tirándolos hacia abajo con fuerza, y con el cuchillo los peló. Acto seguido los fue tocando en rápida sucesión, mientras alzaba la mirada hacia el exterior para asegurarse de que nadie le observaba, y el coche cobró vida. El indicador de gasolina marcaba el tanque lleno. Enrolló los cables, soltó el freno de mano y se puso en movimiento saliendo muy despacio del *parking*. Enfiló la rampa y se adentró en el tráfico.

Salió de Soria y circuló por la A-15, luego por la E-90 y tras media hora cogió la A-2 para volver luego a enlazar con la E-90 en dirección Madrid. Tras un par de kilómetros se dio cuenta de que había llegado a cierto punto que había localizado en el mapa de carretera. Presintió que pronto en la ruta por donde circulaba se presentarían varias bifurcaciones.

Dado los últimos acontecimientos, consideró que lo más prudente era coger carreteras comarcales con mínimas posibilidades de encontrarse con patrullas de la policía o control de carreteras. Si esto sucedía, sería su fin y el de la misión. Mientras sujetaba el volante volvió a echar un vistazo al mapa.

* * *

VARUN LLAMÓ A LAURA.

—Ha abandonado el Opel Corsa.

Ella puso el manos libres para que sus compañeros lo escucharan.

—Sabe que podemos estar yendo tras él. ¿Dónde lo has encontrado?

Varun no quitaba la vista de la pantalla de su ordenador.

—En un centro comercial de Soria.

—Entonces cambiamos de ruta, vamos a Madrid. —Al decir esto, hizo un gesto a Óscar, que cambió de rumbo la furgoneta.

Mientras, Varun procesaba el rostro de Omar en una base de datos hasta dar con él, al ser grabado por las cámaras del *parking* del centro comercial.

—Ya lo tengo —dijo—. Ahora conduce un antiguo Volkswagen Golf de color azul.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Varun miró la hora en la pantalla de la cámara de seguridad y calculó el tiempo.

—Hace veinte minutos aproximadamente.

Al escucharlo, Óscar pisó el acelerador más a fondo.

22

El corazón de Omar latía con fuerza ahora que se acercaba el momento de la ejecución de su objetivo en España. Se encontraba más decidido, con energía.

Enseguida su entusiasmo se apagó al oír un helicóptero. Pronunció una maldición en árabe y luego un insulto. Los sonidos de los rotores eran cada vez más fuertes. Se inclinó hacia el volante mirando por el cristal. Allí lo vio. Era un helicóptero militar. Sus sentidos estaban en alerta.

¿Estaría provisto de tecnología térmica capaz de ver el arma que llevaba en el coche? ¿Podría detectar el contenido de la caja que mantenía guardada dentro de la maleta? Comenzó a rezar para que así no fuera. El piloto parecía dispuesto a no alejarse. Ahora sobrevolaba unas casas aisladas del campo. Enseguida el aparato desapareció tan rápido como había aparecido.

Manteniendo la conducción, cogió el mapa, lo tiró, sacó el móvil y entró en Google Maps. Según el mapa digital, estaba a poca distancia de Madrid. Era el momento de llamar al Líbano, antes de que pudieran interceptar la llamada. Marcó y puso el altavoz para poder hablar mientras conducía.

Pero en la sala de operaciones del Cervantes detectaron en tiempo real la llamada.

Varun alzó la mano para que todos estuvieran atentos y gritó: «Llamada. Llamada», y tras teclear en su consola, se pudo escuchar la conversación telefónica en árabe y su transcripción simultánea en la pantalla grande frente a la sala de operaciones.

—*Estoy cerca* —anunció Omar.

—*Bien* —pronunció una voz grave de hombre maduro—. *Debes de darte prisa. A Nadine la han localizado*.

—*¿Qué ha sido de ella?*

—*La han neutralizado.*

—*¿La policía? ¿Tan rápido? ¿Seguro?*

Se oyó un resoplido de irritación.

—*No, debe de ser alguna unidad antiterrorista. Tras tu error en la gasolinera se pusieron en alerta. Son dos las personas que has matado. Debiste de atenerte al plan y no cambiar tantas veces de vehículo. Te dejaste ver en cámaras de seguridad. Tienen tu rostro. Ahora te deben de*

estar persiguiendo. Ten por seguro que esa gente que anda detrás de ti son lo mejor que tienen.

—*Fue un error estúpido por mi parte. Te juro…*

—*No jures… Haz lo que tienes encomendado de igual forma que yo cumpliré con mi misión.*

—*Así lo haré* —exclamó Omar, irguiéndose mientras mantenía la mirada en la carretera— *Tengo conmigo el explosivo para que te lo lleves.*

—*Okay. No te detengas. Te espero* —aseguró la voz.

—*Inshallah.*

Cuando la llamada se cortó, Julián, Varun y varios empleados en la sala se quedaron mirándose unos a otros, sopesando las ramificaciones de la información que habían obtenido.

—Hay alguien en nuestro bando pasando información —dijo un analista informático mirando a Julián.

—No puede ser —dijo Varun—. Es imposible.

—Significa que hay un eslabón que se nos escapa —comentó Julián —. Siempre hay personas dentro de nuestras instituciones dispuestas a colaborar en atentados terroristas en nuestro suelo o pasar información confidencial. Infiltrados. Gente capaz de no ser captados por el radar de seguridad. Son individuos inteligentes.

—Lo que quiere decir que Omar va a atentar con la ayuda de un segundo contacto que se encuentra aquí en España, un hombre o una mujer. Le está esperando ahora mismo.

—Efectivamente.

—Voy a informar a Laura.

Julián señaló a todos los informáticos.

—Quiero que os dediquéis a averiguar quién es esa persona a la que ha llamado. Lo quiero saber todo.

Enseguida se reanudó el torbellino de actividad en la sala de operaciones.

* * *

MIENTRAS, Omar continuaba el viaje por carreteras comarcales que atravesaban pueblos y campos agrícolas.

Cuando quedaban unos veinte minutos para acceder a Madrid, llegó a una casa situada en el límite de Majadahonda. Era una de las primeras viviendas de techo bajo del lugar. Más allá había una zona de campo, paralela a la autovía.

Tomó un desvío. Perdió los nervios al ver que se había confundido y que la carretera le llevaba hacia el interior de las urbanizaciones. Dio la vuelta y consiguió acceder al camino de tierra de Arroyo de la Sacedilla, según le informaba Google. Ahí, en esa zona de campo, le esperaba su contacto.

Mientras conducía a poca velocidad, miraba alrededor con los ojos abiertos como platos. Vio a dos personas acuclilladas cerca del camino de tierra. Pero al acercarse hasta un cierto punto, supo que eran drogadictos buscando un lugar tranquilo para pincharse.

Siguió hacia adelante, torciendo por un sendero. Al darse cuenta de que le llevaba hacia el interior del descampado, frenó, dio la vuelta y volvió al camino principal.

Entonces vio a una persona bien arreglada apoyada junto a un Peugeot metálico 308. Frenó. Era una mujer con ropa de ejecutiva. Estaba fumando. La contempló con atención desde la distancia.

Ella alzó la mirada en su dirección sin hacer gesto alguno. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con su zapato.

Era ella. Una mujer inteligente y previsora.

* * *

—YA TENGO SU NOMBRE —dijo Varun alzando la voz—. No es un hombre. Es una mujer. Y la llamada no se ha producido desde Líbano sino desde Madrid. Ha modificado la voz. La llamada fue desviada desde un locutorio de Oriente Próximo a un móvil de prepago en España.

Julián estaba expectante.

—¿Y quién es?

En la sala de operaciones todos leyeron el perfil de la mujer. Se llamaba Maira Torres, y era traductora de árabe en el Centro Nacional de Inteligencia.

—¿Qué ha estado haciendo en el CNI?

—Pues se habrá limitado a lo que hacen muchos analistas desde tiempo inmemorial: traducir lo que considerara importante, sacar información de otros y presentar informes para justificar el sueldo. Que sean o no fiables esos análisis ya es otra cuestión.

—¿Y se reunirá en las cercanías del edificio con Omar? —preguntó Julián reflexivo.

—No puede ser —replicó Varun—. Hay un radio de kilómetros saturado de las fuerzas de seguridad. El Ejército, la Guardia Civil, la Policía Nacional. Hay helicópteros sobrevolando, equipados con reflectores, equipos de visión nocturna, en fin, ni siquiera un senderista desorientado por el monte se les puede pasar desapercibido. No digamos a un hombre moreno, con ropa de civil, comportándose de manera sospechosa y conduciendo un coche robado.

—Estoy de acuerdo en que los aniversarios y el simbolismo son considerados muy importantes para los terroristas —dijo Julián un poco irritado—. Pero ¿dónde? Es prácticamente imposible que Omar se atreva a atravesar los cordones policiales alrededor de Madrid. No

puede acercarse a una instalación de alta seguridad.

—Y tampoco puede tener un lanzamisiles, una bomba sucia o un tipo de explosivo de esos como para acercarse demasiado a un edificio emblemático y hacerlo denotar desde la distancia. Y tampoco Laura encontró rastro de material radiactivo en casa de Nadine Tawfiq.

Julián señaló la fotografía de Maira proyectada en la pantalla.

—Entonces será ella.

—¿Qué?

—Será ella quien tome el testigo.

—Posiblemente. Lo que está claro es que Omar está dispuesto a remover cielo y tierra para cumplir su objetivo —corroboró Varun.

23

Se llamaba Maira Torres. De padre palestino y madre española. Había nacido en Madrid. Cuando tenía siete años su padre, sin el consentimiento de la madre, se la llevó junto con sus hermanos a Cisjordania, donde pasó el resto de su infancia y juventud. Allí se germinó su odio contra Israel y las naciones de Occidente que la apoyan.

Poco tiempo después su madre murió de cáncer, y dejó como herencia a Maira el apartamento. Ella volvió a España, aprovechando su nacionalidad española, a cursar estudios de Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, donde pronto comenzó a entablar amistad con jóvenes de extrema izquierda.

Formó parte de grupos sindicalistas y más tarde de un partido comunista. Desencantada porque sentía que donde militaba fervientemente la utilizaban por su origen palestino como ariete en mítines y manifestaciones, salió del ambiente político para formar parte de un periódico digital *online*.

Desde su tiempo como estudiante universitario llamó la atención de agentes de inteligencia iraníes, quienes informaron sobre su perfil a líderes de grupos islamistas radicales. Y cuando estaba ejerciendo su labor periodística fue captada por agentes infiltrados de Hizbulá.

Ella rechazó en un primer momento implicarse con ellos, ya que no quería que su vida en España se desmoronase. Pero al cabo de unos meses ocurrió una tragedia. Maira fue informada de que su padre había muerto en un puesto de control con Israel por soldados de la IDF, al ser confundido por un terrorista. Más tarde se supo que él conducía el coche que llevaba como pasajeros a tres terroristas de Hamás armados con la intención de causar una matanza en próximos kibutzs de la zona. Por recomendación de sus hermanos, ella no viajó a Oriente Próximo durante los siguientes tres años.

Tras el paso del tiempo, fue en un viaje a Cisjordania, con motivo de las vacaciones de verano para visitar a sus hermanos, cuando se formalizó su cooperación con los terroristas de Hamás, y posteriormente, en un viaje a Líbano, con el grupo armado de Hizbulá. Allí se ideó el plan de Maira como infiltrada dentro de las instituciones españolas.

Se presentó a un puesto de traductora dentro del Centro Nacional

de Inteligencia (CNI). El Gobierno socialista se mantenía en el poder gracias a la ayuda de pequeños partidos, entre ellos el de extrema izquierda en el que ella había militado. Como aún conservaba amistad y contacto con varias personas que habían sido sus compañeros de militancia y que ahora estaban dentro de un ministerio, con sus recomendaciones presentó la candidatura al puesto. Pasó el control de seguridad interno a los candidatos del CNI y no tuvo problema alguno en conseguir el trabajo.

Tenía un rostro de los que no se quedan impresos. Poseía ese tipo de cara que costaba un poco recordar. Ni guapa ni atractiva. Sabía muy bien cómo exteriorizar los aspectos fundamentales para que así la gente opinara de ella. ¿Cómo tenía la boca?, ¿grande o pequeña? ¿Cómo eran los ojos?, ¿llamativos, pequeños o ligeramente oblicuos?

Sin embargo, una cosa la delataba, pensó Omar nada más observarla: se notaba que había pasado una mala noche, las bolsas bajo sus ojos eran de color púrpura.

Iba vestida con ropa formal de oficina, chaqueta, pantalón liso y camisa blanca. Parecía desprender una sensación de urgencia. Junto a sus pies había una docena de colillas.

Omar estacionó el vehículo junto al de ella. Abrió la maleta y sacó la caja de cartón.

—Ha llegado la hora —dijo él haciéndole una señal para que se acercara. Abrió la caja y comenzó a manipular los cables del aparato mecánico que había en el interior.

Ella lo observó y quedó completamente impresionada por la presencia de aquel hombre con su autodeterminación y dominio de sí mismo. Si era necesario, aquella persona era capaz de infundir ánimo a un ejército para seguir adelante contra el enemigo.

Maira recibió una llamada en el teléfono móvil.

Tapó el auricular y señaló con el aparato a Omar.

—Hay controles en todas partes. Te va a resultar muy difícil salir del país —dijo, y volvió a ponerse a la escucha. Después de decir a su interlocutor que estaría de regreso en la oficina en breves minutos, colgó y se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Omar la miró con ojos inquisitivos. Le pareció captar un aura de palpable tensión.

—¿Qué sucede?

—Que lo vas a tener complicado para salir de Madrid. Te aconsejo pasar la noche en un Airbnb y viajar a Barcelona mañana y de allí a casa.

Por el tono de su voz, Omar percibió que ella no estaba enfocada ni segura de sí misma. ¿Sería capaz de activar la bomba? Parecía que la mente de la mujer estaba en otra parte, dispersa, sin enfocarse en el objetivo de la misión.

—Tú no tienes por qué preocuparte por mí. Tú eres la persona importante en estos momentos, no yo. En ti está la capacidad necesaria para llevar a cabo la misión. Supongo que tienes un plan, una estrategia.

—Sí, claro.

—Te veo con dudas. ¿Qué sucede? Cuando hablaste conmigo por teléfono tenías un tono determinante, agresivo, pero… Ahora, cuando vas al encuentro de la muerte, ¿te asusta que la veas cercana y no remota? Vengarás la muerte de tu padre. Solo tienes que imaginarte que esa gente morirá como si solo fueran palabras que eliminas en la pantalla de tu ordenador. Así de simple.

Ella asintió con tranquilidad. Para eso la habían instruido. Necesitaban un ataque en Europa de gran magnitud para llamar la atención de los medios de comunicación occidentales de la lucha de los palestinos contra Israel. Le dijeron que ella era la elegida para tal propósito. En realidad, no era más que un juguete roto que utilizaban.

—Puede que no mueran todos —dijo Maira, haciendo un esfuerzo por atemperar su voz.

—Ese no es el objetivo —mintió él—. Nuestro propósito es hacer daño al edificio, a la institución, lo que representa para el Gobierno español, que se hagan eco los medios de comunicación extranjeros. Que muera gente nos es indiferente.

Ella asintió.

—Comprendido.

Él creyó percibir cierta emoción en sus ojos, pero no estaba bien seguro de qué significaba.

—Terminaré de preparar el explosivo.

Omar conectó los desordenados cables al explosivo y accionó el reloj digital. En una hora y media, estallaría. Lo que desconocía Maira era que Omar podría detonar la bomba a distancia mediante su teléfono móvil. Este era su propósito, que ella muriera en la explosión.

Maira pasaría con facilidad los controles de seguridad en el edificio del CNI donde trabajaba. Los empleados en la entrada la conocían muy bien y no tendrían razones para suponer que fuera necesario registrarla.

—Escúchame. Sé que lo que vas a hacer no te resulta fácil.

—Lo sé —dijo ella con tranquilidad; aun así, su nerviosismo era evidente.

Omar sonrió. Una increíble calma parecía haberse apoderado de él, con el propósito de transmitir esa sensación a Maira.

—Tienes que ser fuerte. Lo conseguirás.

Maira cogió la caja de sus manos. Entró en su coche y dejó la caja en el suelo del asiento del copiloto. Cerró la puerta y arrancó.

—*Inshallah* —dijo ella, aspirando hondo para controlar sus

emociones.

—Los muros del edificio son bastante sólidos. Por eso debes de hacer estallar la bomba en la cafetería, como está planeado, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Había afrontado la verdad, iba a morir. No iba a permitir que la arrestaran y sometieran a un interrogatorio.

Pero Omar no parecía muy convencido. La contempló con recelo, detectando la inseguridad en su voz y en sus movimientos corporales.

—Llévalo con cuidado —advirtió Omar, señalando a la caja—. Estás transportando material muy inestable.

Maira volvió a mover la cabeza de arriba abajo mientras parecía hundirse su cuerpo en el asiento. Omar, de pie junto a la ventana, no dejaba de observarla: su rostro había adoptado un tono cadavérico.

Maira se irguió intentando aparentar normalidad. Apagó el motor, abrió un estuche de maquillaje, y con rapidez, se aplicó un ligero toque de sombra en los ojos y un toque de pintalabios. Sacó un peine y se cepilló el cabello. Su aspecto no era el de una terrorista, sino el de una inocente empleada de traducción.

Con el corazón latiendo aceleradamente debido a la tensión, miró la hora en su reloj de pulsera. Quedaban cuarenta y cinco minutos para que el comedor de la cafetería empezara a llenarse de empleados. Se recordó a sí misma que no habría nada amenazante que pudiera delatar con su presencia cuando llegara a las instalaciones del CNI.

Se observó en el espejo: un rostro feminizado al gusto de los españoles le devolvió la mirada. Se puso el cinturón de seguridad. Volvió a respirar y aspirar con fuerza. Cuando se sintió preparada, respiró hondo y arrancó de nuevo el coche.

De pie en el sendero, Omar comenzó a recitar versos del Corán mientras ella emprendía la marcha.

Conforme conducía, Maira intentó tranquilizarse. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza, llenando de aire los pulmones. Su deber era hacer cumplir la misión. Allí, en Líbano, había gente pendiente de sus acciones. La explosión causaría muchas muertes, pero más importante, un daño a la imagen del CNI en España y en el extranjero.

Sería la venganza por todos los musulmanes que habían muerto sin voz en todo el mundo. Su padre estaría orgulloso de ella. Sus hermanos y sus descendientes la recordarían como una mártir palestina. Sería una heroína y las fotos de su imagen de perfil se mostrarían en redes sociales, en carteles en las calles incluso de la Franja de Gaza y Cisjordania, y en vallas publicitarias. Hasta puede que pintaran su rostro con kufiya en muros.

Sí, las organizaciones de inteligencia como el CNI, eran culpables de instigar al Gobierno español respecto a la postura del Sáhara Occidental, tras avalar el plan de autonomía propuesto por Marruecos

en la zona, y por no hacer nada contra el genocidio de Israel al pueblo palestino.

No solo esto, sino por no denunciar y boicotear con más fuerza a Israel en el Parlamento Europeo, y por apoyar las políticas de otros países, como la de Estados Unidos, por lanzar impunemente ataques con bombas contra la población en Siria y en Afganistán, contra personas sin rostro.

A todos ellos, ella iba a vengar, implantar justicia y, entonces, en un futuro los políticos se lo pensarían dos veces antes de tomar decisiones negativas contra musulmanes inocentes. Pero ¿por qué debía sacrificar su vida? ¿Por qué tenían que morir personas que habían sido buenas con ella?

Omar la observaba desde la distancia. Por un momento sintió que el coche reducía velocidad hasta quedarse parado. Estiró el cuello, pero no consiguió ver del todo. Corrió hacia adelante, se situó en el centro del sendero y, efectivamente, ahí abajo Maira había parado el coche.

«No mires por el espejo», se ordenó ella. Sabía que él la estaría mirando. Comenzó a sudar profusamente. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que comenzó a sangrar. No es que le doliera, es que no le importaba. Pero sabía lo que le estaba pasando. Había permitido que sus sentidos la paralizaran. Las sensaciones eran tan intensas que la bloquearon por completo. Estaba temblando.

No podía mantenerse calmada. Sentía la mirada de Omar a su espalda, desde muchos metros de distancia. No iba a racionalizar lo que tenía que hacer. No iba a perder el tiempo justificándolo. «No lo voy a hacer». Al susurrarlo, se sintió mejor.

Entonces, pensó que él iría de inmediato a su encuentro. La podía matar, ahí, dentro del coche. «Él era capaz». Y luego él se marcharía con el explosivo, haciéndolo explotar quien sabe dónde, en un colegio, en un autobús o en un centro comercial. Giró la cabeza hacia atrás. Lo vio acercarse. Estaba caminando despacio hacia ella, como si en cualquier momento fuera a ponerse a correr en su dirección.

Entonces, en un arrebato inesperado, Maira, llena de ansiedad, abrió la puerta y salió corriendo. Omar llegó al coche. Lo primero que hizo fue buscar la caja con la bomba. Se la había llevado. Comenzó a ir en su persecución. Pero enseguida se paró. Había escuchado el zumbido de un helicóptero.

De repente, un helicóptero militar que sobrevolaba el área, equipado con cámara infrarroja, captó la presencia de un explosivo en movimiento.

Omar lo observó. Si continuaba a campo a través, le verían. Sacó la pistola, apuntó y efectuó un disparo, impactando contra la espalda de Maira.

Llegó corriendo, sintiendo más fuertes los rotores del helicóptero en el cielo. Cogió la caja de los brazos de Maira que aún seguía con vida y le disparó en la cabeza.

Alertados por la información que proveía el piloto del helicóptero a las fuerzas de seguridad del Estado y esta interceptada por Cervantes, Óscar condujo la furgoneta por el sendero a extremada velocidad.

Omar se subió en el coche de Maira y cuando había recorrido escasos metros, vio a una mujer alta, delgada, decidida, que levantó el brazo en dirección a él; llevaba una pistola en la mano. Más abajo vio una siniestra furgoneta aparcada y tres hombres apuntándole con sus fusiles. Él apretó el acelerador dispuesto a embestir contra aquella persona.

—*Allahu Akbar* —gritó, pero los sonidos de los disparos rompiendo los cristales del coche y los provocados por las aspas del helicóptero dispersaron sus palabras.

Laura apretó el gatillo, una y otra vez con aire de pura formalidad. Lo mismo que Fabián, Óscar y Tom, este apoyado sobre la carrocería de la furgoneta. La cabeza del terrorista estallaba y se vaciaba en el asiento del conductor. El coche perdió velocidad mientras doblaba hacia un lateral del camino de tierra y caía por una pendiente desde la cuneta hasta impactar contra un árbol. Entonces estalló la bomba.

La onda expansiva hizo levantar a Laura del suelo y lanzarla unos metros hacia atrás.

El helicóptero que sobrevolaba el lugar perdió altura hasta caer en un descampado vecino.

Laura tenía la cabeza embotada. Parpadeó tratando de aclararse la visión, gruñó aturdida intentando ponerse de pie. Por suerte no había sufrido daño alguno. El estallido de la bomba y la consiguiente onda expansiva había ido principalmente en dirección contraria, a la zona del campo.

Mientras continuaba la reverberante resaca de la explosión, Laura era rescatada por su equipo, consiguiendo desaparecer del lugar.

Pronto las fuerzas de seguridad tomaban la zona y, tras una minuciosa investigación, pudieron conocer la relación que había entre la empleada del CNI, Maira Torres, con los terroristas de Hizbulá.

24

David permanecía de pie junto a la ventana de la quinta planta de un edificio situado frente a las oficinas del ministro indio de Rajastán, Santhi Kalla.

En el interior, el comisario de policía Arvind Bhadoria se encontraba reunido con el político.

David escuchaba la conversación desde su pinganillo.

—Señor ministro, ya sabe usted que esto da muy mala imagen —dijo el comisario, tragando saliva. Tenía que evitar cualquier tono que pudiera interpretarse como una amonestación—. Es nuestra responsabilidad que los turistas extranjeros se sientan seguros en nuestro país. El turismo es muy importante en estos tiempos.

El ministro levantó su taza de té, sorbió y contestó con voz tranquila, manteniendo de nuevo la taza en el aire con el codo sobre la superficie de la mesa.

—Sí, tiene usted mucha razón —dijo—. He leído que, por desgracia, tres turistas murieron porque se internaron en una zona donde no debían. Un lugar altamente peligroso.

Arvind levantó la vista con una expresión de asombro. Se aclaró la garganta antes de refutar al político.

—Señor, los acribillaron las fuerzas de seguridad de la frontera, los BSF, pensando que eran terroristas pakistaníes infiltrados.

—Una u otra cosa —repuso haciendo un chasquido con la boca—. El hecho es que la embajada de esos turistas ha sido informada, y nosotros solo podemos mostrarles un dictamen concreto y seguro sobre el incidente. Esos hombres no debieron adentrarse en esa zona y, por consiguiente, tuvieron una muerte trágica que pudo haberse evitado si se hubieran limitado a seguir las instrucciones que debieron de darles en su hotel.

—¿Instrucciones dice, señor ministro?

—Las de no internarse fuera del recinto del resort.

—Pero… Esos tres turistas no se hospedaban aquí en Rajastán. Estaban hospedados a cientos de kilómetros de distancia. Desaparecieron de su hotel en Nueva Delhi. Como también han desaparecido Gautam Birla, Sunil Sharma y su esposa, Sangeeta. En mi jurisdicción corren rumores…

—La India es un país en el que abundan los rumores, por eso

tenemos tantas leyendas y mitos. «Corren rumores…» —repitió con tono irónico; había algo de teatral en sus gestos—. Al parecer a los medios digitales les place contar mentiras, *fake news*, las llaman. Rumores siempre los ha habido y los habrá de todas las variedades concebibles. Siempre lo mismo. Surge una noticia que se hace viral. Al principio, la gente se la toma en serio y luego descubren que se trata de invenciones. Así pues, considero manejar este asunto desde otra perspectiva.

—Ya comprendo —repuso el oficial, asintiendo con la cabeza, arrellanado en su asiento. En sus adentros estaba comenzando a maldecir su estúpida locuacidad.

—¿Quién se cree usted que está dando pábulo a esos rumores? —preguntó el ministro, y bostezó voluntariamente sin cubrirse la boca—. La oposición. Deliberadamente quieren que no vengan turistas aquí, a nuestro estado, que yo represento en el Parlamento central. Que los safaris y resorts de la región no tengan huéspedes ni clientes nacionales. Luego nos lo achacarán muy oportunamente.

—Créame que nada más allá del interés que tenga la oposición en dañar al actual gobierno, me gustaría recalcar que los fallecidos murieron por heridas de bala. Esta no es una noticia como la de acoso sexual a mujeres extranjeras que proliferan por parte de guías turísticos o profesores de yoga.

Una mosca revoloteaba por el escritorio. Se posó sobre la superficie. El ministro dejó la taza de té a un lado, cogió una carpeta, la alzó muy despacio al aire y la dejó caer, aplastando al insecto.

—Sí, eso me comentaron —murmuró con voz tranquila, sin dejar de observar el punto de sangre en que se había convertido la mosca. Sosteniendo la carpeta con una mano la frotó contra el borde de la mesa para quitar la mosca pegada, y luego la lanzó de nuevo a un lado de la superficie.

El oficial ya había entendido que no debía seguir hurgando en el tema. Había procedido de manera atolondrada. Estaba claro que el ministro quería tapar todo el asunto y por eso actuaba con esas evasivas. No quiso tensar la cuerda más de lo que lo había hecho. Si continuaba insistiendo tal vez el ministro le amenazaría con hacerle la vida imposible, como destituyéndole del cargo de comisario.

—Muy bien, entonces —dijo Arvind—. Le mandaré a su secretario el último informe para su aprobación.

El político cabeceó. Alzó la mirada sonriendo, dejando al descubierto unos dientes manchados por tabaco de mascar. El secretario interrumpió la reunión.

—Señor ministro, el coche ya está esperando.

El político se limitó a alzar la mano, dando su aprobación. Se levantó del asiento.

—Nada debe ser mostrado a los medios de comunicación sin consentimiento del ministerio. —Sus maneras se mostraron más cálidas y amistosas—. A usted y a todo su equipo les agradezco la labor de proteger la seguridad de los habitantes de este estado. Es usted merecedor de una distinción nacional para premiar su conducta extraordinaria. Lo hablaré en su momento con el primer ministro.

El oficial titubeó de emoción e hizo una breve y exagerada inclinación de cabeza antes de salir por la puerta.

Instantes después, cuando el comisario de policía Arvind Bhadoria salía del edificio, levantó la mirada hacia arriba en dirección al lugar donde David Ribas permanecía apostado. Él vio a través de la mirada telescópica cómo el oficial asentía con la cabeza, señal de que todo iba según lo planeado.

Arvind le debía mucho a Hassena *madame*, como popularmente era conocida la jefa del crimen organizado en Bombay, para quien trabajaba David Ribas.

Fue ella quien le dio una nueva vida al español tras el asesinato de su esposa a manos de terroristas en el hotel Taj Mahal Palace donde se encontraban hospedados. Desde entonces, David trabajaba como sicario de Hassena.

La hija pequeña de Arvind había necesitado un implante de riñón, y fue Hassena quien pagó todos los gastos, además de trasladar a toda la familia a Inglaterra, donde permanecieron en un hotel durante el tiempo que duró la operación a la niña y su recuperación en un reputado hospital privado.

Arvind fue quien, investigando misteriosas muertes producidas por proyectiles de fusiles profesionales, supo de la cacería humana que organizaba Chandan y un grupo de personas. Como los hechos los tapaba la Administración del estado de Rajastán sospechó que el ministro Santhi Kalla, con muchos antecedentes de corrupción, estaría implicado.

La única persona a la que podía acudir para solicitar ayuda era Hassena, y ella, recurrir en su protegido David Ribas para solucionar el problema. Porque el español, exoperativo de inteligencia, en verdad necesitaba la violencia, necesitaba estimularla y cultivarla porque eso lo incitaba a sobrevivir.

David mantuvo firme el fusil. Vio al ministro por la mirada telescópica a punto de bajar las escaleras. Respiró, mantuvo el aire en los pulmones. Pero de repente, Arvind subió unos peldaños y se quitó la gorra, pretendiendo secarse el sudor. David se dio cuenta de que le llamaba la atención, miró a un lateral: un grupo de escolares se dirigía hacia el político guiado por un grupo de profesoras. Aquello frustraba los planes.

Mientras el político departía alegremente con los jóvenes, que le

rodeaban en círculo, David desmontaba el rifle y lo empaquetaba en su funda. Ya habría otro momento de dar con él.

PARTE TRES

25

Al día siguiente de concluir la operación con el terrorista apodado Alacrán, Laura y Julián estaban reunidos en el despacho de este último.

—¿Te acuerdas de lo que te pregunté cuando estaba reclutando personal para Cervantes?

—La verdad es que me preguntaste tantas cosas directa e indirectamente que me resultaría difícil contestarte. Pero no tardé en darme cuenta de que este trabajo nunca sería tedioso ni aburrido. Como recuerdo que me comentó un agente de captación en su día, al describir la vida de un agente de inteligencia. Sí que hay muchas horas muertas de espera, de vigilancia, etcétera, pero me ha resultado fascinante, aunque fatigado, eso sí.

Julián la miró fijamente tras el cristal de sus gafas con sus ojos castaños de mirada adusta.

—Después de una batería de pruebas psicológicas y físicas, de más de muchas horas de entrevistas y una exhaustiva revisión de tus capacidades para ser considerada en Cervantes, te pregunté qué característica principal debe reunir una persona para elegirla en una organización de inteligencia cuando la situación va a ser muy complicada, límite. Qué cualidades debe de reunir una agente encargada de operaciones, sin cobertura oficial, e incluso en ocasiones extremas sola ante el peligro.

Laura sonrió débilmente. Observó a su mentor. Tenía el rostro bien afeitado e impasible, pero tras sus gafas se le notaba el cansancio en los ojos. Era el resultado de un hombre consumido por el deber y la implicación de su abnegado trabajo en el sector de inteligencia, veinticuatro horas, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días del año. Trató de imaginarse qué aspecto tendría ella a la edad de Julián, y su mente se tornó vacía.

—Sí, me acuerdo —reconoció al cabo de unos segundos, suspirando y asintiendo con la cabeza.

—La misma pregunta se la hice a muchos candidatos que entrevistaba —prosiguió Julián—. Me contestaban que capacidad de trabajo en equipo, mantener un equilibrio emocional adecuado, mostrar destreza física, inteligencia, perseverancia y un largo etcétera. Pero tú me contestaste que la cualidad que debe tener es la de ser

buena persona. Yo te pregunté por qué, y tú me volviste a contestar que las buenas personas reconocen los errores que cometen y no buscan culpables. Segundo, porque las buenas personas son capaces de perdonar los errores que cometen los demás y no guardan rencor. —Julián alzó el dedo índice como si acabase de llegar en aquel instante al final de su exposición—. Y tercero, porque las buenas personas, cuando se juntan con otras buenas personas, cambian el mundo. —Guardó silencio un instante y continuó—. Tú has personificado la definición de buena persona durante tu tiempo en Cervantes. Junto con tu equipo operativo habéis evitado muchos ataques terroristas y habéis salvado incontables vidas de personas inocentes.

Ella desvió la mirada hacia un lugar perdido del fondo de la habitación. Luego giró la cabeza y miró directamente a su director.

—Julián, entonces era yo una persona diferente. Estaba empezando a comprender el quid de la cuestión.

—¿Y cuál es?

Ella pareció reflexionar.

—Deseaba hacer algo distinto que mejorara el mundo y lo convirtiera en un lugar más seguro y digno. Ahora, con el transcurso de los años, me he dado cuenta de que ese propósito no es cursi ni ridículo, sino que resulta peligroso. Veía el mundo desde otra perspectiva. Y si hoy me hicieran la misma pregunta seguramente no contestaría algo tan ñoño como lo que te dije entonces. La realidad actualmente es muy distinta.

Él frunció el entrecejo mientras tamborileaba con los dedos de la mano derecha sobre el escritorio, ladeó la cabeza.

—Ah, ¿sí? ¿Qué me contestarías? —el tono de Julián fue agudo y escéptico.

—Que esa persona ante todo debe ser un profesional bien preparado capaz de asumir responsabilidades, por muy duras que estas sean. Pero el profesional no debe caer en el buenismo. Porque se puede seleccionar al candidato erróneo, y meter en la organización una patata al caer en el error de que «como es una persona buena…». Hoy en día se está poniendo muy de moda en los trabajos el «Ya, pero es que es buena persona fulanito de tal», a lo que se responde: «Sí, será todo lo que tú quieras, pero no tiene ni puta idea de lo que hace», y te responden de nuevo: «Ya, te comprendo, todo perfecto o según tus criterios no lo puede hacer, pero es buena persona». Y así se deterioran oficios y profesiones. No, Julián, hoy en día no todo vale. Los mansos y buenos solo sirven para el rebaño, que son una mayoría. Estos se degradan con el sistema de turno de siempre. Cuando quiero que alguien proteja a mi familia, mi casa o mi país, quiero a los mejores profesionales y no buenas personas. Se están perdiendo oficios por llenar todo de buenas personas. Si llevo mi moto a un taller

mecánico de buenas personas no me la arreglan. Un buen mecánico sí, aunque sea un hijo de puta.

—Te daría por válida la respuesta de hoy en día porque comprendo que lo que quieres decir es que, aunque entonces, cuando me respondiste por primera vez, priorizaste el «ser buena persona», tú sigues manteniendo que te refieres al conjunto de cualidades que debe reunir el candidato: capaz, entrenado, con carácter, técnicamente experto y con gran dominio de sí mismo.

—Te lo resumo. Primero, ser profesional, luego ser buena persona. Y volviendo al motivo de nuestra reunión: dejo Cervantes. Mi decisión está meditada y es irrevocable.

Él ya preveía el comentario. Suspiró antes de hablar.

—Laura, los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. —Se encogió de hombros—. No hay motivo ni argumento válido para justificar tu marcha.

Ella se levantó.

—He reflexionado sobre lo ocurrido con Lior. No me siento capacitada para estar en una situación extrema y controlar mis sentimientos. No me encuentro en condiciones de poder llevar a cabo más operaciones.

—Ya sé que no quieres un trabajo de oficina, ni pasarte la vida al teléfono, pegada a la pantalla de un ordenador. Te sientes mejor siendo tu propia jefa, tratar con las personas, resolver problemas —se reclinó en su sillón. Añadió con voz más grave—: No guardo la esperanza de que David Ribas vuelva y trabaje con nosotros. Si esto ocurriera, mi mayor deseo sería que vosotros dos trabajarais juntos y liderarais Cervantes.

—Dudo que David pretenda poner un pie en España, eso le trae recuerdos muy dolorosos. Ten en cuenta que es la memoria de su esposa lo que lo mantiene con vida, y por lo que ha elegido como residencia el último lugar que compartió con ella. Él quiere seguir sintiendo a su alrededor lo que su esposa experimentó en los últimos días de vida. Volver aquí, a España, significaría una decisión personal muy dolorosa que le afectaría anímicamente. Él no quiere volver atrás.

—Laura, en Cervantes siempre hay otro departamento. Elige tú en el que te sientas más cómoda.

—¿Trabajar entre cuatro paredes? —preguntó impasible—. No, gracias —declaró. Tras una pausa, prosiguió—: Mis nervios cederían, mis inseguridades me acabarían dañando. Acabaría perjudicando a todo mi equipo, poniéndolos en peligro. No, Julián. Mi decisión es categórica, no puedo seguir soportando la carga que conlleva la responsabilidad que he ido manteniendo aquí en Cervantes.

Julián se inclinó hacia delante y le sostuvo la mirada.

—Tómate unos días de descanso.

—No, Julián, Mi decisión está tomada. —Hubo un incómodo silencio.

Julián se levantó; estaba decepcionado.

—Desde el principio tenía razón respecto a ti. Has sido una persona muy valiosa para esta organización, diría que extraordinaria. Trabajar contigo ha sido un inmenso placer.

Estrechó calurosamente la mano de Laura, que correspondió con el mismo afecto. Sin embargo, en su rostro subsistía una expresión de lamento.

Ella sonrió y dijo:

—Esta noche mi equipo y Varun iremos a un *pub* a tomar unas copas.

—No, no contéis conmigo. Tengo trabajo pendiente que hacer.

—Lo comprendo. Estaré todo el día organizando mis cosas. Antes de irme pasaré a verte.

Cuando Laura se hubo marchado, Julián volvió a tomar asiento con aspecto reflexivo. «No, no lo comprendes —caviló tamborileando los dedos sobre la mesa—. Eres una mujer irreemplazable. Ojalá pudieras cambiar de opinión y no dejar Cervantes».

26

A la mañana siguiente, Julián Fernández se estaba tomando un café cargado en la cafetería del Cervantes cuando Varun Grover tomó asiento a su lado.

—Me atreveré a decir que no tienes buen aspecto —dijo Julián observando detenidamente cómo el informático rellenaba su taza de café negro hasta la mitad. Él dio un sorbo a su espeso café solo e hizo un mohín de disgusto—. Creo que pondré otro terrón de azúcar.

Varun observó cómo desaparecía el cubito blanco con un leve gorgoteo antes de hablar:

—Las apariencias engañan —comentó sonriendo—. Esta mañana he realizado mis ejercicios de yoga y meditación y me encuentro mejor que nunca. Además, ¿qué es el sueño cuando estamos obteniendo sorprendentes resultados?

—¿Y me puedes decir qué partido estamos ganando, Varun?

Tras dar un nuevo sorbo a la taza, contestó con énfasis:

—Sigue vivo.

—¿Sigue vivo quién?

—Alacrán.

—¿Qué quieres decir con eso? Si su cuerpo acabó destrozado en la explosión.

—Él no era Alacrán.

Julián se quedó mirándolo. Se puso de pie.

—Trae toda la información que tengas a mi despacho.

Varun le explicó que su departamento había detectado el nombre de Alacrán en comunicaciones entre grupos de islamistas radicales. Tras las pesquisas, supieron que en Líbano un líder de un grupo terrorista de origen palestino llamado Bassem Azar tenía bajo su mando a un terrorista al que se dirigían por el apodo de Alacrán. Y supuestamente había sido este quien había enviado a Omar Rifai a España para atentar.

Julián dio un respingo al escuchar tal nombre y observó con detenimiento la foto de perfil actualizada de Bassem Azar. Tenía el rostro afilado, moreno. Sus ojos hundidos estaban rodeados por numerosas arrugas que parecían estar siempre en la sombra. Poseía la capacidad de mantener una expresión impasible, que no revelaba nada de lo que pensaba en su interior.

Julián le contó que él le había conocido personalmente hacía muchos años. De hecho, había sido reclutado por él como informador.

—Pero ¿hasta dónde podemos confiar en Bassem? ¿Y por qué crees que él pueda decirte dónde encontrar a Alacrán?

Julián trató de ordenar sus ideas. Levantó la cabeza. Tenía una mirada perdida como si le costara trabajo concentrarse.

—Son buenas preguntas, pero solo tendré respuestas cuando vaya y hable con él cara a cara —respondió al fin.

—No estarás pensando en ir a Líbano, ¿verdad? Ahora mismo todo está muy inestable.

—¿Cuándo no lo ha estado?

El informático indio transformó la reunión en una discusión sobre la OTAN en Europa, Ucrania y Rusia, y los problemas del conflicto entre Palestina e Israel. Que si la frontera de Israel con el Líbano… Que si Hizbulá recibía el apoyo de Irán…

—A los políticos los conflictos internacionales les proporcionan una valiosa oportunidad —le replicó Julián—, nuevas aperturas a intereses que en tiempos normales no existían. Como la actual crisis en Oriente Próximo. Porque implica movimiento, crea espacios para operar y altera el juego.

—Aun así, no estoy muy seguro de que te convenga viajar hasta allí —vio la cara de enfado que ponía Julián e intentó enmendar su comentario—. Quiero decir que, con todos mis respetos, podemos mandar a un analista o un operativo de campo.

—Soy el que más experiencia tiene en ese lugar.

—Si regresas después de tanto tiempo, tendrás a los hombres de Bassem encima como una nube de mosquitos.

—Eso es lo que quiero.

—Laura podría ir… —Varun hizo una pausa para acentuar su efecto—. Es una opción que tenemos y podemos…

—Laura ya no trabaja con nosotros —le interrumpió él con una mirada de reproche.

—Podemos reunirnos con ella. Estoy seguro de que si le planteamos la situación, accederá.

—No.

—Julián, ¿cuándo fue la última vez que viste a Bassem Azar?

—Uf, hace veinte años o más. ¿Treinta? No lo sé exactamente.

—Y durante ese tiempo no habéis tenido contacto.

—Él aprendió el pequeño secreto de lo que en verdad es el sector del espionaje y de las organizaciones de inteligencia extranjeras: que suelen quemar antes o después a sus colaboradores. Los confidentes locales son personas que han cometido un gran riesgo al proporcionarnos información, pero, aunque no nos gusta, a veces acabamos por hacerlo, llega un momento en el que les cerramos la

puerta a cal y canto. Los dejamos tirados.

—Ya, como la historia de la rana y del escorpión.

Julián gruñó moviendo la cabeza hacia los lados.

—Algo así, pero nosotros también tenemos que prevenir que la información que nos pasan no está contaminada con el propósito de dañarnos.

—Pero ¿cómo terminó la relación con Bassem?

—Los israelíes nos previnieron de que estaba pasando información a su vez a los rusos. Todo por obtener un dinero extra. Fue una estupidez por su parte, porque esa acción le terminaría perjudicando, ya que cuando nos enteráramos perdería nuestra confianza y mucho más nuestra credibilidad. Y así fue. Le hice llamar, nos reunimos en una cafetería y le expuse su doble juego. Le dije que los rusos habían contactado con él porque sabían que nos pasaba información y que, obviamente, sabiendo esto los rusos, nosotros ya no podíamos tener contacto con él. A Bassem le importaba poco uno u otro. Él solo quería hacer algún dinero. Sea como fuere, perdió mi confianza.

—¿Y comprobaste lo que había vendido a los rusos?

—No, porque, una vez advertido por los israelíes, lo más imperativo era romper la relación con el colaborador local, no fuera a ser que nos metiera información falsa.

—¿Y si ya no vive Bassem Azar y es un impostor el que se hace pasar por él?

—Esa es una respuesta difícil de responder. Pues el sucesor me recibirá. Averígualo. Pon a tu equipo a trabajar. Por los canales adecuados pídele una reunión mencionando mi nombre. Si es el Bassem que yo conocí en su día, aceptará de inmediato.

27

Mientras en el Cervantes iban averiguando el paradero de Bassem Azar, Julián pasó los siguientes días cansado y ojeroso de tanto ir temprano a la oficina y quedarse hasta tarde. Su condición fue a más cuando decidió dormir en la propia organización, haciendo uso de la habitación acondicionada que había en las instalaciones.

A pesar de su macilento estado, continuaba revisando y examinando informes de inteligencia que había realizado hacía muchos años operando en Oriente Próximo.

Su carrera en el mundo de la inteligencia comenzó, después de casarse, en un alto departamento de la principal agencia en España creada a tal efecto tras la dictadura de Franco, el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID).

El joven Julián sobresalía como una persona entusiasta, que soñaba con ayudar a convertir el mundo, y concretamente España, en un lugar mejor. Desde un principio amó su oficio y se destacó en él. Era finales de la década de los setenta y comienzo de los ochenta.

Su padre había sido guardia civil. Él le había confesado cuando era adolescente, como si fuera un gran secreto, que cada vez que se ponía el uniforme de la Benemérita se sentía muy feliz. Aunque vestía de paisano, Julián compartía el mismo sentimiento. Ambos querían proteger y ayudar a la sociedad, que había pedido a gritos más libertad tras la dictadura franquista, que poco a poco fue perdiendo el apoyo popular e iba muriendo, y que acabó encumbrando en el poder al Partido Socialista Obrero Español.

Estuvo como agente infiltrado en la Universidad de Madrid, como anteriormente se llamaba a la Complutense, haciéndose pasar por profesor de Literatura. Esto le sirvió para conocer a muchos intelectuales y futuros políticos.

Pero después de soportar un año, pidió el traslado y finalmente le ofrecieron un puesto en el extranjero, ya que fue a partir de 1982 cuando se creó en el CESID el área exterior para prevenir y evitar el peligro, la amenaza o agresión exterior contra los intereses de España y, además, los servicios de contrainteligencia.

A Julián le seducía viajar. Su destino fue Turquía, desde donde tenía que desplazarse al Líbano y demás países de Oriente Próximo. El deber y el placer fueron suficientes como para decidirse entusiasmado

por aquel nuevo destino.

No tenía ni idea sobre el mundo árabe y el conflicto palestino-israelí, más allá de lo que había leído en los periódicos y en algún que otro libro. Aun así, fue considerado el candidato ideal.

Aquel joven Julián Fernández estaba lleno de entusiasmo, con un sentido intuitivo e inteligencia suficiente como para manipular a las personas. Sus jefes de Madrid le dijeron que tenía que reclutar a agentes locales y reunir información exclusiva y privilegiada.

La década de los ochenta en Oriente Próximo, en Oriente Medio y en capitales europeas era la época del absurdo. Era el tiempo de las bombas. Disparaban a pleno día contra dignatarios, en los vestíbulos de los hoteles, en el tráfico durante un atasco o frente a un semáforo en rojo.

Los medios de comunicación no sabían a ciencia cierta a quién responsabilizar. A los terroristas se les convertía en héroes. Y pronto surgieron los celos entre las diversas ramas del fundamentalismo islámico. En ocasiones, dentro de un grupo armado, los lugartenientes querían formar su propia red terrorista.

Su jefe de sección era un hombre de unos sesenta años. Había sido militar durante la dictadura de Franco y, posteriormente, ya en la democracia, fue seleccionado como agente de inteligencia en el mundo árabe. En un piso franco en Grecia y en otro en Líbano, instruyó a Julián en los pormenores del oficio.

—Si quieres ver mundo, prueba la diplomacia, pero no seas espía —le dijo en su día con tono enfático y agudo—. Pero si firmas un contrato para trabajar como agente de un organismo de información secreto, debes saber una cosa vital de nuestra profesión.

Aquellas palabras despertaron la atención del joven Julián.

—¿Y cuál es?

—Que no existen los verdaderos secretos. Los obtenemos, los consumimos, incluso los elaboramos. A veces los producimos cambiando alguna cosa que nos interesa por el bien de España e incluso traficamos con ellos para obtener una comunicación primordial con otras agencias de inteligencia extranjeras con el fin de que esta actuación sea recíproca: la colaboración entre espías de países diferentes pero con un único propósito, que el bien prevalezca sobre el mal y que los intereses de cada uno de ellos no se vean perjudicados.

Viajaron juntos por Oriente y Asia. El veterano agente le enseñaba peculiaridades, pormenores e idiosincrasia de cada lugar que visitaban. Pero, con el tiempo, Julián notó que el carácter de su jefe se iba volviendo cada vez más errático e inestable, con súbitos accesos de violencia, hasta incluso quedarse encerrado en su dormitorio durante horas sin salir porque pensaba que alguien le había reconocido en la

calle y le podía delatar como espía; tenía miedo a salir al exterior para no ser detenido y sometido a tortura. Pronto aumentó su fobia y se negó a salir a la calle porque decía que temía los métodos de tortura durante los interrogatorios. En el pasado fue sometido a palizas durante los encarcelamientos en la época de Franco, y en su actual estado aquel recuerdo, que se había quedado guardado en el subconsciente, emergió.

El hombre cayó en depresión. No pudo anticipar el problema. Ni él ni la sede central en Madrid pudo advertirlo a tiempo y evitar un mal mayor. Se había consumido a sí mismo. Acabó siendo su peor peligro. Por entonces el mundo de la inteligencia carecía de apoyo psicológico hacia su personal y todos aquellos años fuera de España, llenos de acción, tensión, angustia y ocultación, acabaron diezmando su psique y devorando su personalidad interior.

Tras un intento de suicido en el piso franco de Atenas, que Julián consiguió evitar a tiempo entrando por la fuerza en el baño y llevándolo a un hospital donde le salvaron la vida, sus superiores lo llamaron de vuelta a Madrid.

A Julián lo nombraron jefe de sección y, a falta de personal cualificado, único agente en la zona. Conforme pasó el tiempo Julián sintió una fascinación más intensa por el mundo árabe. Comenzó a hacerse un experto de los matices culturales y la idiosincrasia de cada país. Viajó en muchas ocasiones a Israel, donde participó en campos de entrenamiento junto a las fuerzas armadas israelíes.

Tenía una identidad falsa. Se pasaba días, semanas e incluso meses sin entablar conversación alguna con nadie en España. Permanecía infiltrado en países de Oriente Próximo recabando información. El anonimato implicaba aislamiento. Cuando la información era importante y necesaria para los intereses de España, solo entonces, la compartía a través de una red de comunicaciones en código en las embajadas, servicios consulares y en las valijas diplomáticas.

Se movía con mucha facilidad, fluidez y discreción en países árabes, entablando amistad con funcionarios, estudiantes y profesores de universidad bajo su perfil de hombre de negocios español.

Los árabes eran gente que convertían elementos cotidianos de la política de sus países en gérmenes idealizados, imbuidos de romance, pero sin importarles absolutamente nada la muerte de sus compatriotas, especialmente ciudadanos inocentes como niños, mujeres y ancianos. En definitiva, motivados por ideales supremacistas por el islam o por elevados sentimientos patrióticos y personales, eran capaces de los extremos más violentos y traidores, como el denunciar a un familiar o traicionar a su gobierno.

Eran tiempos en los que un día urgían a la revolución árabe y otro pregonaban la necesidad de la reconciliación. Un día hablaban de paz

en países musulmanes y otro de castigar a chivos expiatorios y asesinar a políticos traidores que pactaban con los americanos y los países occidentales.

Dentro del desorden había un caos, por ejemplo, con los palestinos de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasir Arafat, que se habían convertido a ojos de Occidente en luchadores fascinantes como objetos de horror, despreciables, canallas y ominosos símbolos de la violencia al mismo tiempo.

Julián sonreía al conocer cómo en España comunicaban al público los acontecimientos en el sur de Asia, Oriente Medio y Oriente Próximo. «La capacidad de manipulación y de crear miedo en la sociedad española es un arma poderosa», pensaba. Las consideraba como meras crónicas sensacionalistas que indirectamente alzaban las hazañas terroristas.

Los corresponsales y sus medios de comunicación de entonces se comportaban de manera tan incompetente y, a veces, con actitudes tan payasescas, que cualquier analista de inteligencia vería imposible la obtención de información veraz entre tanto embrollo. Consideraban que la maldición de los musulmanes en los países árabes era a los propios musulmanes. Argüían que todos tenían un elemento en común: el causante de todos sus males eran Israel y Estados Unidos. Julián supo separar el grano de la paja.

Dejó el piso franco en Atenas, y decidió establecer su base de operaciones en Estambul, desde donde viajaría a distintos países. Además, ¿no había sido en Bizancio, que había ocupado una parte de la actual ciudad turca, donde se había inventado el espionaje y, conforme pasó el tiempo, fue sinónimo de doble juego y engaño? Tanto es así que desde tiempos del sultán Abdul Hamid II, la mitad de la población se dedicaba a espiar a la otra mitad.

Con el transcurso de la historia, Turquía se convirtió en un país intermedio: entre Asia y Europa, entre el socialismo y el capitalismo, con una población tan radicalmente dividida en política que derecha e izquierda acabaron siendo dos culturas separadas.

Había llegado a la conclusión de que los turcos eran los más extraños de todos los musulmanes. A diferencia del resto de los árabes, su estructura mental era distinta: eran muy patriotas. Casi nunca hablaban con los extranjeros y eran tan difíciles en el trato y susceptibles como su idioma. Por tanto, dentro del caos, era Estambul el lugar adecuado para reorganizar y analizar todo su trabajo.

Los búlgaros odiaban a los turcos, los albaneses odian a los búlgaros, los kurdos odiaban a los armenios, los turcos odiaban a los kurdos: en aquella parte del mundo, nadie se fiaba de nadie y se pasaban el tiempo vigilándose unos a otros. Julián se sintió cómodo viviendo allí, donde encontraba calma en el caos. Aquel era el secreto

de la política en esa zona geográfica, en un mundo árabe donde todos trataban de jugársela a los demás y se comportaban como pícaros y oportunistas:

En diversas ocasiones fue víctima de las consecuencias de la *taqiyya,* el uso del engaño deliberado o de la mentira: la doctrina islámica que permite a los musulmanes mentir a los infieles, a los no musulmanes, e incluso faltar a la verdad entre ellos mismos, basándose en las *aleyas* (versículos) del mismo Corán, en las cuales Alá se describe a sí mismo como «el mejor (*makar*)» engañador.

Con el tiempo construyó una infraestructura de reclutas locales en Libia, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Turquía, Siria, Irán y Afganistán. Conseguía informantes potenciales entre estudiantes y funcionarios llenos de odio y rechazo contra el gobierno que estaba en el poder en sus respectivos países.

Cuando identificaba a prometedores colaboradores locales, les ofrecía un pequeño estipendio, y les comunicaba que por reciprocidad debían de informarle sobre la situación concreta en el ámbito social, educativo o profesional en el que se relacionaban a diario. La tapadera de Julián era que trabajaba en una consultoría y para asesorar a sus clientes sobre si invertir o no en ciertos sectores necesitaba información privilegiada.

Sabedor de las noticias de cada país en concreto, probaba a esas personas para evitar que le divulgaran información falsa. Muchos eran indiscretos y otros tantos hacían alusión a noticias que él mismo conocía por sus propios medios. Entonces, todos ellos quedaban descartados de su red de confidentes.

A pesar de elaborar una lista de colaboradores que le pasaban información fiable, él los consideraba a todos ellos como personas exasperadamente indiscretas e incluso, a corto plazo, traidores. Con el paso del tiempo, acabó entendiendo la mentalidad de los árabes: aceptaban sobornos de cualesquiera que se los ofreciera, y no siempre decían la verdad, sino que iban con medias verdades, ya que había que interpretar la información que facilitaban. No solo esto, sino que eran indisciplinados e imprecisos en muchas ocasiones, con tendencia a engañarse incluso a sí mismos, denunciando a sus propios compatriotas, vecinos o familiares.

Alguno incluso se jactaba en la universidad donde estudiaba de estar realizando un «trabajo clandestino» para multinacionales extranjeras y lo que informara podría ser decisivo para que invirtieran o no millones de dólares en el país. Desconocedor de que Julián tenía a otro confidente bajo paga mensual en la universidad, nada más conocerlo, eliminaba al bocazas como contacto y jamás volvía a coincidir con él.

Una vez pasada la prueba de selección, creaba «buzones», lugares

donde comunicarse con ellos. Podía viajar a Egipto haciendo escala por unas horas en Jordania y allí acudir al lugar en concreto o «buzón», donde el colaborador local había debajo información, documentos, fotografías o incluso análisis de inteligencia.

Julián sobrevivió a difíciles pruebas durante el paso de los años en el mundo engañoso de las actividades de inteligencia. Pero lo que resultó ser inevitable fue la ruptura de su matrimonio.

Colegas españoles solían solicitar el retorno tras cumplir un periodo en el extranjero, para mejorar las posibilidades de un ascenso cerca de casa. Julián, no. Él era un caso aparte. Sus conocidos del sector de inteligencia se burlaban de él a sus espaldas llamándole «el George Smiley español».

Se volvió monógamo, tanto por razones de seguridad como de higiene mental. Su satisfacción y bienestar descansaba en la convicción de ser un perfecto espía. Y todo fue fluyendo hacia una constante sucesión de felicitaciones y éxitos en su carrera.

Nunca se sintió cansado o con morriña o con ganas de querer volver a casa. Al contrario, se sentía atraído por el peligro, por la aventura. Si no estaba trabajando durante mucho tiempo en situaciones de verdadero peligro, experimentaba un impulso semejante al que siente una persona al asomarse al vacío por la barandilla de un balcón en un piso alto de un edificio. Necesitaba la adrenalina del peligro.

Él estaba hecho de otra especie, y se encontraba muy satisfecho destinado en Oriente Próximo. Se consideraba a sí mismo el único oficial español de enlace de la estación en la zona para la obtención de información. De este modo, dejó a un lado sus problemas personales, y se recordaba a sí mismo que debía lograr el control de sus emociones y las de los otros, los confidentes locales.

Uno de ellos se llamaba Bassem Azar, de origen palestino pero residente en Líbano. Por entonces era un *playboy* cuyo interés era ganar la mayor cantidad de dinero posible para costearse sus vicios. Las calles de Beirut estaban cubiertas por carteles de políticos, el metálico estribillo de los altavoces transmitiendo propaganda política, y de chivatos, informadores locales y espías extranjeros cuyos ojos se clavaban en uno, vigilándole por donde iba, en restaurantes, cafés, portales y vestíbulos de hoteles.

Julián pensaba que la relación clandestina tenía que iniciarse del modo menos complicado posible. Poseía la habilidad de asumir la conducción de la reunión de modo espontáneo y natural, utilizando tácticas que había aprendido como simples variaciones de postura y de tono.

Cuando el joven Bassem le dijo que su padre había sido policía en la Fuerza de Seguridad Interna, Julián estuvo a punto de decirle que el

suyo también, pero en España. Sin embargo, decidió que no era lo más apropiado. En aquel momento lo que necesitaba era mantener una línea de distancia para sopesar cómo Bassem podía serle útil, no familiaridad, porque en la telaraña de engaño y confusión que forma parte del juego del espionaje había que procurar no enredarse.

Mientras conversaba con el joven, Julián le miraba fijamente a los ojos, él no parpadeaba. Se dijo a sí mismo que, aunque el árabe pudiera venderle aceptando una suma de dinero considerable de un tercero, sabía que podía confiar en él a pesar de las limitaciones. En su profesión el engaño era parte del oficio. Además, tenía que correr riesgos. Si no, ¿cómo se podría obtener información? ¿Qué sentido tenía la labor de espionaje?

El arreglo fue sencillo: Bassem le proporcionaría a Julián información sobre las fuerzas palestinas de Arafat asentadas en el Líbano y en otros lugares, a cambio de una nómina mensual y un pasaporte europeo. Bassem le estrechó la mano, le agradeció el dinero y le dio las buenas tardes en árabe.

Conforme pasaban los meses todo fue según lo acordado. Julián recibía información privilegiada sobre la OLP, la situación en la que se encontraban en Jordania, sobre cómo obtenían armamento de la antigua URSS a través de intermediarios como Muammar al-Gaddafi y sobre los asentamientos palestinos en Líbano.

Pero, al cabo de un tiempo, Julián sospechó una traición. Sus temores resultaron aventurados por una información a través de otra fuente que le llegó al día siguiente. Bassem había comenzado a vender la misma información que proveía a Julián, a un agente de la inteligencia británica. No solo eso, sino que el agente del MI6, al enterarse de que el árabe estaba en contacto con el español, le ofreció más dinero por divulgar a Julián noticias y datos falsos.

Julián citó a Bassem una tarde en el lugar donde se reunían con regularidad. Pero Julián no apareció. El joven Bassem, tras estar esperando cuatro aburridas horas, entendió que le habían cerrado la puerta en la relación.

Por su experiencia, Julián ya conocía que el vínculo con un confidente local árabe era siempre intenso de información recibida de golpe, pero nunca duradero.

Las confidencias, las promesas y la fidelidad de la relación, más temprano que tarde acababan rotas. No había más que mirar al islam desde la muerte de Mahoma. A partir de entonces sus seguidores conspiraban para asesinarse entre ellos y se miraban con odio. Las rivalidades eran tan intensas que ya costaba confiar en alguien para dirigir un partido político islamista o un grupo terrorista. En la política árabe se afligían entre los propios musulmanes y se mataban los unos a los otros. La clave consistía en distinguir entre los

musulmanes y el islam. No todos abogaban por el islam político, no todos eran violentos, misóginos ni fanáticos. Los musulmanes eran tan diversos entre sí como cualquier otro presunto colectivo: judíos, cristianos, mujeres, gays u hombres heterosexuales blancos occidentales. Pero Julián acabó harto de tratar con ellos a pie de calle, porque terminó considerando que en su mayoría eran traidores por naturaleza.

Cuando Julián decidió dejar el mundo árabe y volver a España, trabajó en la sede de Madrid del CESID, dedicado a la captación de futuros prometedores candidatos. Eran finales de los años ochenta y principios de los noventa. España tenía un grave problema con la banda terrorista ETA. El terrorismo nacional era el protagonista: estremecía a la población y dominaba la primera plana de los medios de comunicación.

Él fue considerado un innovador. Prescindiendo de la información señalada en el currículum personal del candidato, creó nuevos sistemas de procedimiento para la evaluación de agentes en potencia. Sospechaba que la gente que se dedicaba al reclutamiento realizaba un trabajo de meros burócratas, siguiendo el típico proceso de admisión administrativo del departamento de recursos humanos de empresas privadas. Y así acababan por ignorar y rehusar a potenciales candidatos. Las medidas se adoptaron inmediatamente y tuvieron excelentes resultados.

A los nuevos candidatos no les daba conferencias ni reuniones en grupo, como tampoco sesiones informativas u orientativas. Lo que hacía era dar lecciones individualizadas impartidas fuera del CESID, ya fuera en un hotel, en apartamentos de los alrededores de Madrid, en una casa de campo, en un gimnasio o en un polideportivo. Eran clases que cubrían habilidades específicas: conducción a alta velocidad, autodefensa, cursillos exprés para detectar seguimientos por parte de otros espías, intercepción de documentos secretos y captación de agentes, entre otras muchas.

En 2002 se creó el Centro Nacional de Inteligencia (CNI) como sucesor del antiguo CESID. Y durante su nueva etapa de cambios, el servicio secreto español comenzó una gran purga, mandando al retiro a los viejos empleados de la antigua escuela de espionaje. Surgieron pedantes jóvenes con títulos universitarios, con caros estudios en el extranjero y ostentando másteres que se posicionaron en el área de recursos humanos. Incluso se hacían llamar «auditores» y «gestores», al hacer criba en la captación de futuros agentes. Y así fue como fueron designando a su gusto y semejanza académica a los nuevos empleados.

Debido a los éxitos que le precedían, el nuevo director de los espías designó a Julián Fernández para la creación de una rama de

inteligencia clandestina para luchar contra el terrorismo islamista. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 cometidos en Estados Unidos, el mundo no volvió a ser el mismo, sobre todo en los países musulmanes, y la atmósfera se hizo más virulenta. Debido a su experiencia en el mundo árabe, Julián se postuló como el mejor candidato para dirigir aquel nuevo proyecto de inteligencia.

Tomando como inspiración a la CIA, bosquejó un nuevo conjunto de normas internas de trabajo y de contravigilancia. Las actividades y el trabajo que realizaban quedarían monitorizadas por un equipo que se encargaría de evitar el espionaje de otras organizaciones de inteligencia extranjeras.

Pero conforme pasaron los años, el nuevo servicio secreto español, como cualquier animal bien alimentado por la burocracia y la administración gubernamental, se convirtió en lo contrario que pretendía durante sus inicios.

En su nómina figuraba un excesivo número de empleados cuyas funciones eran absolutamente innecesarias. En esa grasa protectora en el CNI se encubrían unos y otros para no ser despedidos y considerarse imprescindibles. Este mal fue contagiado a los espías en el extranjero, que se dedicaron a urdir planes, realizar análisis de inteligencia y demás trabajos, que en su mayoría eran de dudosa utilidad y cuyo propósito solo estaba encaminado a mantenerse ocupados ante la burocracia interna de la institución, hasta que les llegara un temprano retiro dorado como funcionarios del Estado.

Con el transcurso de los años, Julián dejó de trabajar en el departamento clandestino del CNI y fue a dirigir una recién creada e innovadora organización de inteligencia secreta que operaba al margen de la sociedad, llamada Cervantes. Estaba financiada con fondos confidenciales de los que no tenían que dar cuenta a nadie y fuera de las manos de los políticos.

Para él esta nueva organización era lo que un salón de baile para Gene Kelly. Había sobrevivido a tantas guerras burocráticas y gozaba de tal abrumadora experiencia que puso todo su conocimiento en Cervantes. Durante el inicio, contratando a empleados, realizando reuniones, comprando equipamiento, se movía con tanta perfección y confianza en su papel de director que, si fallaba un paso, no era él quien cometía un desliz, sino el coreógrafo.

Tras su distinguida carrera en el mundo del espionaje, había adquirido la capacidad de supervivencia que se necesitaba. La tarea principal de Cervantes era hacer el trabajo sucio, eliminar las amenazas antes de que actuaran contra el interés de los ciudadanos españoles y si las cosas salían mal, mantener la boca cerrada.

Realizaba cursos exprés a sus empleados en temas diversos como preparación y elaboración de informes de inteligencia, manejo de

armas, combate en espacios cerrados (CQC) y en guerra urbana, en el manejo de heridos en combates en un entorno táctico prehospitalario (TCCC), en diversas artes marciales como Jeet Kune Do y SCARS, comunicaciones clandestinas, el uso de localizaciones como «buzones» para el intercambio de información secreta —por el que se consideraba Julián un maestro—, técnicas de seguimiento e interrogatorio, reclutamiento y control de informantes, contrainteligencia o cómo operar dentro de una zona urbana.

Para él, los agentes españoles del antiguo CESID y de su sucesor, el CNI, a lo largo de la historia se comportaban, según su propia experiencia, como niños pequeños. No se valían por sí mismos. Su razón de ser, su protección, su supervivencia, su quehacer, sus decisiones, sus movimientos, todo dependía de una única persona: el jefe de sección. Los jefazos habían destruido toda capacidad de propia iniciativa, de autonomía y de carácter independiente que la persona pudiera tener al inicio del proceso de su reclutamiento.

En una ocasión, en el pasado, se lo hizo saber a un directivo del CNI, por qué no innovaban en varios aspectos el centro de inteligencia.

—Vamos, por Dios, Julián. Hay que atenerse a las normas ya establecidas. Es la manera de conseguir una promoción.

Otro le argumentó el siguiente motivo:

—¿De quién te crees que dependemos? Del gobierno de turno. Hay que seguir la senda impuesta por la agenda que nos hacen saber desde Moncloa. Que no sea yo quien te vea descarrilado, Julián. Porque enseguida nadie te invitará a una barbacoa en su casa. Serás un apestado. Escucha, calla y haz lo que se espera de ti.

Y otro fue más allá con sus comentarios:

—¿Has visto la película *Serpico*, protagonizada por Al Pacino? ¿Te acuerdas de cómo acaba? Pues eso. Aunque no necesariamente estés de acuerdo, te aconsejo que hagas lo que se espera de ti. Recuerda el proverbio de fray Tirso de Molina: «El saber obedecer es la más perfecta ciencia». Pero si decides desmarcarte, allá tú, sé consecuente con lo que vendrá después.

Él se prometió a sí mismo cambiar este proceder en Cervantes.

Dividió la organización entre un grupo encargado del contraterrorismo, de recoger información y llevar a cabo operaciones especiales, y otro dedicado a la vigilancia por internet y al análisis de inteligencia.

Las relaciones con sus empleados eran claras y directas. Todos recibían recompensas por sus riesgos. Todos eran conscientes de la importancia del trabajo que desempeñaban. Todos ganaban muchísimo más que un empresario privado e incluso que un ministro.

En sus primas, bonos, vacaciones pagadas y salario mensual, no

había límite. Aunque, eso sí, se les exigía discrecionalidad en sus vidas privadas y abstenerse de la ostentación. Porque las relaciones con sus empleados se basaban en la lealtad, en el riesgo, en la amistad por encima de los peligros en los que se podrían exponer.

El ser empleado en el Cervantes estaba enteramente ligado al sentimiento de responsabilidad en trabajar para salvaguardar la vida de inocentes, más allá de unos servicios por un precio convenido.

Por fin, Varun dio con Bassem Azar. Mediante intrincados medios de contacto en el submundo de internet, le solicitó una reunión en Beirut. Cuando estuvieron confirmadas la fecha y la hora, Julián le ordenó viajar con él al Líbano.

Era el regreso de «el George Smiley español», y su lema sobre el trabajo de espionaje: «Solo hay una ley moral, la que se justifica por los resultados».

Pero ¿y si le estuviera esperando otro Bassem Azar diferente de aquel que en el pasado conoció? ¿Y si hubiera dejado la careta de *playboy* y fuera una persona completamente distinta con objetivos que entrañaban peligro?

28

Llegaron exhaustos al hotel de Beirut.

Tras formalizar el registro en la recepción cruzaron el vestíbulo y entraron en el ascensor. En el momento en el que Julián pulsaba el botón a la cuarta planta, una mujer llamativa, con un traje ajustado, el cabello suelto y rostro oliváceo se introdujo en el mismo instante que las puertas se iban a cerrar.

—*Thank you* —dijo ella, pulsando un número inferior al ya iluminado.

Varun estudió descaradamente a la mujer. El costoso perfume les envolvió. Julián le dio un codazo.

El ascensor se abrió y la mujer salió contoneándose por el pasillo. Los dos miraron su figura hasta que las puertas se volvieron a cerrar. Varun respiró hondo y exhaló el aire lentamente.

—Ojo, chaval —espetó Julián—. Que no se te pase nada por la cabeza que no sea trabajo. Y mantente alerta de los *honey trap*. Las mujeres atractivas para atrapar y obtener información de alguien es tan viejo en la historia del espionaje como el botijo de barro cocido.

Julián dejó la maleta en su habitación, se duchó y, con la toalla alrededor de la cintura, se contempló en el espejo. Había engordado. Su cuerpo ya no tenía ese aspecto de haber pasado horas haciendo ejercicio. No era el mismo que había estado en aquella ciudad hacía décadas. Se inclinó hacia delante para observar su cabeza. Encima, estaba calvo por la coronilla, aunque con el cabello mojado la calvicie era más prominente.

La reunión estaba programada en el paseo marítimo de la Corniche.

Varun, acomodado en su habitación, desde su ordenador monitorizaba el encuentro a través de un satélite que estaba por la zona. Detectó el perfil de varios sospechosos que le seguían y así informó a Julián, que no le dio importancia.

—Es excéntrico.

—¿Así lo llamas tú? ¿Y si deciden matarte? ¿O secuestrarte?

—¿Para qué?

—Pues no sé… Pedir un rescate, sacarte información secreta bajo tortura. Las posibilidades creo que son muchas.

—Tonterías.

Julián caminó por las calles del barrio más popular entre turistas, percibiendo las miradas inquisitivas de quienes le observaban. Como pasaba en muchos países musulmanes, en Beirut vivían según la mentira permisible, aquello que llamaban como el código de la *taqiyya*.

Detrás de una persona de apariencia sencilla podía haber un poder adquisitivo enorme, e incluso pertenecer a una organización terrorista. Igual que las viviendas. La más sencilla de las fachadas o el apartamento más propio de inquilinos de clase media podía albergar millonarios. En rigor, la mayoría parecían sinceros acerca de una sola cosa: la mentira.

Al llegar a la cafetería Matrik, tomó asiento y esperó. Trató de imaginar qué estaría haciendo Laura García en aquellos momentos. ¿Cómo actuaría ella si estuviera en su lugar? ¿Qué haría si cayera en una trampa? ¿Qué emociones dejaría traslucir frente al contacto local? Julián no podía evitar admitir que se encontraba algo nervioso.

Julián rara vez exteriorizaba sus sentimientos. Era un hombre que se preciaba en mantener la compostura. Pero después de tantos años sin trabajar como operativo de campo, sentía los nervios de un principiante. Sintió correr por los costados de su cuerpo el sudor de las axilas. «Mierda», se dijo. Había sobrevivido muchos años en el mundo del espionaje y sin embargo ahora la espera de unos minutos se le hacía una eternidad y le producía inquietud.

El equipo de personas dando cobertura a Bassem parecía no disimular mucho su presencia, más bien parecían intimidar a la gente que caminaba por allí cerca para que cambiaran de ruta. Un hombre con un rifle en ristre estaba apoyado en un muro de una tienda de calzado, otro en el ático de un edificio de enfrente, otro en una esquina cercana. Había una furgoneta con los cristales oscuros. Varun vio en su pantalla las figuras verdes de cuatro hombres en el interior del vehículo.

—Todo sigue según lo previsto —escuchó Julián a Varun por su pinganillo—. Saben que has llegado. Ahora es cuestión de esperar.

Una pareja de policías de la ISF, la Fuerza de Seguridad Interna de Beirut, caminaba por la acera en su dirección.

—Mierda. Mierda —murmuró, dejándose oír a través del pinganillo.

—Tranquilo, jefe —dijo Varun monitorizando la escena desde su portátil—. Ellos no parece que sepan quién eres. Y si llegaran a acercarse a ti, los de Bassem los echarían a patadas.

Julián se mordió el labio. Sujetó un vaso vacío que había en la mesa, rodeándolo con su mano para mostrar naturalidad, y lo mantuvo en el aire, intentando evitar que no se le notara lo nervioso que estaba. Sentía las pulsaciones de su muñeca mientras sostenía el

vaso. El corazón le latía con violencia.

Si le preguntaran, él tenía ya estudiado su papel de hombre de negocios: había viajado a Beirut para firmar un contrato con su proveedor local. Podrían llamar al productor de cereales libanés para comprobar lo que les habría dicho y ya prevenidos en Cervantes, contestarían en perfecto árabe con acento libanés confirmando su coartada.

Uno de los oficiales sacó su móvil y comenzó a teclear.

«Ya está, me han reconocido. Detención y tortura. Soy un hombre muerto». Pero se equivocaba. La pareja de hombres armados pasó de largo. Uno de ellos llamó la atención a gritos al conductor de una moto que había aparcado en medio de la acera contraria para descargar mercancía que llevaba dentro de una caja de plástico verde atada con cuerdas a la parte trasera.

De repente, un hombre se acercó a Julián y le dijo algo al oído. Vestía chaqueta de cuero, camisa de algodón abierta hasta mitad del pecho y pantalón vaquero desgastado. Mientras hablaba recorría la vista del mar, permaneciendo atento a cualquier movimiento inusual.

—Vengo de parte de Bassem —susurró, palpando un objeto abultado dentro de la chaqueta—. Tiene que seguirme.

Los dos comenzaron a caminar lentamente calle arriba.

Salieron del paseo marítimo de la Corniche y se adentraron por una serie de calles intricadas.

Entraron en una cafetería sumida en la penumbra. Los clientes árabes que estaban sentados parecían de otro tiempo.

—Siéntese ahí —le ordenó, indicándole una mesa apartada en un rincón.

Cuando se quedó solo, Julián observó el extraño lugar, sucio, viejo, antiguo, lleno de humo de tabaco.

Desde otra mesa apartada, Bassem entrecerró los ojos y miró detenidamente a Julián. Estaba sentado en un rincón más apartado fumando tabaco en un narguile. Era un hombre robusto, de cara redonda y perilla bien cuidada. Después de chupar con fuerza de la humeante pipa, se quitó el tubo de los labios, se puso de pie y se encaminó a saludar al visitante.

—Julián.

—Bassem.

Ambos se besaron en las dos mejillas. Julián sonrió al tiempo que observaba a Bassem. Encontró algo enigmático en su movimiento corporal, como si actuara desde atrás de una máscara. Por su parte, el árabe le mantenía la mirada de reojo.

La conversación se desarrolló mediante indirectas, como en el pasado. Ambos hombres se tanteaban. Se comportaban como si estuvieran jugando al gato y al ratón, solo que los dos se consideraban

gatos.

Bassem era un tipo que cuando se sentía más cerca del poder, más hablador se volvía. Le entusiasmaba la idea de volver a reunirse después de tantos años con Julián Fernández. Aunque desconfiara de él, le consideraba un libro andante en materia de espionaje.

—Sentémonos en la terraza.

Aunque el sol calentaba, había una agradable brisa que soplaba del Mediterráneo.

—Hace ya muchos años que no pisas el Líbano.

Julián percibió que el palestino aún mantenía su limitado repertorio de expresiones faciales. Cuando algo le llamaba la atención o no le complacía, solía entornar los párpados instintivamente.

—Unos cuantos.

—Ahora el escenario lo dominamos nosotros.

—Ya veo.

—En Israel están todos los personajes de la tragicomedia.

—¿Tragicomedia?

—Bueno, del drama. Mientras, nosotros permanecemos fuera.

Julián lo miró con expresión de curiosidad.

—No estoy seguro de seguirte. Los ciudadanos gazíes están sufriendo allí.

—Es una de las razones por las que estamos fuera.

—¿Puedes ser más específico?

—Prefiero que me odien como asesino, no como víctima.

—Ah, claro que sí. Muy prudente por tu parte. Hacia las víctimas la gente siente algo más que el desprecio hacia los asesinos. No quieren saber nada de ellas. Pero el asesino se enriquece a costa de financiaciones por parte de países extranjeros afines…

Bassem levantó una mano interrumpiéndole.

—Recuerda cuando el Profeta le preguntó a un beduino: «¿Por qué no atas tu camello?», y este respondió: «¡Pongo mi confianza en Alá!». El Profeta le dijo: «Ata tu camello, luego pon tu confianza en Alá». Prudencia, querido Julián. Así es. Prudencia. Debemos evitar a los israelíes y a los traidores de la Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania. Toda fuerza y habilidad nos proviene de Alá, y es finalmente su favor lo que determinará nuestro éxito.

—Recuerda la creencia en Al Qadr, el decreto divino. Debes saber que lo que tenga que ocurrir ocurrirá, sin poder ser evitado, a pesar de tus esfuerzos para que suceda lo contrario.

Bassem sonrió ante la ocurrencia.

Mientras hablaban sobre cuestiones de política actual y de la sociedad, Julián se sorprendió del paso del tiempo y los cambios que conllevaban. La voz de Bassem ahora era más grave, su mirada más endurecida, sus gestos y movimientos más pausados. «La experiencia

con la muerte», pensó. Se había despojado de aquella imagen de *playboy* de la que se ufanaba siendo joven y había abrazado la identidad de líder terrorista siendo un hombre maduro. Ahora estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para asesinar y atentar contra los infieles, y si fueran israelíes, mucho mejor. Aquel joven que conoció hubiera encontrado más natural tirarse por un puente que citar el Corán o al Profeta. Pero como Julián se había dado cuenta, los tiempos habían cambiado.

—¿Cómo es posible? —preguntó Julián ante los comentarios que le presentaba un locuaz Bassem sobre la situación en Oriente Próximo.

—Países árabes como Egipto y Jordania no nos quieren conceder una patria a nosotros, los palestinos. Por eso luchamos contra esa hostilidad además de alimentar la lucha en Palestina.

Julián miró distraídamente el mar. Se recostó en la silla de mimbre. Decidió que era momento de ir al grano.

—Me gustaría exponerte el motivo de este encuentro.

Bassem frunció ligeramente el ceño.

—Creía que era una visita de viejos amigos… Una cortesía —comentó con un tono irónico—. En fin, ¿de qué se trata?

—Busco a una persona que se hace llamar Alacrán.

Bassem miró a Julián, tan pausado y cuidadoso que parecía estar escrutándolo.

—No sé quién es, pero haré mis averiguaciones.

Julián le miró incrédulo.

—¿No sabes quién es? Vamos, Bassem. Según tenemos entendido, esa persona mandó a un terrorista a atacar en España. Fue neutralizado antes de cometer su objetivo. Creemos que Alacrán está bajo tu mando.

—¿Por quién fue *neutralizado*? ¿Por ti?

Julián no quiso incidir en el tema y evitó responder sobre la autoría.

—Te has convertido en una persona influyente. Me he fijado en el despliegue de personas armadas que me han estado siguiendo por la calle. Tienes tu influencia, tu poder. Esto infunde respeto, sobre todo en el crisol de grupos armados que hay últimamente.

—Beirut se ha convertido en un avispero. Hay agentes rusos, iraquíes, sirios, egipcios…, todos jugando al gato y al ratón, como nosotros. —Rio—. Luego están los políticos libaneses que manejan los hilos tras bambalinas. Y luego está Hizbulá y sus amigos iraníes que les mantienen en nómina.

—Y luego estás tú.

Él soltó una maldición en árabe entre dientes. Su semblante había cambiado. Julián hizo como si no lo hubiese oído.

Bassem extrajo una pistola que llevaba en una funda bajo el sobaco

y la dejó sobre la mesa.

—Y luego está mi grupo —señaló el arma—. Quiero que veas que contigo soy absolutamente sincero. Como muestra de nuestra relación pasada quiero que hablemos sin temor. ¿Has viajado desde España para conocer el paradero de ese tal Alacrán? Debe de ser muy importante para ti.

—Así es. Contamos con información que indica que Alacrán está en Líbano o tiene una base aquí donde opera enviando lobos solitarios a Europa.

—¿Por qué iba a ayudarte?

—¿Por dinero? Estoy abierto a negociar un precio.

Un anciano llegó con una bandeja y dos vasos de té. Los puso en la mesa. Luego, de otra mesa vecina cogió un tarro de azúcar y lo dejó frente a ellos. Cuando se marchó, Bassem habló tras un instante, prolongando adrede la intranquilidad de Julián.

—Los de Hizbulá no son tan estúpidos como parecen. Debes de extremar tus movimientos por la ciudad. Un veterano de inteligencia andando por estas calles se convierte en un blanco muy apetitoso para gente sin escrúpulos. Luego pueden chantajear al gobierno de un país extranjero mostrándolo al mundo entero torturado y humillado a través de las redes sociales. El mundo ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos, querido Julián. Pero conmigo estás seguro, lo que no sé es hasta cuándo voy a seguir dándote protección.

—Entonces, ¿tú puedes darme alguna información sobre Alacrán?

Antes de contestar, metió los dedos en el tarro y sacó cuatro terrones de azúcar, y los dejó caer sobre el líquido de color amarillo oscuro y ligeramente turbio del vaso.

—Le mandaré un mensaje a ese gordo indio que te has traído con el equipaje —asintió él con una pequeña sonrisa—. Le daré la dirección del lugar de nuestra próxima reunión. Mañana tendrás lo que has venido a buscar. Ahora bebamos el té.

29

Shahib Kapoor, de nacionalidad india, era la persona perfecta para llevar a cabo el atentado. Así lo consideraron los hombres de Bassem que llevaban vigilando el hotel InterContinental Phoenicia Beirut. ¿Quién iba a prestar atención a aquel hombrecillo insignificante?

El indio era un hombre de negocios que había permanecido en la ciudad una semana entera, negociando la venta de joyas a una agencia de importación de productos de lujo para el mercado árabe.

Un directivo del hotel le ofreció para el último día de su estancia la visita guiada sin costo alguno a la ciudad. Él lo sopesó y aceptó la invitación, aunque no tenía ninguna gana de hacer turismo sino de volver cuanto antes a la India, ya que, siendo vegetariano declarado, aborrecía la comida local libanesa y lo pasaba mal cuando se encontraba fuera de casa. Lo cierto es que no le gustaba nada el Líbano. Los empresarios con los que trataba eran descorteses, molestos y quisquillosos. Además, dentro de las mismas compañías valoraban a los empleados que pedían comisiones extraoficiales para la ejecución efectiva de los pedidos.

El guía libanés con su lista de nombres esperaba en el vestíbulo. Vio a Shahib pulcramente vestido. Le indicó el minibús aparcado frente al pórtico.

Al franquear la puerta principal del hotel, el comerciante indio sintió de nuevo una sensación de angustia al oler el aire, como siempre experimentaba desde su llegada. Era un aroma denso en el ambiente que él consideraba a carne quemada, pero que no se debía sino a los gases de los vehículos. Cuando terminaron de subir ocho turistas italianos y dos alemanes, se pusieron en marcha.

Tras visitar varios lugares pintorescos de la ciudad, llegaron a una mezquita. El grupo subió las escaleras mientras atendían la disertación del oficioso guía. Los ruidosos turistas no dejaban de grabar vídeos con sus teléfonos móviles, tomar selfis y hacer fotos por doquier.

Se descalzaron en la entrada y una vez dentro del santuario escucharon al fondo a un mulá: «*Allahu akhbar. Ashhadu anna la ilaha illa-Llah* —Atestiguo que no hay más dios que Alá—». Los turistas se quedaron pegados a la pared sin dejar de usar sus móviles: para ellos se trataba de una simple curiosidad, otra pintoresca atracción turística.

La afluente congregación, en cuclillas sobre el alfombrado suelo, murmuró la respuesta: «*Ashhadu anna Muhammadan rasulu-Llah* —Atestiguo que Mahoma es el profeta de Alá—».

Entre los hombres arrodillados, Bassem Azar levantó la cabeza y de soslayo cruzó su mirada con la del guía.

Mientras los turistas seguían observando el ruidoso intercambio de palabras en árabe, el guía fue a una habitación anexa y salió sosteniendo una pesada caja de cartón.

En el momento en el que el mulá recitaba la *fatihah*, el guía avisó con un gesto a todos de que salieran del santuario, indicando con el dedo su reloj de muñeca en señal de que había que apremiarse.

Una vez fuera, mientras todos se calzaban de nuevo, repartió el contenido de la caja a cada uno de ellos. Era una bolsa de tela llena de folletos turísticos y catálogos editados por el gobierno.

Se aproximó a Shahib, le entregó una bolsa algo más pesada y, susurrándole al oído, le dijo que contenía un estuche con dos copas de cobre en acero inoxidable martillado y una tetera, ideal para servir el té. Al recibirla, el indio se sorprendió del peso.

—Solo quedaba una —le informó el libio en tono conspiranoico—. Es una promoción que hizo el Ministerio de Turismo. Como tú eres la única persona de tu país, te la quedas. Pero ábrela solo cuando llegues al hotel, no ahora. No quiero que los alemanes o los italianos se enteren y se molesten por no haber tenido este detalle con ellos. Póntela en bandolera sobre los hombros y no la sueltes ni un instante.

El indio sonrió y asintió complacido pensando que los libaneses en realidad no eran tan desagradables como pensaba. Pero para el guía la India no era más que un grano en el culo de Asia, y aquel hombrecillo de negocios no era más que la combinación de arrogancia y servilismo que caracterizaba a los indios, que se consideraban de castas superiores cuando viajaban al extranjero.

Dentro de la mezquita, Bassem se irguió estando de rodillas y miró la pantalla de su teléfono móvil. En tiempo real, uno de sus hombres grababa desde la calle a Julián Fernández aproximándose a la cafetería donde previamente le había citado a través de los canales de comunicación que empleaba Varun. «Busca a Alacrán —se dijo a sí mismo—. Pues tendrá a Alacrán».

El autobús se puso en marcha, pero, al cabo de unos minutos de circulación, el guía hizo un gesto al conductor indicando dónde tenía que aparcar.

—Necesito hacer uso del baño —anunció a los pasajeros en voz alta.

Él y el conductor salieron del autobús dejando las puertas cerradas y alejándose con prisas cada uno por un lado. Desde su asiento, Shahib vio al guía correr de forma patosa y sonrió, movió la cabeza de

un lado a otro ante la poca profesionalidad e informalidad de los libaneses. «Efectivamente —pensó—, esta gente es muy poco profesional y muy rara».

Desde el interior de la mezquita, Bassem vio de nuevo a Julián, esta vez sentado en la cafetería. Sonrió. Entonces, accionó un botón en la pantalla de su móvil. Acto seguido se inclinó hacia delante, tocando la frente contra el suelo y aceleró susurrando la oración: «*Allahu akhbar*. *Ashhadu anna la ilaha illa-Llah* —Atestiguo que no hay más dios que Alá—» con la ferviente creencia de que el nombre de su Dios era más poderoso al pronunciarlo con rapidez.

30

Varun corrió a avisar a Julián. No llegó a tiempo. La bomba detonada por control remoto explotó.

Cuando sonó la explosión en el lugar de encuentro de Julián y Bassem, el súbito fogonazo seguido de una terrible fuerza rompió los cristales de los edificios adyacentes. Hizo volar las ventanas hacia adentro llevándose consigo sillas y mesas hasta las paredes opuestas.

Reinó el caos. Los fragmentos de cristal y el humo denso parecían volar por la atmósfera a cámara lenta.

Varun se sentó en la acera y recitó una oración hindú. El zumbido en sus oídos subsistió creando una atmósfera de silencio audible y relajante. La gente había invadido la calle. El correteo y los gritos de las personas lo despertaron del estado de aturdimiento. Lanzó una mirada hacia quienes gritaban pidiendo ayuda.

—*Ya'Allah*. Dios mío —gritó una señora con las manos en la cabeza viendo la nube gris que se elevaba al cielo.

Entonces, Varun se levantó. Su primer impulso fue salir disparado hacia el lugar del suceso y encontrar el cuerpo de Julián.

Muchos de los supervivientes se hallaban demasiado aturdidos para moverse. Algunos se levantaban gimiendo y pidiendo ayuda.

Varias personas que en el pasado habían experimentado este tipo de suceso, corrieron a socorrer a las víctimas, abriéndose paso con agilidad entre los escombros.

Al llegar, Varun vio el edificio derruido donde estaba la cafetería. La posibilidad de encontrar el cuerpo del director del Cervantes era mínima. Sintió un intenso escalofrío. Permaneció temblando ante aquel dantesco espectáculo. Era como si a la construcción le hubieran arrancado la carne y solo hubieran dejado el esqueleto. Pronto la muchedumbre invadió el lugar buscando heridos y las ambulancias llegaron.

Varun se dio la vuelta y deambuló por las calles hasta regresar a la habitación del hotel.

Durante los siguientes minutos, estuvo tamizando información, analizándola, estudiándola, buscando elementos en común en la cadena de operaciones terroristas que le ayudaran a resolver la actuación de Bassem. Estaba tan absorto que no era consciente del peligro en el que se encontraba.

Ellos tenían un término que llamaban *taqiyya*, que Julián le había explicado, la práctica del ocultamiento y el engaño. ¿Habría traicionado Bassem a Julián? Entonces se le puso la piel de gallina, dejó de tocar el teclado de su ordenador. Con el corazón acelerado se dio cuenta de que ellos conocerían que él se encontraba en el hotel. ¿Y si fueran a por él también? Rápidamente comenzó a recoger sus pertenencias y empacar.

PARTE CUATRO

UN RESCATE INMINENTE

31

Era viernes por la noche en Madrid. Laura García había terminado de ver tumbada en el sofá, *Sabrina* de Billy Wilder. Estaba pensando en programar el fin de semana. Se sirvió una copa de vino blanco, después de beberse media botella, encendió su equipo de música. Con el mando seleccionó la canción *La camisa negra* de Juanes. Subió el volumen y se puso a bailar y a cantar por su apartamento.

A pesar de su pretendida actitud de creerse que se encontraba bien y que había dado un correcto paso hacia adelante en su vida, lo cierto es que pasaba unos días en los que no podía dejar de reflexionar acerca de su vida profesional y personal.

Pensó en Lior Allon, en sus consoladores brazos, en su sonrisa, en sus ojos, en el final tan trágico que tuvo. Sentía un vacío desgarrador en el corazón cada vez que recordaba a su amante israelí, más grande y doloroso del que había sentido jamás. Y era consciente de que cuanto más vueltas le daba a su pérdida, más aflicción padecía. Aun así, lo hacía.

Y lo concebía para reafirmarse en el convencimiento de que, con la dedicación implacable que se imponía a sí misma en su profesión, era solo un cliché creer que en su vida personal pudiera gozar de la presencia constante de un hombre. La muerte de Lior había constatado su peculiar sentido del fatalismo en asuntos del corazón.

Intentaba convencerse de que todavía tenía un propósito en la vida, un objetivo. Tenía ofertas de trabajo en importantes empresas privadas extranjeras. En concreto, una compañía privada de inteligencia corporativa le había propuesto ocupar el cargo de directiva.

Se especializaba en soluciones personalizadas para litigios complejos alrededor del mundo y desafíos comerciales con oficinas en distintas capitales europeas y en países árabes. Sus clientes eran multinacionales, gente de la industria de Hollywood, magnates y, también, bufetes de abogados. Ella trabajaría en la sede ubicada en San Diego, California.

La invitaron a viajar a los Estados Unidos con todos los gastos pagados. Durante su estancia de una semana en California, se reunió con los fundadores de la empresa de origen israelí y con un grupo de ejecutivos que le pusieron sobre la mesa la propuesta. Ella se

encargaría de investigaciones meticulosas y obtención de inteligencia que sería utilizada en disputas legales tanto dentro como fuera de los tribunales.

Sería la jefa de operaciones y tendría a su mando a una serie de empleados encargados de obtener información por medios que bordearían la ilegalidad, y en muchos casos la infringirían, utilizarían ardides elaborados, como empresas pantalla, agentes haciéndose pasar por ejecutivos, y un largo etcétera para desenterrar secretos y extraer información. No sería cuestión de lo que estaba bien o estaba mal. No se trataba de inocencias o culpabilidades, sino de lo que ella sabía hacer mejor que nadie y de lo que le gustaba hacer.

Laura prometió pensar la oferta. Económicamente era muy atractiva, pero la intranquilidad que le producía abandonar España agitaba su sueño. Necesitaba tiempo para meditar su decisión y contemplar su mundo con llana y fría claridad. El hecho de haber dejado Cervantes con todo lo que representaba para ella, la impelía a pensar con objetividad cuál era su mejor decisión.

Durante su tiempo en Cervantes había viajado a muchos países y ciudades, siempre en movimiento. Para ella, esa frenética actividad representaba no solo liberarse de los moldes sociales, de las estructuras de la vida cotidiana o de sus estrecheces, sino también no estar atada a los convencionalismos de una mujer de su edad, el sentirse ligera de responsabilidades y obligaciones familiares.

Y ahora, ¿quería cambiarlo todo de repente? Se preguntaba si en verdad no se estaba perdiendo por completo la vida auténtica: las preocupaciones de llevar a niños a la guardería, lavar la ropa, ir al supermercado por la necesidad de llenar la despensa y el frigorífico, y todo ello que implicara actividades por imperativos de madre y esposa.

Hizo memoria de la reunión en un *pub* a modo de despedida con Tom, Fabián, Óscar y Varun: resultó más emotiva de lo que ella pensaba. El consumo de alcohol ayudó a que sus sentidos se relajaran y no pudiera evitar soltar unas lágrimas delante de sus compañeros.

Cada uno le hizo un regalo: dos voluminosos libros de ensayos de historia contemporánea y un CD recopilatorio de música *jazz*. Por su parte, el informático indio optó por ser más original; se subió al escenario y acompañado de la pequeña banda local, le cantó *L-O-V-E*, de Nat King Cole.

Confusa como estaba, en medio de aquellos días de desasosiego recibió la llamada de Varun Grover desde Líbano.

Tom estaba ingresado en una clínica de rehabilitación. Fabián y Óscar se encontraban ilocalizables porque estaban en Hungría, realizando un intensivo curso de entrenamiento. Por lo tanto no había vacilado en llamarle a ella. Le explicó la situación.

Al día siguiente, Laura García se presentó en el piso franco en el que el informático indio se había escondido.

Era amplio y luminoso. Tenía una decoración hortera. Espejos grandes con marcos dorados. Los sofás estaban recubiertos con tela de color púrpura y amarillo mostaza, además de estar mullidos. En medio había una mesa de café larga laqueada con manchas negras. Un tapiz barato, hecho a máquina, que deletreaba el nombre de Alá en caracteres árabes, colgaba de una pared. En un rincón había un narguile como parte de la decoración, ya que no parecía haber sido utilizado desde hacía tiempo.

—¿A qué grupo pertenecía el tal Bassem?

—Se autoproclamaba el jefe de la milicia armada Unidad Musharraf.

Ella soltó un bufido.

—¿En serio, Varun? —protestó con tono admonitorio—. Eso no existe.

—Oficialmente, no.

—¿Entonces?

Varun se frotó los ojos. Estaba cansado de no dormir. Tan solo había conseguido echar una cabezada.

—Trabaja para grupos armados como Hamás e Hizbulá, también en Pakistán atentando en la frontera con la India, y se dedica a dar formación a lobos solitarios para atentar en Europa.

—Vaya, que se ha vuelto capitalista y ha abierto una empresa de servicios.

—Pero el atentado lo ha reivindicado la decimoquinta unidad mártir.

—Es que ellos creen que, anunciando que son la decimoquinta unidad, la gente supondrá que hay otras tantas y que, si esta es eliminada, surgirá la decimosexta

—¿De verdad?

—Pues así es. Por algo se están haciendo expertos en guerra psicológica.

—Tienen a los medios de comunicación de su parte, que les blanquean de manera descarada. Así es como las noticias sobre los conflictos en Oriente Próximo acaban llegando al público occidental, sesgadas, manipuladas. Y mientras tanto, los árabes piensan que el resto del mundo es estúpido y que traga con todo.

Laura se quedó reflexionando.

—Se me ocurre otra cosa

—Adelante.

—La conclusión a la que llego es que Bassem y Alacrán están creando una red en Europa con la intención de atentar de manera coordinada.

El informático asintió.
—Eso ya lo pensé, Laura. Le dije a Julián que no era de fiar.
Los dos se quedaron sentados en silencio, analizando los acontecimientos.
—No son dignos de confianza los antiguos informadores locales. En un comienzo la relación fluye como el radiante optimismo corriendo por las venas y la información confidencial llega como el agua de un torrente. Estas mismas palabras me las dijo Julián. Pero durante el tiempo han podido cambiar de bando, de carácter, de personalidad…
—Fue demasiado peligroso. Creo que él era consciente.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Laura.
—Que supo del peligro al que se exponía, pero lo vio como una forma de dejarse llevar.
—¿Dejarse llevar?
Varun sintió la garganta reseca. Bebió agua directamente de una botella de plástico.
—Tras tu marcha de Cervantes, a él lo he visto cambiado.
—Eh, no nos desviemos, por favor. Ahora no es el momento de estar hablando de esto. Ahora estoy aquí. Dime, ¿qué información tienes de ese Bassem que nos pueda ser útil?
—Ese Alacrán y Bassem comparten una serie de características tras los últimos atentados con bombas en Europa. Han sido meticulosamente planeados. Realizados de manera profesional: no dejaban huellas, nada de árabes huyendo de la escena tras abandonar una mochila, no había nada identificable.
—He repasado antiguos expedientes cotejados con informes actuales. Eran ataques terroristas reivindicados desde Líbano, pocos minutos después de producirse las explosiones.
—Doy por supuesto que ya has contactado con David Ribas.
Varun miró la hora en la pantalla de su teléfono móvil.
—Salió hace unas horas de Bombay. Está de camino.
Laura estaba pensativa.
—Denota profesionalidad el grupo de Bassem. Sobre todo, con el anterior intento de atentar en España en las instalaciones del CNI.
—¿Crees que al haber sido frustrado han tomado represalias? ¿Que todo esto ha sido una trampa previamente planeada?
—No hay que descartarlo —respondió ella.
—Lo que nos quiere decir que los terroristas que mandan a Europa a atentar están siendo instruidos por una persona conocedora de los entresijos del espionaje internacional.
—Por una persona con experiencia con los servicios de inteligencia extranjeros como es Bassem, que sabe cómo enseñar a ocultar el rastro. Un hombre capaz de atentar e interponer capas de elementos intermedios entre él y los resultados de sus actividades.

—Él ha enseñado a Alacrán y este instruye a terroristas.

—Primero tenemos que centrarnos en la búsqueda de Julián, lo que nos llevará a Bassem. Luego nos ocuparemos del tal Alacrán.

Varun se levantó y fue a sentarse frente a su ordenador portátil.

—Nuestros amigos israelíes me han facilitado cierta información. Como sabes, la seguridad de Israel es la religión secular de la nación, y sus agentes de inteligencia están considerados como los sumos sacerdotes. Fue a ellos a quienes informé de lo sucedido. Según sus contactos de aquí en el Líbano me confirmaron a las pocas horas que Julián no se encontraba entre los fallecidos y que, por lo tanto, lo más plausible era que hubiera sido secuestrado. Me dieron estas imágenes que consiguieron agentes locales de los israelíes minutos antes de la explosión.

En las fotografías aparecía Bassem entablando conversación con alguien en la mezquita, un hombre más joven.

—El más joven debe de ser Alacrán —comentó Laura, estudiando las imágenes.

—Sin embargo, lo he cotejado en nuestra base de datos y es solo un crío, estudiante universitario. Bassem lo estará reclutando o simplemente el chico habrá pedido entablar conversación él, justo cuando fue fotografiado.

Bassem era alto y delgado. Llevaba pantalones vaqueros holgados, camisa desabrochada. El otro parecía una estrella de cine asiático, pero al mismo tiempo revelaba impaciencia e inteligencia.

—¿Y para qué querrían secuestrar a Julián? ¿Querría castigar a Julián por haberle dejado tirado en su día?

—Quizá Bassem busca vengarse por la humillación de no conseguir atentar en España.

—Lo iremos averiguando.

Varun levantó la cabeza y preguntó mirando a Laura:

—¿Por dónde empezamos?

—Yo te lo voy a decir. Contacta con un tal Louis de origen argelino que trabaja en la embajada de Francia aquí en Beirut.

32

David Ribas viajaba con pasaporte español falso a nombre de Juan Domingo Reyes. Sentado en el avión con destino a Omán, estaba ensimismado rememorando los acontecimientos pasados durante su etapa con Julián Fernández. Luego enlazaría con un vuelo a Turquía. Al llegar a Estambul, cogería un vuelo interior a Adana y de ahí otro con destino final al Aeropuerto Internacional Rafic Hariri de Beirut.

Le gustaba recordar los tiempos en los que había vivido en España, cómo había sido reclutado en la organización clandestina que fundó Julián Fernández dentro de CNI, años antes de que creara Cervantes. La razón era que le mantenía consciente de que una vez había llevado otra clase de vida.

Sonrió para sí mismo mientras miraba el cielo por la ventana. La voz de Julián le vino a la memoria como si hubiera sido pronunciada en aquel mismo momento.

—Vamos a ver, David. Te voy a contar un pequeño secreto. Si sabes que hay alguien que quiere matarte y está dispuesto a hacerlo, ¿tú qué harías?

—Me adelantaría matándolo primero.

—No, hombre. Piensa.

—Sí, iría a matarlo yo primero para impedir que él acabase conmigo.

—David, si él quiere matarte, contrataría a una tercera persona para hacerle el trabajo.

—Esa es la respuesta a tu pregunta trampa.

—Eres cabezón. La respuesta a mi pregunta sería infiltrarte. Adentrándote en su círculo vas conociendo personalmente a su equipo, sabes a dónde van, qué hacen, con quién se reúnen, de qué hablan, y poco a poco llegarías a conocer al asesino al que esa persona ordenaría matarte.

David asintió.

—Entendido.

—Entendido, no. Tienes que estar atento. Hay gente por las calles que son enemigos nuestros, que andan pensando en hacer daño a gente inocente. Tú tienes que tener la capacidad necesaria para que, cuando veas sombras proyectadas en la pared, sepas enseguida si las proyecta un gigante o un enano. Tienes que anticiparte a sus acciones.

Es como el hombre de campo que mira al cielo y sabe si lloverá o no. Tú solo alzas la mirada y ves nubes, pero esa persona se basa en su experiencia y en otros aspectos que tú pasas por alto. Como el tipo de viento que hace, el tiempo que hizo del día anterior, la fecha del año en que se encuentra, y después hace su valoración. —Hizo una pausa y añadió señalando a un mueble—: David, aquí tienes una mesa, ¿puedes medirla?

—Claro, es muy fácil. Si me das una cinta métrica te daré el número exacto en centímetros, pero si no me la das puedo medirla con las manos y te daré una cifra aproximada.

—No. La cinta métrica es para medir la superficie de la mesa. Yo te estoy diciendo que quiero que midas la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo que qué quiero decir? ¿Cuántos modos posibles hay de medir una mesa?

—Bueno, pues si es eso a lo que te refieres, creo que hay distintos modos. Puedo medir su peso, su altura, la longitud del tablero, su ancho. También puedo medir por separado los materiales que componen la mesa.

—¿Qué más? Venga, David.

—Puedo medir su valor aproximado en el mercado. Puedo medir su antigüedad.

—Ahora, piensa cómo puedes medir a una persona y te darás cuenta de las diferentes dimensiones posibles que existen y las que puedes considerar al hacer una evaluación. —Hubo un silencio entre los dos. Julián continuó—. Si te pongo delante a una persona de piel negra y a otra blanca, ¿qué diferencia ves entre los dos?

—Que una es más morena que otra.

—Y si te pongo delante a una persona que viste zapatos de vestir y a otra con zapatillas de deporte, ¿qué diferencia ves entre los dos?

—Bueno, pues que probablemente una va a realizar cierto trabajo mientras que la otra puede que vaya a realizar deporte o que viste las zapatillas porque va más cómodo. También puedo considerar el nivel adquisitivo de ambas personas.

—Esas son diferencias visibles, pero date cuenta de que hay diferencias invisibles. Lo que vengo a explicarte es que nunca tomes como primera impresión lo obvio, lo visible. Piensa en la probable diferencia que no está exteriorizada. Si entras en una habitación a reunirte con un posible colaborador local o agente de inteligencia extranjera dispuesto a pasar información confidencial, y esa persona de súbito te cae miserable y antipática, ten por seguro que tienes casi la certeza absoluta de que se le puede captar como informante o convertirlo en doble agente para tu conveniencia. Mi experiencia me ha dicho que cuanto más antipática me cae una determinada persona,

mejor para mis fines. —Julián lo estuvo mirando unos segundos—. ¿Te parece aburrido lo que te estoy contando?

—Para nada. Espero no darte esa impresión. Lo que pasa es que tengo mucho que aprender, ni más ni menos.

Julián meditó un momento y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Muy bien, chaval.

David sonrió para sí mismo mirando el cielo a través de su ventana. Por entonces, Julián opinaba que el Gobierno español se esmeraba en dar una importancia excesiva al CNI para que pareciera una organización con carácter fuerte, más agresiva de lo que en realidad era. «La base de mi aprendizaje en el mundo del espionaje radica en saber que la fuerza produce éxito y la debilidad lleva al desgaste. Inevitablemente, nuestro CNI, hoy por hoy, no es fuerte. Por eso, lo menos que puede hacer es pretenderlo».

Rememoró la prueba que llamaban «la ceremonia de graduación», un recuerdo que llevaba años enterrado.

—Vete a esta dirección antes de diez días —le dijo Julián enseñándole una cartulina donde se mencionaba un lugar en concreto en Budapest. David la leyó despacio y se la devolvió—. Cuando llegues dirás la contraseña, que es tu número de agente. Quien te reciba te dará un teléfono móvil. Estaré yo al otro lado de la línea esperándote. ¿Entendido?

David asintió nuevamente.

—Sí.

—¿Has memorizado la dirección o quieres que te la muestre de nuevo?

—Sé dónde tengo que ir, gracias.

—Muy bien, pues entonces, te deseo buena suerte. Y, por favor, no tires la toalla.

Le encapucharon, le pusieron unos cómodos auriculares con una interminable música clásica y lo metieron en una furgoneta. Cada dos horas le quitaban los auriculares durante unos diez minutos y se los volvían a poner. Lo soltaron en medio del campo de cierta zona de Irlanda con un pasaporte griego y veinte euros. Antes de quitarle la capucha le dijeron que tenía diez días para presentarse en el piso franco de la organización en Budapest.

Durante un instante estaba desubicado. No le dijeron dónde se encontraba. Cuando se quedó solo en medio del campo supo que estaba en Irlanda por el tiempo recorrido, el olor al salitre del mar durante el cruce del estrecho y la bajada de la temperatura en el trayecto. También porque anteriormente había estado en el país.

Si en algún momento su verdadera identidad y la naturaleza de su trabajo fueran descubiertas, David se comprometía a solucionar su vuelta a España por sus propios medios y a desvincularse de la

organización española en la que trabajaba dentro del CNI.

Otros reclutas no lograron pasar la prueba. Habían deambulado por ciudades y países extranjeros malviviendo, sin comer, sin conseguir transporte, y al cabo de unos días estaban haciendo la llamada al número de emergencia para comunicar que se daban por vencidos y que les recogieran.

Pero David Ribas lo consiguió. Sobrevivió. Antes de los diez días se presentó en el lugar de reunión, dijo su contraseña al operativo que le recibió e hizo la llamada. Al otro lado de la línea, Julián le felicitaba por lo conseguido.

David fue considerado de inmediato como una persona muy valiosa más que como un agente controlado.

Fue aprendiendo de su mentor, Julián Fernández, el arte del espionaje.

33

David estaba sentado bajo la intensa luz fluorescente frente a la puerta de embarque cuando los altavoces anunciaron su vuelo en distintos idiomas. Se formó enseguida una larga cola variopinta y sin orden.

Cuando le tocó el turno, la joven turca del mostrador le expidió una tarjeta de embarque y se la entregó junto con el pasaporte. Tras dejar atrás el aeropuerto de la ciudad de Adana con destino a Beirut, sentado en el avión, las palabras de Julián resonaban en sus oídos muchos años después de haberlas pronunciado.

Julián consideraba la vigilancia como la forma más pura del arte del espionaje.

—Solo necesitas a un grupo reducido de operativos para emprender una vigilancia por las calles. Pero tienes que planearlo como un *ballet* callejero. ¿En qué consiste un *ballet*? En eficacia, economía de movimientos y en la precisión, ante todo. Como las películas musicales de Fred Astaire o Gene Kelly. Necesitas estudiar las calles, conocer la conducción de los ciudadanos de ese país, la mentalidad.

»Recuerda que tienes que predecir comportamientos humanos; de ese modo sabes cuándo cruzar una calle, pararte, seguir… Si te comportas como un turista, la persona a la que estás siguiendo te verá. Y esto igual tienes que interpretarlo cuando seas tú al que siguen. Por eso es primordial conocer las ciudades. El mapa urbano lo tienes que tener en la mente, saber por dónde y a dónde vas. Piensa que estás dentro del tablero de ajedrez. De este modo tendrás tatuado en tu cerebro si tal tienda o centro comercial tiene una o dos salidas y a qué calles. Cómo seguir la pista a tu objetivo o perder a tus seguidores cogiendo tal autobús en tal determinada parada. Lo mismo que haciendo uso del metro, cambiando frecuentemente de andén y dirección para despistar a tus seguidores.

»En definitiva, tienes que considerar convertirte en un maestro de las calles, como el bailarín en una película musical que conoce las distancias de sus pasos, sus movimientos, su coreografía, para no salirse del encuadre de la cámara.

David aprendió a ubicar «buzones» en ciudades para pasar mensajes con discreción y rapidez a informadores locales, y a realizar

seguimientos de vigilancia.

—A un colaborador a sueldo o mero informante o confidente ocasional, como quieras llamarlo según el grado de importancia que des a esa persona, en un país extranjero lo tratas con mimo solo si consideras que la información que te puede proveer es de máxima necesidad. Te reúnes con él una primera vez. Se nota que esa persona local está algo nerviosa. Eso es normal.

»La reunión es de pie en algún lugar donde él o ella se sienta más cómodo y seguro. Pero si es en casa de esa persona no es bueno entrar armado. Es primordial cultivar la amistad sin que esa persona se sienta amenazada. Te reúnes una segunda vez a tomar un café, una cerveza, té o lo que sea; aquí la relación está afianzándose. Una tercera vez en la que tú le das algo, ya sea cierta cantidad de dinero o la promesa de recibir una mensualidad. Esto es importante porque la motivación de esa persona es económica, de lo contrario, no traicionaría a su organización o a su gobierno.

»En esta ocasión, esa persona se queda en deuda contigo. Y a partir de la cuarta reunión ya te va pasando información confidencial y secreta. Es a partir de esa ocasión cuando a esa persona le gusta tratar contigo. Y a esto se le llama «sintonía».

En otra ocasión le dijo:

—A los analistas de inteligencia y empleados que juegan a ser James Bond desde sus despachos o cubículos de oficinas se les nota el nerviosismo en sus rostros cuando haciendo trabajo a pie de calle se reúnen por primera vez con un confidente local. Esto es muy negativo porque ese extranjero percibirá ese sentimiento como flaqueza y lo utilizará a su favor, mintiendo, engañando, estafando a nuestro agente. Por esto tienes que aprender y poner en práctica ciertos matices que debes emplear a la hora de contactar a un colaborador extranjero para obtener información secreta y no caer en manos de un farsante.

—¿Y si la relación con el confidente no es la esperada?

—Ten cuidado de no meter la pata, David —declaró—. Cuando el río suena, agua lleva. Le cierras la puerta. Lo evitas como a la peste. Cambias tu itinerario para que él no sepa tus nuevos puntos de reunión. En el curso del tiempo se te exigirá más, por eso tienes que ser precavido y sopesar las consecuencias que tendrán tus acciones. Si llega la situación extrema de que debas entrar en acción, sin pensártelo dos veces, hazlo. Conforme pasen los años y ganes experiencia sabrás cómo un potencial informador local consigue atravesar una línea que él al principio no quiere o no se atrevía a cruzar.

—Pero ¿cómo puedo imponer mi voluntad y lograr control sobre esa persona?

—Sea árabe, italiano, americano o chino, todos son humanos.

—¿Con sobornos?

—Si llega el momento adecuado, sí. Pero tu prioridad es establecer un compromiso personal y un vínculo de confianza entre esa persona y tú. Tienes que actuar sin subterfugios y con franqueza. El mundo de los espías no es el que vemos en las superproducciones de cine o en la televisión. No vas a tener artilugios o ingeniosos dispositivos. Tus operaciones clandestinas tienen que ser efectuadas de una manera rápida y sucia.

—Cuando dices sucia, querrás decir sin temor al uso de medios para conseguir tus objetivos, ¿es así?

—No te compliques, David. Siempre piensa la forma más sencilla para obtener tus objetivos. No te compliques con malabarismos.

Al aterrizar en Beirut, con un rostro que exhibía una expresión neutra, pasó el control de pasaportes y la aduana, con un semblante propio de una persona imbuida en sus pensamientos.

Cualquiera que viera al español, habría conjeturado que era o corresponsal extranjero o profesor universitario. Su aspecto externo era intencionadamente descuidado. Incluso se había puesto unas gafas de montura gruesa, situadas a mitad de la nariz puntiaguda para observar de ese modo por encima de los oficiales del aeropuerto con sus sonrisas corruptas propias de los funcionarios de inmigración.

El oficial libanés en el control de pasaportes, lo miró y mostró un gesto despreocupado al devolverle el pasaporte. Al otro lado del pasillo, un grupo de agentes de aduana despachaban a un grupo de turistas mochileros y paraban a otro pasajero de cabello rubio bien vestido. David pasó por delante de ellos y se preguntó cuántos turistas, hombres de negocios y especialmente agentes de inteligencia extranjeros habrían comprado una parte de aquellos funcionarios.

Salió del aeropuerto entre la gente que iba de aquí para allá afanosamente llamando la atención a los viajeros recién llegados, gesticulando y alzando la voz. Oía un zumbido de voces árabes con distintos acentos, en su mayoría libaneses, pero también había egipcios y palestinos.

A distancia, los taxistas tocaban el claxon exageradamente porque un autobús lleno de turistas de un hotel de cinco estrellas permanecía bloqueando la calzada de la terminal de llegadas. La cacofonía se volvió estridente a los oídos. El conductor del autobús terminó de arrojar violentamente el equipaje al maletero, cerró la puerta lateral, se subió y arrancó. La cola de vehículos frente a la terminal comenzó a fluir con normalidad.

David levantó la mano hacia el conductor de un destartalado taxi que aguardaba en el tráfico y este le devolvió el gesto abriendo la puerta trasera de pasajeros.

—*Shukran* —dijo nada más tomar asiento y cerrar la puerta, utilizando el término árabe para decir gracias. Se quitó las gafas falsas y le dijo a dónde le tenía que llevar.

Los bloques de edificios y torres de oficinas brillaban a la luz del sol de la mañana. En el pasado a los beirutíes les gustaba llamar a su ciudad «el París de Oriente», pero se había quedado entre la parodia de sí misma y la ostentación sin mesura. Algo parecido ocurría en la India, pensó David viendo el paisaje urbano desde el asiento de pasajeros, donde se podía disfrutar de un lujoso hotel revestido de mármol y a pocos metros en el exterior había chabolas o edificaciones e infraestructuras más propias de un país en desarrollo.

En unos minutos se reuniría con Laura García y Varun Grover.

Estaba impaciente por iniciar el rescate de su mentor, si continuaba con vida.

34

Bassem caminaba con determinación por el patio embaldosado, luego abrió una puerta trasera, subió unas escaleras y fue directo hacia la última habitación del pasillo, donde un hombre armado hacía guardia junto a una puerta.

Julián había recobrado el conocimiento. Estaba tumbado en el suelo de una celda. No había ventanas, solo paredes de piedra desnudas, el suelo de hormigón, dos sillas y un tubo fluorescente sobre el techo. Le dolían los ojos, la garganta la tenía seca y encontraba dificultad al respirar. Dos pares de piernas aparecieron en su campo de visión. No había oído abrirse la puerta.

—*Alla sukkur*. Gracias a Dios que estás aquí —dijo Bassem levantando las palmas de las manos al aire.

Pero Julián no conseguía escuchar nada.

De repente le tiraron un cubo de agua y, como si se hubiera destapado un bote hermético de cristal, enseguida pudo oír lo que sucedía a su alrededor.

—Ahora, ¿puedes escucharme?

—¿Dónde estoy?

—Siéntate —dijo Bassem cogiéndole de un brazo y ayudándole a sentarse en una silla. Luego le dio una botella de agua—. Bebe despacio. Te sentará bien.

Julián tragó agua poco a poco.

—¿Por qué estoy aquí?

—¿No querías reunirte con un tal Alacrán? Pues aquí lo tienes.

Julián miró alrededor. Aparte de Bassem, un hombre con su rifle en ristre permanecía junto a la puerta, fornido, con barba cuidada y nariz aguileña. Entonces, se dio cuenta. Su mirada se clavó en la de su secuestrador.

—Tú.

Bassem le dio un ligero golpe en el hombro.

—Premio.

Aún sentía la cabeza embotada.

—No puedes hacer esto.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer. —Bassem agarró una silla que había en una esquina de la habitación, la giró, se sentó a horcajadas, se echó hacia delante y situó su cara a un palmo del rostro

de su prisionero—. «Hay que deshacerse de él. Porque es un tipo estúpido». Es esto lo que tú pensaste cuando me echaste a los lobos, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—No fuiste a nuestra reunión. Te estuve esperando. Teníamos una cita, ¿te acuerdas? ¿Verdad que sí? Y cuando me cansé de esperar y salí del piso franco, me detuvo la policía. Estuve encerrado en una prisión acusado de colaboración con organizaciones de inteligencia extranjeras.

—Yo no te delaté. Por entonces, te recuerdo que tú pasabas información a otros.

—Pero fue el día de nuestra reunión y en tu piso franco.

—Te habrían estado siguiendo. Yo no tuve nada que ver. Nunca haría eso a un colaborador local. No traicionaría jamás a un confidente. Le cerraría la puerta a cal y canto, eso sí. Pero venderlo, no

Con su mano robusta, Bassem le dio un bofetón del revés que sonó como un golpe contra la pared y lo tiró al suelo. Hizo un gesto al guardia para que lo hiciera sentar de nuevo frente a él. Julián sangraba del labio superior, se limpió con la manga de la camisa.

—Los servicios de inteligencia os traicionáis los unos a los otros, cómo no lo ibais a hacer con un confidente que no es tu compatriota, que profesa otra religión y encima le motiva el dinero, ¿eh? Pero como me demuestras, no os gusta que la deslealtad os resulte tan evidente —Con tono burlón, añadió inclinándose hacia Julián, mofándose—: «Os seremos fieles. No os traicionaremos o abandonaremos a merced de vuestro gobierno por traidores a la patria».

—Te digo que yo no te traicioné ni te vendí a la policía. Te debiste de delatar tú solo con alguna historia inventada que contaste apara agradar a terceros.

Bassem se contempló las uñas y se concedió tiempo para reflexionar.

—Has sido un chico malo, Julián —le recriminó molesto—. Muy malo.

Julián intentó zafarse de la situación.

—¿Quieres una disculpa? Pues bien, en toda mi carrera he hecho cosas peores.

Bassem rio.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero hablemos del motivo de nuestra reunión, ¿te acuerdas? —Se giró. Pensó que iba a vomitar, pero solo tosió. Bassem sonrió, le tendió la botella y él bebió otro trago. Con dificultad volvió a hablar —. Cuando te pedí que me llevaras a Alacrán, ¿por qué no me…?

Bassem se señaló a sí mismo con ambos índices tocándose el pecho.

—Por fin tienes lo que buscabas, Julián —espetó interrumpiéndole.

—Pero ¿por qué?

—Cuando yo era joven me enseñaste que todo esto no es más que un juego. Porque no importaba de qué lado estuvieras…

—*Lo importante es cómo lo juegues* —continuó la frase Julián.

Bassem soltó una carcajada mientras le señalaba con un dedo admonitorio.

—Debería de darte las gracias por habérmelo enseñado. No sabes lo agradecido que estoy por todo aquel tiempo en el que mantuvimos relación. En ocasiones me hablabas en modo metafórico que no entendía. —Se llevó el índice a la sien y sonrió—. Fue con el transcurso de los años cuando volvían a mi mente tus palabras y estas en ocasiones me daban ideas sobre cómo debía actuar en determinada situación. «Toda victoria depende de la psicología. A los hombres les vence lo que llevan dentro de sí mismos, no el arma que se utiliza contra ellos».

—Entonces, aclárame, ¿qué quieres de mí? ¿Vas a matarme? ¿Es eso lo que quieres?

Bassem se puso de pie.

—Tengo que irme ahora mismo al aeropuerto. Tengo un cargamento que está a punto de llegar y necesita mi supervisión. Ya te puedes imaginar…, en este negocio no es bueno delegar tanto.

—¿Drogas? —preguntó Julián. Bassem movió de un lado a otro la cabeza—: ¿Armamento? —Bassem asintió—. ¿Qué quieres? ¿Provocar una guerra?

Él rio.

—Quiero subir un poco la calefacción.

—Estás loco.

—Sí, lo estoy.

Julián negó con la cabeza. Sabía que la persona que tenía enfrente daba muestras de ser un hombre impulsivo, pero ahora, con su comportamiento, daba signos de no ser en absoluto un insensato, lo que le hacía aún más peligroso.

—Creo que estás mintiendo y pretendes jugar conmigo.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Careces de una infraestructura. ¿Para quién trabajas? ¿Hamás? ¿ISIS? ¿Hizbulá?

—Hamás es una cuadrilla de fanáticos. ISIS, como Al Qaeda, son unos trastornados religiosos. Hizbulá es más disciplinado, me gusta más. Pero a estos últimos, a diferencia de todos los demás, si los tienes cogidos por las pelotas, el corazón y la cabeza van por detrás.

—Y te crees que Hizbulá confiará en ti.

—Confiar es un verbo muy peligroso en estos tiempos. —Y añadió en tono sarcástico—: Un buen agente de espionaje nunca pierde su capacidad de sorpresa, siempre debe tener la capacidad de improvisar.

—La astucia del espía está en saber cuándo decir la verdad y cuándo mentir. Tú mientes. Hay algo raro en todo esto. Serías un pésimo espía. La verdad, Bassem, desgraciadamente, el terrorismo se te da mejor.

Bassem alzó el brazo y le descargó un bofetón que lo derribó al suelo. Tras un instante contemplando a Julián, le ayudó a sentarse en la silla.

—¿Cuántas personas inocentes murieron en la explosión? —preguntó Julián.

Antes de que se detonara la bomba en el autobús, Julián fue secuestrado por dos hombres y llevado al interior de una furgoneta. Mientras huían del lugar, él oyó el estruendo.

Desde el pasillo se escuchó arrastrar algo metálico. El guardia abrió la puerta y entró otro hombre arrastrando un enorme bidón metálico. El olor a gasolina impregnó la estancia. Julián sintió un nudo en el estómago.

Bassem hizo un chasquido con la boca. Miró su reloj.

—Unas cuantas *víctimas colaterales* —contestó burlón—. Pero no tengo tiempo para hablar de ello, Julián. Tengo que ponerme en acción para completar mi operación. *Inshallah*. —Se dirigió hacia la puerta y, antes de que el guardia la cerrara de nuevo con pestillo, se giró y añadió—: Recuerda, es solo un juego, como el tuyo del espionaje. Hay ganadores y perdedores. Yo solo estoy haciendo lo que necesito para ser un ganador.

—Te equivocas de nuevo, Bassem. En el juego del espionaje, nada es lo que parece y todo puede cambiar en un instante.

Él hizo una ligera mueca ante la ingenuidad de aquel comentario, lanzó una mirada al bidón, luego a Julián, y dijo con una macabra sonrisa:

—*Adiós, amigo*.

35

David entró en el piso franco tras saludar a Varun, que le abrió la puerta. Observó el lugar con sorpresa.

—No soy interiorista, pero diré que me sorprende.

—La misma sensación tuve cuando entré. Es la clase de decoración que a un beduino vendedor de camellos podría impresionar en el desierto —comentó Varun a su espalda.

Laura fue a su encuentro, le dio un efusivo abrazo y un beso en la mejilla. Entre los dos hubo un instante en el que se observaron en silencio, de esos que surgen entre amigos íntimos que llevan mucho tiempo separados.

—Por lo pronto cumple su función. Es acogedora —comentó ella al fin, sonriendo. Luego fue a un rincón y encendió el interruptor de la luz—. Varun, cierra las ventanas y las cortinas.

Más abajo había una serie de cafeterías donde servían café con especias, al estilo árabe, y tiendas donde vendían helado de crema, también en versión árabe: lleno de azúcar, con el sabor y textura de un bizcocho. Enfrente había un hombre enorme, con aspecto de luchador turco, vendiendo flores; orquídeas, gladiolos y lirios. Varun no pudo evitar sonreír ante aquel espectáculo tan incongruente. El fornido hombre envolvía con delicadeza sus productos a la venta y con un espray les salpicaba agua con sumo cuidado.

—Julián me dijo que en su día se podía oler el aroma del mar mezclado con el perfume de los pinos y los eucaliptos —dijo él, tras hacer lo que Laura le había ordenado.

—Y en España hubo un tiempo en el que una ardilla podía cruzar la península de rama en rama sin tocar el suelo —comentó ella. Se giró hacia David—. En unos minutos vendrá un funcionario de la embajada de Francia que trabaja en el departamento de visados del que esperamos obtener información.

David dejó su mochila en el suelo y tomó asiento en el sofá. Varun le entregó un estuche hermético. Él lo abrió, sacó una Glock 19, la revisó, le puso un cargador y se la guardó a la espalda.

—Recuerdo que vuestro jefe me dijo en una ocasión que manipular a la gente es fácil, si uno es consciente de lo que quiere y no le dice a esa persona por qué se está mostrando tan amable.

—Este no es el caso —dijo Laura.

—¿Qué método se te ocurre?

—Voy a agarrarle de los huevos y después apretar bien fuerte hasta que se le salten las lágrimas del dolor.

—Sugiero otra cosa: observar primero cómo se comporta y escuchar lo que tenga preparado para decirnos. Luego, si te parece, obtendremos toda la información desde otro ángulo.

—Chantajear a un árabe es tan fácil que resulta patético —añadió Laura.

—¿Quién es el funcionario?

—Se llama Louis Adjani —contestó Varun—. Pertenece a una elaborada red criminal que se dedica a manipular solicitudes de visados. Es de origen argelino, de ahí su poca honestidad hacia el Gobierno francés. No solo aquí en el Líbano; también él y sus asociados actúan en Jordania, Pakistán, India y Bangladés. Al contacto que tenían en Sri Lanka lo despidieron al pillarle con las manos en la masa.

—Ya, me imagino que el anonimato y la discreción tendrán su precio. ¿Cuánto pide por darnos una pista sobre Bassem y Alacrán?

—Dos millones de euros —contestó Laura.

—Hay que tener cuidado con él —dijo Varun. Miró la pantalla de uno de los tres portátiles que había en una mesa. Cuando se instaló en el apartamento colocó pequeñas cámaras que cubrieran la entrada y las escaleras. Hizo una señal a los dos de que Louis estaba subiendo. Murmuró levantándose de la silla—. Tiene reputación de ser una persona sin pelos en la lengua.

Sonaron unos golpes en la puerta. Varun fue a abrir.

36

Hubo un intercambio de contraseñas previamente pactadas y el visitante fue conducido hacia uno de los sofás en tonos pastel.

El empleado de la embajada de Francia en Beirut era un hombre calvo en la parte superior del cráneo, de rostro regordete, bajo y fornido. Tenía unas pronunciadas bolsas debajo de los ojos que le daban un aspecto de perpetuo insomnio. Vestía con pantalones de pinzas y camisa de seda, con el cuello abierto. Llevaba una cadena de oro alrededor del cuello semicubierto por una mata de vello negro.

—Hola —dijo Louis a todos los presentes.

Laura le saludó con un gesto de cabeza. David permaneció quieto, apoyado en la pared, observándole con los brazos cruzados; lo que más le llamó la atención fue la seguridad que desprendía con sus movimientos corporales y su falta de formalismo. La combinación le confería una imagen de ser corrompible hasta el tuétano, exudando simultáneamente intimidad.

—Siéntate —le dijo Varun bruscamente.

El hombre se sentó. Estaba tan grueso que la tela de la camisa le tiraba de los botones.

—Yo os daré una información por la cual hemos acordado un precio. Espero que me alegréis el día, ¿es así? —comentó sin más preámbulos. Se llevó la mano al corazón en un ademán de sinceridad y miró a todos a la cara—. Aquí en el Líbano todos tienen un precio. Fijaos, los libaneses tienen una debilidad común, se les puede comprar. Lo digo sin ambages. Porque todos viven del ingenio, venden lo que pueden, hasta lo más valioso, que es su lealtad, su patriotismo, todo al mejor postor. Por eso no existe funcionario que no sea susceptible al soborno. Y ahí estoy yo. Tenemos a casi todo el mundo en el Líbano archivado.

—El verdadero poder está en saber, ¿verdad? —intervino Laura.

—Ah, pero siempre y cuando la persona no conozca la identidad de quien la está sobornando. No voy por ahí anunciando mis servicios, difundiéndolos por todo el mundo. Vosotros sí conocéis mi verdadera identidad. Por un precio. Soy consciente de que lo que andáis buscando es valioso para vuestros intereses. Sois de algún servicio de inteligencia, ¿verdad?

David le observó detenidamente. «Los rostros son como un mapa

de carácter», le dijo Julián en una ocasión. El de Louis era grasiento, moreno, lleno de arrugas. Los labios los tenía de un color violeta debido a su adicción al tabaco. Los dientes los tenía sucios debido al consumo de alimentos altamente azucarados.

—Sí, nos hiciste saber la cantidad —mascullό Varun.

—Bien —comentó él, enderezándose en el sofá e inclinando la cabeza a un lado, como si estuviera totalmente convencido de que iba a recibir la confirmación de la transferencia a la cuenta suiza que les había proporcionado—. De hecho, los palestinos son un grave problema aquí en el Líbano. Nadie los quiere. Ni el Gobierno ni las milicias terroristas de Hizbulá saben cómo manejarlos. Son de otra especie. El Gobierno libanés los considera huéspedes no invitados y teme que se establezcan miserables campos de refugiados alrededor de las grandes ciudades del país. No solo eso, sino que proliferen las chabolas en torno al aeropuerto. Quieren vivir a costa del dinero de las ONG internacionales, del estipendio de gobiernos, de subsidios, y todo ¿para qué? Para financiar sus actividades terroristas en Israel y que sus líderes vivan como supermillonarios en Qatar, comiendo caviar y bebiendo el champán más exquisito.

—¿Qué nos puedes decir de Bassem Azar? —preguntó Laura de golpe.

Si escuchó la pregunta hizo como si no lo hubiera hecho. Louis continuó hablando atropelladamente.

—El tema es el siguiente. Los palestinos en el Líbano actúan como si fueran de una clase árabe superior y esto molesta mucho. Son muy presuntuosos. En el extranjero, las organizaciones de izquierdas dicen querer dignidad y justicia para el pueblo palestino, pero no hablan del daño de Hamás a sus compatriotas.

—¿Bassem tiene familiares en el Líbano? —preguntó de nuevo Laura, esta vez menos directa, con el fin de que comenzara a hablar sobre el tema a tratar.

—No. Dejó a todos en Cisjordania y en Gaza. Su padre fue un conocido terrorista palestino a quien mataron los israelíes. Él quiso convertirse en un mártir como su padre, pero su madre y su tío lo enviaron al extranjero con el fin de que el día de mañana mantuviera en alto el nombre de la familia. Pero en Francia se radicalizó aún más. No quiso volver a Palestina cuando le llamaron al cumplir los veintidós años de edad. ¿Cómo iba a convertirse en *shahib* tras conocer los placeres de Occidente? Él decidió hacer su propia lucha desde la cómoda trinchera y se instaló aquí, en el Líbano.

—Desde luego aquí se vive mejor.

—Ellos son el mayor obstáculo para la paz en la región. Cada vez que hay un apuñalamiento en Israel contra judíos, aquí los palestinos se jactan de ello y salen a las calles a celebrarlo ofreciendo dulces a

los viandantes. Beirut no es Gaza ni Cisjordania, y los beirutíes no están acostumbrados a esta actitud, lo desaprueban. La gente de aquí opina que son un grupo muy corrupto, pero a la vez inteligente para obtener sus objetivos a través del engaño. Mientras que los libaneses quieren estabilidad y orden, los grupos como Hizbulá y los palestinos refugiados representan el retraso y el desorden. Lloran a Qatar para que les embadurne de dinero. Pero hay tanto descontrol que surgen más grupos pro-palestinos que quieren ser los niños mimados de los árabes, y estos les riegan dinero.

—Y ahí entra Bassem, supongo —intervino de nuevo Laura.

—Parece todo una subasta por el control de Hamás. Los líderes palestinos tienen una fascinación por el terror, el asesinato y una enorme capacidad de embaucar a sus propios compatriotas de mente débil para convertirse en mártires.

—Bassem, Louis —le espetó Laura—. Queremos saber dónde se encuentra.

—¿Por qué?

—Porque ha secuestrado a un amigo nuestro.

—Es una persona muy peligrosa.

—Vale, eso ya lo sabemos. ¿Qué más?

—Él es el causante de los recientes atentados en Europa. Un tipo sin escrúpulos morales. Un asesino despiadado. Obtiene de Irán, a través de sus contactos con Hizbulá, muchas armas. Es un hombre que puede parecer anticuado en el trato, ortodoxo en sus métodos, pero no, no lo es. Es muy calculador. A los iraníes les dice que su Dios es la revolución y el terrorismo, y a sus amigos de Hizbulá y Hamás les dice que es un devoto musulmán. No hay que subestimarlo. Todo lo que hace lo hace en demasía. Quiere asesinar mucho, atentar mucho, matar mucho, obtener mucho dinero. Es una persona inquieta. Un loco. Un asesino.

—¿Tienes información de que reciba apoyo logístico de Hizbulá?

—No tengo noticias sobre ello. Pero sin duda colaboran, de lo contrario no le dejarían operar aquí. —Aunque hasta ahora solo Laura le había estado hablando, se giró y miró a Varun y a David para volver a detenerse en ella de nuevo—. Tened en cuenta que él intentó entrenar a la inteligencia palestina con el fin de controlar información, pero no funcionó. Esa gente es de otra clase. No es lo mismo ser un palestino de Gaza o de Cisjordania que ser un palestino en el extranjero como lo es Bassem. Ya sabéis que a la larga los boicots contra los intereses de Israel y los ataques individuales contra sus civiles y soldados no tienen esperanzas, desde el punto de vista de Hamás y sus financiadores. Por eso buscan un arma para sustituirla, y la única que debe funcionar a largo plazo es la del terrorismo.

—¿Y el Gobierno libanés?

—El Gobierno libanés no quiere a los palestinos porque hay mucho simpatizante de Hamás y los de Hizbulá los ven con suspicacia. Aunque las autoridades les permiten acciones contra Israel desde determinadas zonas del sur del país, los quiere tener controlados para que no se conviertan en fuerzas poderosas porque, de lo contrario, estos palestinos socavarán la soberanía de Líbano. Por motivo parecido ni Jordania ni Egipto los quieren, porque con el tiempo se vuelven peligrosos.

—Digamos que es un palestino moderno —intervino Varun—. Pero ¿dónde crees que puede mantener secuestrado a nuestro amigo?

De nuevo Louis hizo como que no había escuchado la pregunta y continuó su divagación.

—Allí en Gaza y Cisjordania al palestino que se cree alguien se le puede comprar, pero luego están los tontos fedayines, que se hacen los remolones, que hacen temblar el mundo con sus acciones y no son tan fáciles de sobornar. Y luego están los de la especie de Bassem. Cuando muera, resurgirá otro, y luego habrá otro y otro más. No se acabará nunca —meneó la cabeza—. Es un tema complicado y tortuoso.

—Pero rentable —asintió David.

—Así, es. Y hablando de esto —exclamó de pronto. Miró a Varun —, quiero confirmación de la transferencia.

Hubo un silencio.

—No sientes vergüenza —le espetó Laura.

—¿Cómo dices?

—Me has oído.

—Pues la verdad es que no. No me aflijo a la hora de vender información. Estoy habituado a la vergüenza si es esto lo que quieres saber. —Rompió a reír, al encontrar ingenuo y gracioso su propio comentario—. De hecho, me alimento de ella. —Louis continuó riéndose al tiempo que miraba a los tres. Era una risita tonta que parecía no terminar.

Laura lo miró y meneó la cabeza con aire entre divertido y pesaroso, como diciendo: «¡Qué idiota eres. No sabes con quién te estás metiendo!». Sacó una pistola de la espalda y mantuvo el cañón apretado contra la cabeza del francés.

Louis dejó de reír. Levantó despacio sus rechonchas manos.

—Si me disparas, habrá gente que irá a por vosotros. Mis asociados saben que he venido a esta dirección.

—¿Dónde está Bassem?

—Vuestra operación está condenada al fracaso. Nadie se atreve a hacerle daño. A pesar de ser devoto musulmán, ama el lujo, las comodidades, ¡quién no! —Mientras hablaba, bajaba las manos—. Quiere desligarse de la cultura árabe enferma. Interpreta la lucha islámica a su conveniencia. Hablar con él es como participar en un

juego de mesa. Es alguien que no deja de pensar sus movimientos minuciosamente hasta el fin de la partida.

Louis se llevó la mano a la pechera, sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno. Tenía el aspecto nervioso de la persona que se daba cuenta de que alguien estaba por encima de él.

—Os puedo dar todo tipo de información sobre el Líbano. Tengo un grueso expediente de la nueva ola de palestinos conflictivos exiliados aquí. También os puedo indicar quién es quién en Hizbulá, dónde residen y las cuentas bancarias en paraísos fiscales en las que reciben dinero de Irán. Quién es quién, antecedentes personales de cada político, nombres, historiales... Podríais chantajear a personas importantes.

Laura le pegó una patada y todo su abultado cuerpo cayó al suelo. Le mantuvo apuntado con la pistola.

—Te he hecho una pregunta. ¿Dónde está Bassem?

—A él se le considera la estrella ascendente del terrorismo islámico en Europa. No podréis atraparle.

Louis se levantó con esfuerzo del suelo y volvió a sentarse en el sofá.

—¿Y Alacrán?

—¿Cómo?

Laura le volvió a empujar al suelo de una patada.

—Alacrán, me has oído.

—No entiendo.

—¿Qué no entiendes?

Desde el suelo miró a cada uno de ellos.

—Alacrán es el nombre en clave de Bassem. ¿No lo sabíais?

Laura desvió la mirada hacia Varun, sorprendida por lo que acababan de escuchar.

—¿Bassem es Alacrán? —murmuró Varun, incrédulo—. Claro, eso explica…

—Que todo ha sido una trampa para secuestrar a Julián —dijo David.

Louis se llevó la mano al tobillo y agarró una pequeña pistola.

—¡Laura! —gritó David.

Ella se volvió y le disparó un tiro en la mano.

Varun dio un respingo del susto por la detonación.

Louis gritaba horrorizado viendo el agujero de bala y el dedo anular colgando de su mano.

—¿Dónde está Bassem, gordo seboso? —le preguntó Laura agarrándole del poco pelo que tenía a los lados de su enorme cabeza.

David fue hasta una de las ventanas oscurecidas. Observó fugazmente por un lateral de la cortina para asegurarse de si el sonido del disparo había despertado alguna alarma. Vio a unas mujeres y

unos niños en el edificio al otro lado de la calle y el tráfico como de costumbre. Volvió a cerrarla.

Varun alzó la voz viendo la pantalla en su portátil.

—Dos personas armadas están subiendo por las escaleras.

Mientras Louis no dejaba de gritar, David corrió hacia la puerta.

Laura dio una patada a la pistola de Louis en dirección a Varun.

—Dale cobertura —le ordenó.

Varun recogió el arma y se dirigió hacia la puerta.

Cuando el primer hombre llegó corriendo al rellano de las escaleras con una pistola por delante, David se abalanzó sobre él, apartándole el arma y disparándole a bocajarro. El cuerpo cayó hacia atrás en el momento que subía el segundo hombre, que levantó su pistola y disparó; las balas impactaron en la pared. David se agachó y efectuó dos disparos, dándole en el pecho.

David corrió escaleras abajo seguido de Varun, asustado y empuñando la pequeña pistola de Louis. Cuando salió a la calle se quedó observando alrededor ante cualquier peligro.

Varun llegó jadeando a la entrada del edificio.

—Quédate a mi lado —le dijo David.

Enseguida se oyó el rechinar de neumáticos sobre el asfalto. Un Land Rover con las lunas tintadas había acelerado desde el otro lado de la calzada y se había detenido frente al portal. La ventanilla del pasajero estaba abierta y un fusil asomaba por la abertura.

—Al suelo —gritó David, tirando del brazo de Varun hacia abajo.

Hubo varias de detonaciones. Las balas chocaron contra la puerta de la entrada del edificio, la pared y los vehículos aparcados en la acera.

David arrastró a Varun detrás de un coche mientras las balas zumbaban alrededor. En ese momento el Land Rover se adelantó y volvió a frenar. El tirador tenía en el punto de mira a David y a Varun.

—¡Cuidado! —gritó David en el momento en que el fusil empezaba a disparar de nuevo.

Una ráfaga impactó en el pecho del indio, que cayó hacia atrás hasta golpear el suelo.

El Land Rover arrancó a toda velocidad.

David se giró hacia Varun esperando ver su cuerpo convertido en una masa sanguinolenta. En cambio, lo vio que refunfuñaba y se frotaba el pecho.

—¿Estás…? —preguntó David.

—Dolorido. Estoy dolorido —completó Varun. Se levantó la camisa dejando ver un chaleco blindado kevlar.

David le ayudó a levantarse y le dio una palmada en el hombro.

—Lástima que no pudiera fijarme en la matrícula —dijo señalando a la dirección que tomaron los atacantes—. Hemos perdido una

oportunidad de poder encontrar a Julián. Igual se esconderán donde lo tienen retenido.

—Estás equivocado.

—¿Qué quieres decir?

Varun alzó la cabeza. Encima de la entrada del edificio había una pequeña cámara negra.

En ese instante Louis atravesó la ventana rompiendo el cristal de la tercera planta del edificio y cayendo al vacío. Su cuerpo se estampó contra el asfalto.

David y Varun, subieron corriendo al apartamento.

—¿Estás bien? —preguntó David, apuntando hacia los lados.

Ella asintió.

—Bassem espera esta noche un cargamento de armas en un vuelo que oficialmente lo hace pasar por toneladas de medicinas y alimentos —informó Laura. Se guardó la pistola detrás de la espalda y añadió en un tono sereno—: Creo que es hora de recoger.

37

Aparcaron el coche en un lugar entre los árboles. Mientras Laura y David revisaban y recargaban sus pistolas, Varun se conectó con un satélite con el que poder espiar movimiento humano dentro de los edificios.

Se adentraron en la oscuridad que envolvía los alrededores del edificio de cinco plantas. La única farola estaba a varios metros y producía escasa iluminación amarillenta. David señaló hacia las ventanas. Se percibía movimiento en el interior. Entonces se encendieron las luces de la parte derecha de la segunda planta.

Varun miró su iPad. En la pantalla aparecieron figuras en color verde en movimiento.

—Mirad —dijo señalando el momento en el que tres personas tomaban asiento dentro de un todoterreno—. Es el Land Rover desde el que nos atacaron.

—Irá Bassem en el interior —comentó Laura—. Querrá supervisar la llegada del cargamento de armas.

—Eso nos facilita el rescate de Julián —dijo David.

Varun movía el dedo sobre la pantalla hasta que se detuvo en una figura estática.

—Creo que es él —murmuró.

Los tres vieron que la persona estaba inmovilizada en un rincón de la habitación. Una segunda persona entró en la estancia, depositó un objeto en el suelo y volvió a marcharse.

—Es líquido inflamable lo que hay en el interior —dijo de nuevo Varun, al comprobar la descripción del contenido en el objeto metálico.

—¿Cuántos hombres hay en total?

Varun fue minimizando y maximizando las imágenes en la pantalla de manera acelerada.

—Cuatro.

David se detuvo momentáneamente al llegar a la ventana de la planta principal. Hizo un gesto al aire para que Laura y Varun no se movieran. Se asomó despacio para poder echar un vistazo al interior. Excepto por un tenue resplandor, todo estaba a oscuras. Pero más allá en el interior, cerca de unas escaleras, había luz procedente de tubos fluorescentes.

Varun observaba la pantalla del iPad.

—Hay uno que se está acercando por la izquierda.

David se apoyó en el alféizar y luego, procurando no hacer ruido, saltó al pasillo; sacó la pistola que llevaba sujeta al cinto lista para disparar. Laura trepó a continuación con sorprendente agilidad. Pero Varun, al subirse se cayó al suelo haciendo ruido.

David vio al hombre correr en su dirección y le metió dos tiros en el torso. Una enorme figura se abalanzó sobre él desde la oscuridad, pero Laura disparó a su vez contra la cabeza del tipo. Y luego disparó de nuevo en la cabeza al herido por David.

David avanzó con rapidez haciendo un esfuerzo por enfocar la vista. Los oídos les pitaban a causa del eco de los disparos.

—Esperadme —pronunció Varun en voz baja, con cautela tras ponerse de pie y recoger su iPad del suelo.

Un terrorista bajó ruidosamente unas escaleras y se quedó expectante esperando los movimientos de los intrusos. Emitió un carraspeo que fue su perdición, ya que David supo de su posición. Un tiro en la garganta y otro en la cabeza.

Un terrorista se apresuraba en verter gasolina en el suelo. El bidón volcó y rodó hacia un lateral de la habitación. Empujó un segundo bidón, pero estaba tan nervioso al oír el ruido de los disparos que agarró el fusil que tenía apoyado en la puerta, lanzó un mechero y salió cerrando la puerta de golpe. Acto seguido, se tiró por una ventana y cayó sobre una plancha de acero. Su cuerpo fue rodando hasta clavarse en el costado un hierro punzante que se erguía en una parcela en construcción anexa al edificio.

Subieron las escaleras en silencio con las armas por delante. Al llegar a la planta superior, David hizo un gesto de atención a Laura. Había una puerta metálica entornada. Varun llegó jadeando y ella, desde los escalones superiores, levantó la mano en su dirección para que se detuviera y no hiciera ruido.

David vio por el hueco de la puerta la sombra de una persona moverse muy despacio; su ropa produjo un ruido al pegarse a la pared: un terrorista estaba apostado al otro lado de la puerta a la espera de atacar. David se movió muy despacio hacia la puerta. Súbitamente la agarró y al tiempo que la abría, levantó la pistola sorprendiendo al terrorista con un certero disparo entre los ojos. El hombre se desplomó en el suelo.

Laura subió corriendo y Varun por detrás.

Llegaron a la puerta de la habitación al final del pasillo.

—¡Julián! Somos nosotros —dijo Laura en voz alta.

—Por Dios, qué alegría —se escuchó desde el interior.

Varun sacó de uno de sus bolsillos laterales de su pantalón cargo un pequeño estuche. Lo abrió y cogió unas ganzúas de acero templado

con distintas formas irregulares y apenas diferentes por unos milímetros de grosor. Se puso entre los dientes una pequeña linterna LED para iluminar mejor el trabajo que iba a realizar. Eligió una determinada ganzúa con cabeza triangular y otra con forma romboidal.

—Los cerrajeros llaman a esto «rastrillar» las clavijas —dijo Varun—. Me hice un experto abriendo puertas en la India cuando era pequeño.

Laura suspiró de manera impaciente. David vigilaba el pasillo y las escaleras por si hubiera algún peligro.

Metió la herramienta hasta el fondo y estuvo hurgando. Metió la segunda y enseguida el pestillo cedió.

Varun emitió un chasquido y, meneando la cabeza, exclamó empujando la puerta:

—*Voilá!*

Sus miradas se cruzaron con la de Julián, sorprendido de ver a los tres juntos. La luz del fuego que prendía la gasolina vertida en un lateral de la habitación acentuaba su lamentable estado físico, le daba la apariencia de un espectro, robándole todo el color a su rostro. Estaba atado a la silla. La gasolina formaba un charco bajo sus pies a punto de prenderse. Lo sacaron justo a tiempo antes de que el fuego se expandiera.

38

Llegaron con rapidez de vuelta al vehículo. A su espalda el edificio se convertía en pasto de las llamas.

—Varun, contacta con la Dirección de Inteligencia del Ejército Libanés —ordenó Julián, subiendo al interior del coche con ayuda de Laura. La unidad de inteligencia del ejército libanés investigaba las amenazas dirigidas contra la seguridad nacional y operaba para desbaratar el espionaje y el terrorismo. El director de Cervantes puso una mano sobre el hombro del informático indio, y añadió—: Manda un mensaje desde un canal de comunicación iraní informándoles de que Bassem Azar espera en el aeropuerto un cargamento de armas procedente de Turquía, con el que planea desestabilizar la frontera con Israel culpando a Hizbulá para de ese modo producir una respuesta israelí que perjudicará drásticamente los intereses del Gobierno libanés. Exagera el texto en árabe para producir una sensación de máximo peligro inminente.

David tomó asiento frente al volante y arrancó.

Durante el trayecto, Julián no quiso perder la ocasión de hablar con David.

—Vente con nosotros de vuelta a España. Nos haces falta.

Él mantuvo la mirada en la carretera, reacio a replicar o incapaz de hacerlo. Laura y Varun intercambiaron miradas. Un momento más tarde, David dijo:

—No sé cómo, pero mi estancia en la India no ha terminado. No lo puedo dejar todavía.

—¿Dónde tienes tu casa? ¿Acaso tienes una vivienda, una propiedad…? ¿Hasta cuándo continuarás así? ¿Qué harás cuando seas más mayor? ¿Adónde irás? Llevas demasiado tiempo viviendo allí. Has perdido incluso la capacidad de hacerte feliz a ti mismo.

—Es una cuestión de elección personal, Julián.

—Verte así me hace sentirme culpable de tu situación.

—No, no te preocupes. La elección depende de mí mismo.

Laura intervino.

—*Ningún hombre camina solo por elección* —dijo—. Humphrey Bogart a Audrey Hepburn en *Sabrina*. Puedes aplicarte esas mismas palabras, David.

Para evitar seguir con la conversación, David encendió la radio,

donde sonaba música árabe.

Julián le miró y asintió en silencio. Aunque comprendía su postura, reconoció en su interior un alarmante peligro, un camino que, si pronto no se soslayaba, le costaría la vida.

La elección de David no se basaba en la compasión o la pena por la tragedia sufrida en el pasado, pero sí en el amor eterno que profesaba a su mujer y en aquel ser que llevaba con ella en el vientre el día que murió asesinada. Por lo tanto, su vida en la India, manteniendo el recuerdo de su esposa, era como una droga, fascinadora, cautivante, adictiva.

* * *

BASSEM ESTABA de pie en un hangar en el momento en el que el avión de transporte táctico comenzó a maniobrar para aterrizar.

Se hallaban en el campo aéreo destinado para recibir cargamentos de varios grupos de beneficencia como Cruz Roja, organizaciones caritativas de la Unión Europea y de otras naciones. Había varios cobertizos en los que grupos de auxilio en caso de desastres naturales o por motivos de cooperación en ayuda humanitaria guardaban provisiones y equipos. Varios logotipos internacionales estaban pintados en puertas correderas metálicas.

El ruido de los motores era cada vez mayor. El avión redujo la velocidad, bajó los alerones, se situó sobre la pista, levantó el morro y los neumáticos tocaron el hormigón entre nubes de humo negro y rechinidos.

—Lo logramos —dijo uno de sus dos ayudantes armados con fusiles.

Bassem lanzó puñetazos al aire entusiasmado, luego se volvió y abrazó a uno y a otro.

—Tenemos que darnos prisa descargando la mercancía. —Miró alrededor—. Ya tendrían que estar aquí los camiones.

El avión fue girando, dirigiéndose hacia el hangar. Enseguida pasó frente a ellos hasta detenerse en su zona convenida.

—Allí —dijo uno de los hombres señalando a dos camiones aproximándose.

El sentimiento de júbilo se apagó al resonar con intensidad en el ambiente el ruido de rotores de helicópteros. Los tres alzaron la mirada hacia el cielo. Tres helicópteros militares llegaron volando y franquearon la zona del hangar.

Todo sucedió con rapidez. Mientras un aparato permanecía en el aire, los otros dos descendían a tierra, saltando de ellos comandos especiales, todos con pasamontañas y con armas automáticas.

—Pero… ¿esto qué es? —siseó Bassem.

Uno de sus hombres lo cogió del brazo y lo empujó hacia el interior del hangar.

—Vámonos.

Pero en aquel instante recibió un tiro en la cabeza. El otro terrorista no tuvo tiempo de reaccionar y recibió otro disparo.

Bassem se dejó caer de rodillas con las manos en la cabeza.

—No estoy armado —gritó.

Cuando los comandos se aproximaron dispararon de nuevo sobre los cuerpos de los dos terroristas abatidos.

Los conductores de los camiones dieron marcha atrás intentando emprender la huida, pero una ráfaga de disparos hizo estallar los neumáticos de uno de ellos, parando en seco. Mientras tanto, el otro camión, tiroteado desde el helicóptero en el aire, acabó embestido contra la puerta metálica de uno de los cobertizos.

Agitando las armas de lado a lado, con las caras ocultas por los pasamontañas, se llevaron en uno de los helicópteros a Bassem, esposado con bridas de plástico a la espalda.

* * *

POCOS MINUTOS DESPUÉS, al llegar a las inmediaciones del aeropuerto pudieron contemplar desde la distancia cómo hervía de actividad: una barricada de vehículos militares había acordonado la zona de los hangares, había luces azules intermitentes encendidas de coches de la policía y grupos de personas armadas con chaquetas negras. Podían ver a muchos militares y agentes de policía alrededor del avión de carga.

Varun se adelantó y ordenó a un empleado del aeropuerto sacar las bolsas de equipaje del coche. Se acercó al oficial de aduanas y le entregó los documentos de identidad para cruzar aduanas y entrar en la zona del aeropuerto destinada para aviones privados.

—Os felicito —dijo Julián, agarrando los brazos de Laura y David —. Está claro que pertenecéis a una clase especial. —Observó con detenimiento a David, ahora que estaban iluminados por las luces del aeropuerto—. Cuídate.

—Gracias —dijo él, sonriendo. Guiñó un ojo a Laura, y desprendiéndose del brazo de Julián, antes de girarse, añadió—: Os deseo un buen vuelo de vuelta a casa.

Sin más tiempo para despedidas, David Ribas se subió con rapidez de nuevo en el coche, arrancó y se marchó.

Varun corrió unos metros en su dirección, alzando el brazo al aire.

—¡David!

Él le respondió sacando la mano por la ventana.

El *walkie-talkie* del oficial del aeropuerto chisporroteó. Cuando

contestó, anunció a los pasajeros que se dieran prisa para acceder a la pista, donde un avión privado les esperaba para despegar de inmediato.

EPÍLOGO

Se produjo un conato de crisis cuando se encontró el cuerpo de Louis Adjani en la calle y se inició una investigación. Se descubrió su entramado criminal dentro de la embajada de Francia en Beirut. Se llegó a decir que había estado operando la venta de visados por un total de cinco millones de dólares durante el tiempo que había ocupado su puesto en la embajada. París envió unos investigadores y procedieron interrogar a todo el personal. Se supo que sus actividades se extendían incluso a la sección comercial, con la venta de información privilegiada y el cobro de comisiones.

A pesar del odio a Occidente y la diferencia cultural y religiosa y su poco interés en adaptarse a la cultura del país de acogida, los musulmanes clamaban por ir a Europa. Todos ellos deseaban asentarse en Occidente para abrir restaurantes de comida rápida, fruterías, cibercafés, peluquerías, locutorios, tiendas de alfombras y conducir taxis. Cada uno de ellos tenía preparada una historia que contar, por surrealista o absurda que fuera, con el fin último del áureo visado. Muchos de ellos tenían experiencia militar. Muchos de ellos eran lobos solitarios enviados con el propósito de asentarse en ciudades europeas y, haciendo uso de la *taqiyya*, esperar próximas órdenes de funestos lideres terroristas procedentes de las facciones más diversas del extremismo islámico.

Tras el registro al avión, La Dirección de Inteligencia del Ejército Libanés pidió explicaciones a los iraníes, quienes no supieron decir quién pudo haberlos informado. Lo triste del asunto es que el tráfico de armas llegaba de todas partes, entre otras, de Bulgaria, Grecia y Siria. El problema estribaba en la demanda, no en el suministro.

Beirut, la antigua «París de Oriente», se estaba convirtiendo en un polvorín. No pilló por sorpresa que se produjeran un par de explosiones masivas en el puerto de la ciudad, ocasionadas por nitrato de amonio almacenado por Hizbulá. Se confirmó la muerte de al menos doscientas personas, miles de heridos, la destrucción total del puerto y daños graves en la gran mayoría de los edificios de la ciudad.

* * *

DURANTE EL VUELO de vuelta a España en un Cessna Citation

supieron que las autoridades libanesas encontraron vacío el avión. Como medio de precaución, Bassem había ordenado arrojar la mercancía en paracaídas en una zona a dos kilómetros de distancia del aeropuerto.

Todo había sido orquestado por Bassem con antelación. Había organizado el secuestro de Julián Fernández y había pretendido recibir el cargamento en la pista de aterrizaje. Él llegó a un acuerdo con Hizbulá, que solicitó su liberación. Había conseguido deshacerse de sus hombres y ocupar un puesto de liderazgo en el grupo armado a cambio de cederles todo el armamento.

—Es decir, Bassem te secuestró con el propósito de que nosotros fuéramos a liberarte y a la vez matar a sus hombres —comentó Varun.

—También achicharrarme vivo estaba en sus planes.

—Su objetivo era entrar en una posición de responsabilidad en Hizbulá, que le aceptaran —añadió Laura—, y a cambio darles a ellos el cargamento de armas.

—Sí, así es —dijo Julián. Se recostó en el asiento y murmuró—: «No importa de qué lado estés, lo importante es cómo lo juegues».

—A mí me parece el típico tonto útil del terrorismo islámico —manifestó Laura—. El que hace el saludo a cualquier bandera, pero sin comprometerse con ninguna, que vende sus servicios a quien esté dispuesto a pagar un buen precio y que desprecia en verdad a los musulmanes de bien.

—Haré todo el seguimiento necesario para poder dar con él y tenerlo controlado —musitó Varun en voz baja, con la mirada puesta en la pantalla de un ordenador portátil.

—Bueno, a fin de cuentas, todo salió bien —afirmó Laura—. Tú estás sano y salvo y eso es lo que importa.

—A mí me haría sentir mejor el saber que estás de vuelta. Tienes dotes especiales y, por tanto, obligaciones especiales. No eres como casi todo el mundo.

—¿Casi?

—Está David Ribas, un tipo especial. Como él, tú eres una de esas raras personas lo bastante determinantes como para hacer buenas cosas. Quiero que vuelvas.

Laura se irguió en su asiento.

—Y dime, Julián, ¿qué has conseguido tú después de tantos años dedicado al espionaje?

—La oportunidad de estar sentado aquí a tu lado. —Sonrió—. Dime que te lo pensarás.

—De acuerdo —concedió Laura, sacudiendo la cabeza—. Lo pensaré.

Julián volvió a esbozar una sonrisa.

—Pero hazme el favor de darme una respuesta clara y directa o

mándame al diablo.

Laura soltó una carcajada.

Pocos días después, supieron que Bassem había sido asesinado por Hizbulá. A espaldas de la organización terrorista libanesa enviaba armamento a Hamás sin autorización e incluso supieron que revendía armas a otros países árabes y de Europa del Este. Para él todo había sido solo un juego. «Hay ganadores y perdedores. Yo solo estoy haciendo lo que necesito para ser un ganador». Pero no fue así. Su condena fue por traición. Para que el castigo fuera ejemplar, lo colgaron de una grúa en una plaza del sur de Beirut.

* * *

EN EL AEROPUERTO DE ADANA, en Turquía, David Ribas estaba sentado al lado de una familia numerosa esperando frente a la puerta de embarque cuando recibió un mensaje cifrado. Lo abrió insertando un código y apareció un breve texto: «Gracias. Cuídate. Te deseo mucha suerte. Un fuerte abrazo, amigo. Julián». Pero él nunca dejaba nada totalmente en manos de la suerte. Alzó la mirada y observó la actividad del aeropuerto con una expresión vacía, desprovista de sentimiento, que personas avezadas en el mundo del espionaje consideraban distintivo de profesionalidad.

Los altavoces anunciaron su vuelo.

Días después estaba tumbado en el ático de un edificio, sujetando un rifle y observando los alrededores de la vivienda del ministro de Rajastán, Santhi Kalla. Limpió el sudor que le caía por la cara con el dorso de la mano y siguió esperando.

A veces la gente desearía que las cosas estuvieran hechas, que la hora se aproximara y el trabajo estuviera concluido de una vez por todas. A David le ocurría lo contrario en esos momentos: tenía todo el tiempo del mundo e incluso desearía que transcurriera más despacio.

Estaba preparado, relajado y a la espera. Aquella calurosa mañana el sol ascendía como si quisiera huir de la cháchara de los monos langures que saltaban entre los árboles. Volvió a secarse el sudor de la frente y, de nuevo, a ajustar el rifle a su hombro. Tensó los músculos con suavidad.

El chófer del vehículo oficial del político, un Toyota Land Cruiser de color negro, se situó en la entrada. El diligente empleado salió, dio una vuelta alrededor del coche y abrió la puerta de pasajeros a la espera de su jefe. Otros dos vehículos de marca Mahindra Scorpio de color blanco llegaron a la entrada, situándose uno delante del Toyota y otro detrás: los guardias de seguridad armados estaban pendientes de la aparición del ministro para escoltarlo hasta el ministerio. Aquello indicaba que de un momento a otro saldría por el pórtico de

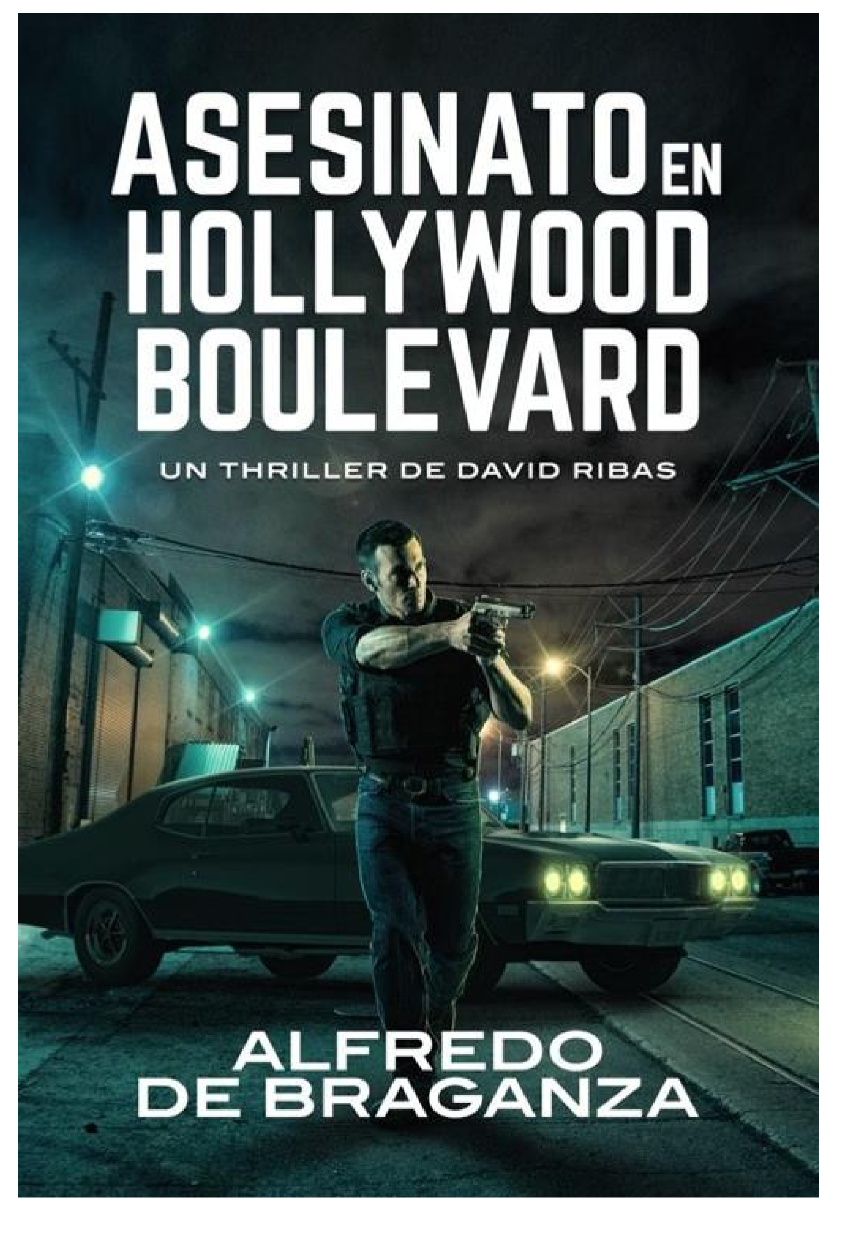
su residencia oficial.

Llegó el instante. Santhi Kalla salió al exterior. Iba vestido de un blanco impoluto y con chaleco de lana negra. Se movía con la arrogancia de un hombre que hubiera obtenido un lugar de gloria en el panteón de los privilegiados seres indios, a quienes las leyes y la justicia no les incumbían y tenían la capacidad de imponer el bien y el mal sobre millones de compatriotas a los que consideraban inferiores y prescindibles. A su alrededor orbitaba una comitiva de ayudantes y asistentes, con carpetas y maletines. La presencia del ministro les imponía temor, miedo y respeto al mismo tiempo.

Los minutos y las horas de vigilancia y de espera tocaban a su fin. La parte de su placa frontal se llenó con una retícula de observación hasta centrarla una pulgada por encima de la frente del objetivo. Exhaló mientras estrechaba los dedos de la mano derecha alrededor de la culata. Entonces, apretó el gatillo, y la bala impactó de lleno en la cabeza del político.

El disparo no había sido más que la certeza de la acción y el efecto de todo lo que era David Ribas y de todo en lo que se había convertido: un asesino.

FIN



Puedes encontrar todas las novelas de la serie David Ribas aquí:
Serie David Ribas

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he usado los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo.

Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Alfredo






AGRADECIMIENTOS

Gracias, querido lector, por compartir conmigo este vínculo tan especial. Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Quisiera mencionarte también que mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Muchas gracias.
Alfredo

ÍNDICE